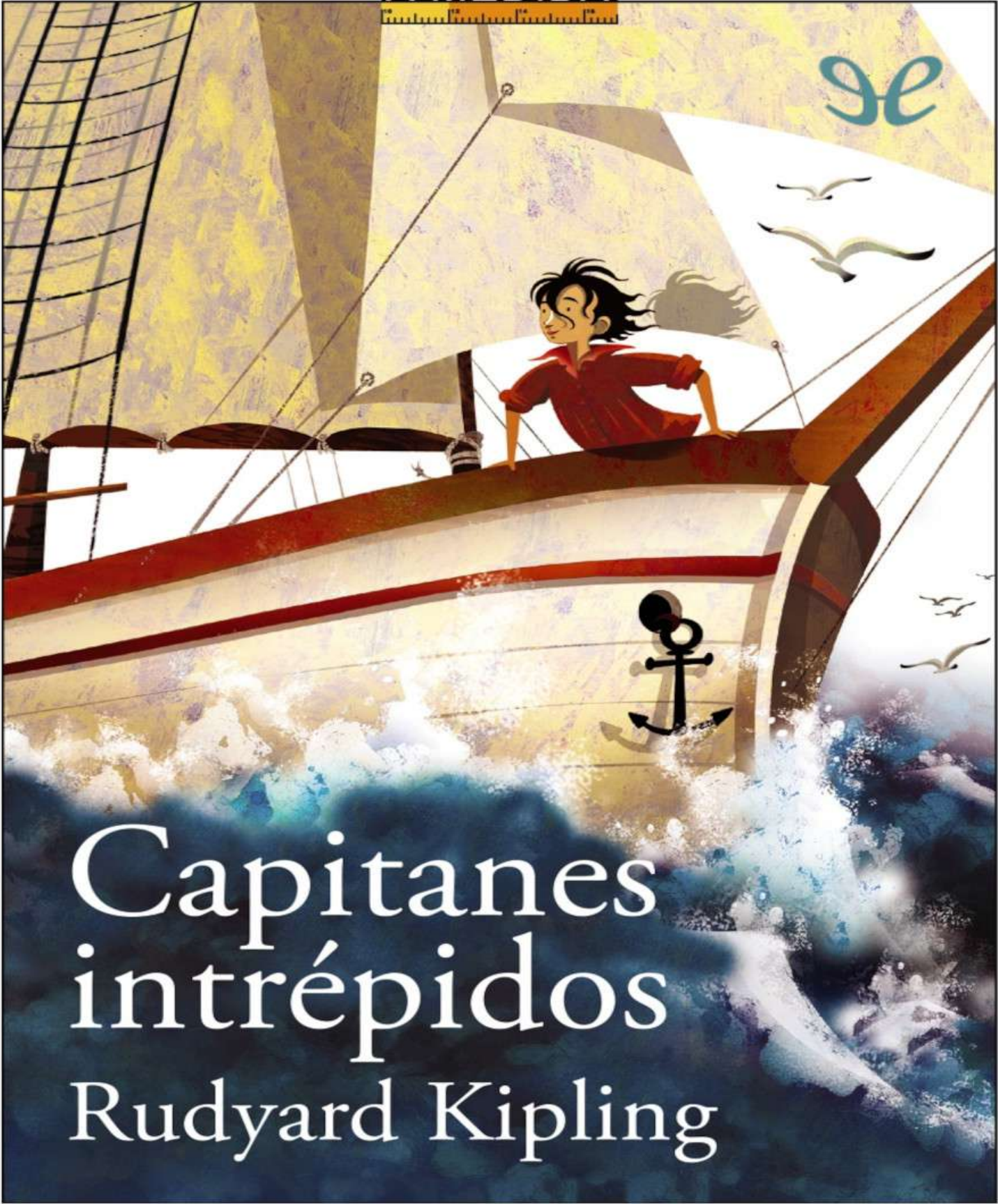


CLÁSICOS
A MEDIDA

An illustration of a young boy with dark hair, wearing a red shirt, leaning over the railing of a ship's deck. The ship is white with a red stripe and has an anchor painted on its side. The background shows a yellow sky with a blue 'se' logo, white clouds, and several seagulls flying. The ship is sailing on a blue sea with white waves.

Capitanes intrépidos

Rudyard Kipling

Harvey es un niño malcriado, impertinente y maleducado, hijo de un multimillonario. Un día, todo cambia cuando, durante un lujoso viaje en barco, cae al mar y es recogido por unos pescadores. Su nueva vida en un barco pesquero le obligará a aprender un oficio para poder comer, y le enseñará a convivir con otras gentes que le muestran valores que él nunca había apreciado.

Índice de contenido

Introducción

Capítulo 1. El humo se sube a la cabeza

Capítulo 2. Un puñado de billetes

Capítulo 3. La canción del capitán

Capítulo 4. Como abrir un libro

Capítulo 5. El nuevo pescador

Capítulo 6. La paloma azul

Capítulo 7. Un gafe

Capítulo 8. Dos lobos de mar

Capítulo 9. Dichas y desdichas

Capítulo 10. Una ciudad en alta mar

Capítulo 11. De vuelta a casa

Capítulo 12. A toda velocidad

Capítulo 13. La fantasía se hace realidad

Capítulo 14. Un deseado encuentro

Epílogo

Apéndice

Mucho más que una aventura

Capitanes intrépidos, de Rudyard Kipling, nos cuenta la historia de un muchacho norteamericano de vida acomodada, Harvey, que en la travesía que emprende rumbo a Europa junto a su madre para completar su educación, cae por la borda del transatlántico en el que viaja y es rescatado por unos pescadores, que lo mantienen en su barco cerca de tres meses, haciéndole participar en su trabajo: la pesca del bacalao en el Atlántico Norte.

La novela se publicó en 1897, y está basada en lo que el autor conoció tanto de forma directa en sus dos visitas a la ciudad de Gloucester, en el estado de Massachusetts, Estados Unidos, como en los relatos que le contó la gente de allí, según él mismo afirma en su libro autobiográfico *Algo sobre mí mismo* (1937). Kipling aseguraba que esta era una de sus novelas favoritas y, sin duda, es una de sus obras más logradas.

Así pues, podemos encuadrar la novela en el movimiento realista; es decir, el que, como indica su nombre, tiene como finalidad reflejar la realidad que rodea al escritor. Este movimiento había triunfado en Europa durante todo el siglo XIX; sin embargo, a finales del siglo, los artistas intentaban buscar otros caminos para el arte y la literatura, que respondiesen mejor a los anhelos de un hombre que no se sentía feliz en el mundo tradicional y aspiraba a encontrar nuevos incentivos que colmasen sus aspiraciones más íntimas.

Por otra parte, los grandes «novelones» del siglo XIX publicados «por entregas» en los periódicos, esto es, por capítulos, como en la época de Charles Dickens, dejaban paso a obras más cortas, destinadas a un lector al que empezaban a acuciar el tiempo y la prisa, y que ya no pasaba las veladas leyendo en familia en torno al hogar.

En este sentido, aparecieron en la literatura novelas más breves y con más variedad de temas. Uno de ellos es el de aventuras. Este género

literario no era una novedad, ya que este tipo de relatos lo había iniciado Daniel Defoe, en 1719, con *Robinson Crusoe*. Un antecedente más próximo es *La isla del tesoro*, que Robert L. Stevenson había publicado en 1883. A estas hay que añadir una tercera novela, en 1851, que, sin duda, conoció nuestro autor: *Moby Dick, la ballena blanca*, del norteamericano Herman Melville, cuya base argumental es similar a la de Kipling, pero en la que hay un fatalismo y un tremendismo de los que carece la obra de Kipling.

Capitanes intrépidos es una magnífica novela de aventuras; pero no pensemos por eso que es de evasión. La vida cotidiana de los pescadores en los bancos del Atlántico Norte está contada con detalle y realismo, aunque también hay lugar para la imaginación, pues los personajes son ficticios. No obstante, la sensación que el lector recibe es la de estar ante un cuadro de vida realmente vivida o, como dicen los ingleses, «a picture of common life».

Hay que decir que es con este tipo de relatos con los que la clase media de la época se sentía más identificada, pues no solo retrataba su vida cotidiana, sino que defendía y fomentaba sus valores morales: trabajo, esfuerzo, disciplina, orden, obediencia, solidaridad... Ejercitándolos, el hombre podría conseguir un puesto en la sociedad y unos bienes materiales, los cuales le traerían a él la felicidad, y a la sociedad, el progreso y el bienestar. Esto se refleja muy bien en la obra, sin duda, pero también hay lugar para la ensoñación romántica, en especial para la libertad que proporcionan los amplios horizontes del mar frente a los límites que imponen la ciudad, la sociedad y, en definitiva, la civilización. En cualquier caso, no estamos ante un canto a la libertad sin normas; al contrario, la naturaleza se muestra espléndida, pero es preciso dominarla con inteligencia, esfuerzo y disciplina para sacarle un provecho, en un afán claramente mercantilista o utilitarista.

Novela de viaje y de aprendizaje

Podríamos definir también *Capitanes intrépidos* como una novela de viaje, el que emprende Harvey por los mares del Norte, y como una novela de

aprendizaje, pues el protagonista recibe una lección de vida, mediante las experiencias vividas y el contacto con otros seres humanos, que hacen que su carácter vaya modulándose o, si se quiere, madurando, a la par que se va socializando. Al mismo tiempo que el protagonista, el lector también aprende la lección en esta novela «educacional» del hombre, tal como se presentaban las novelas sociales en el siglo XIX.

Por último, puede decirse que se trata también de una novela de acción. En efecto, los protagonistas de las novelas de Kipling en general, y de esta en particular, son hombres activos que se enfrentan a los obstáculos que les plantea la vida y luchan por superarlos y triunfar en ella con los medios que la sociedad en la que viven y de la que quieren formar parte les muestra: el sentido del deber, el respeto a las normas, el esfuerzo, la ayuda al más débil... El autor cree firmemente en estos valores, propios de los países modernos en los que se defienden los derechos y deberes de los ciudadanos, y son los que intenta difundir en su obra.

Este relato de pescadores está lejos, pues, del exotismo de *El libro de la selva* que el autor había publicado poco antes, en 1894 y 1895, y que lo había lanzado a la fama, o de la defensa de los ideales patrióticos de otros de sus libros. Lo que aquí se propone es reflejar la heroicidad de la vida diaria, de la lucha por la supervivencia, y de la importancia que tienen el trabajo personal y la colaboración con los demás en una tarea y un objetivo comunes. Así es como Rudyard Kipling veía la vida y eso es lo que nos quiso transmitir.

Una experiencia decisiva

La caída de Harvey desde el buque que lo llevaba a Europa supone un punto culminante en su vida. Si al inicio del viaje aparecía como un adolescente presuntuoso, egoísta, caprichoso e insoportable, excesivamente mimado por su madre y absolutamente descuidado por su padre, su experiencia en el barco pesquero y su contacto con los pescadores, hombres duros, curtidos en el trabajo y las penalidades, que no van a consentir sus tonterías, lo salvarán de convertirse en un parásito social; es decir, en un ser

de vida ociosa, pero vacía de sentido. Harvey, y esto es lo admirable del personaje, no solo no mostrará una actitud resentida hacia los que han enderezado su rumbo, sino que encontrará la amistad sincera de Dan y el afecto del patrón Disko, y sabrá ganarse el respeto de todos cuando lo vean evolucionar y convertirse en un muchacho humilde, trabajador, responsable y respetuoso, que sorprenderá especialmente a su padre, que queda en evidencia por no haberse preocupado de su educación, ya que está completamente dedicado a lograr el éxito de sus negocios, aunque espera que su hijo, en un futuro, continúe su tarea.

Este episodio de su vida va a marcar de forma decisiva su futuro, porque gracias a él descubrirá su vocación profesional. Pero, sin duda, lo esencial que aprende es que en la vida nada se nos da regalado, sino que hemos de luchar para conseguir lo que deseamos, para alcanzar las metas que nos proponemos, con el trabajo y el estudio. Ahora bien, con esto solo no basta, el hombre debe superar sus propios egoísmos y ambiciones y sumar su esfuerzo al de los demás para lograr el bien común y el éxito del grupo social al que pertenece. El trabajo duro en el mar le descubre, en definitiva, la necesidad de esforzarse para sobrevivir, y el contacto con la tripulación, la importancia de la colaboración con los demás.

En suma, lo que parece que se inicia como una tragedia en la que una persona está a punto de perder la vida por un golpe de mala fortuna acaba siendo la salvación de un muchacho que, tras la experiencia vivida, deja de ser un niño para comenzar a ser adulto, además de haber sabido encontrar un papel que desempeñar en la sociedad. Y todo esto es lo que le convierte, precisamente, en un ser humano maduro. Aquí está la clave de la novela.

El lenguaje y el estilo de la obra

La novela es muy amena y se lee con gusto. Su estilo es rico y variado. El autor cuida los detalles de la narración y se recrea en las descripciones del mar; usa abundantes adjetivos, aparecen algunos juegos de palabras y no pocos toques de humor. A su vez, el lenguaje resulta ágil y ligero. Tan solo hay un elemento que dificulta la lectura: los acortamientos de palabras y,

sobre todo, el «slang»; es decir, el lenguaje vulgar de los pescadores. Este problema, claro está, queda subsanado en la traducción.

Esta edición

Como es habitual en la colección de Clásicos a medida, la obra que aquí presentamos es una traducción y adaptación del original inglés. Para su realización, solo se han eliminado las partes menos significativas, y se han conservado íntegros su argumento y el sentido que el autor le quiso dar a su obra.

CAPÍTULO 1

El humo se sube a la cabeza

La oxidada puerta del salón de fumadores se había quedado abierta a la niebla del Atlántico Norte, mientras el gran barco de pasajeros se balanceaba y se inclinaba haciendo sonar la sirena para avisar de su presencia a la flota pesquera.

—Ese muchacho, Cheyne, es inaguantable —dijo un individuo con abrigo de lana, cerrando la puerta de un portazo—. No lo queremos aquí. Es un maleducado.

Un alemán de pelo blanco cogió un sándwich y murmuró entre bocados:

—*Conosco* a los de su clase. América está llena de niños como él. Es lo que yo digo, ustedes *deberían* importar cuerdas de nudos *lifres* de impuestos.

—¡Bah! Realmente, no es tan malo el chaval. Es más digno de compasión que de otra cosa —dijo un neoyorquino arrastrando las palabras, tumbado entre cojines cuan largo era, bajo la húmeda claraboya—. Su madre es una dama encantadora, pero desde que era un crío lo ha estado llevando de hotel en hotel y es incapaz de controlarlo. El chico va a Europa a completar su educación.

—Su educación no ha empezado aún —añadía un pasajero de Filadelfia, acurrucado en un rincón—. Ese muchacho recibe doscientos dólares de paga al mes, según me ha dicho. Y todavía no ha cumplido dieciséis años.

—Su padre posee ferrocarriles, ¿no es *ferdad*? —preguntó el alemán.

—Sí. Y minas y serrerías y barcos —contestó aburrido el de Filadelfia—. Es dueño de media docena de compañías ferroviarias y de la mitad de la madera de la costa del Pacífico; el viejo se ha construido una mansión en San Diego y otra en Los Ángeles, pero su mujer dice que no le sienta bien el oeste, así que va de aquí para allá con el chico y sus nervios, gastándose el dinero desde Florida a Nueva York, tratando de encontrar algo que al niño le entretenga, supongo. Cuando el jovencito termine en Europa va a ser una auténtica perla.

—¿Y qué le pasa al padre para que no pueda ocuparse él mismo del hijo? —dijo el individuo del abrigo de lana.

—El viejo se dedica a amontonar dinero. Me imagino que no quiere que lo molesten. Se dará cuenta de su error dentro de unos años. Lástima, porque el muchacho tiene buen fondo si alguien sabe llegar a él.

Una vez más la puerta se abrió de golpe y un muchacho menudo y esbelto, de unos quince años, con un cigarrillo a medio fumar colgándole de la boca, se apoyó en el marco. El tono amarillento de su piel no era propio de su edad, y en su mirada había una mezcla de indecisión, chulería y escasa inteligencia. Vestía una cazadora de color guinda, pantalones cortos, calcetines rojos y zapatillas de deporte, y una gorra roja de franela echada para atrás. Después de silbar entre dientes y de observar a los presentes en el salón, dijo con voz alta y gritona:

—¡Vaya niebla que hay fuera! Se oye a los barcos de pesca graznar en los alrededores. ¿No sería divertido que echáramos uno a pique?

—Cierra la puerta, Harvey —dijo el neoyorquino—. Y quédate fuera. Aquí no haces ninguna falta.

—¿Quién me lo va a impedir? —respondió el muchacho, con intencionada calma—. ¿Es que me ha pagado usted el pasaje, señor Martin? Creo que tengo el mismo derecho que cualquiera a estar aquí.

Cogió unos dados de un tablero de damas y se puso a pasárselos de una mano a otra.

—Bueno, señores, esto es un aburrimiento de muerte. —Y sacándose del bolsillo un puñado de billetes, añadió—: ¿no podríamos organizar una partidita de póquer?



—¿Cómo está tu mamá? —preguntó alguien—. No la he visto durante el almuerzo.

—Supongo que está en su camarote; casi siempre se mareo en alta mar. Le daré quince dólares a la camarera para que la cuide. No me gusta bajar si puedo evitarlo, porque pasar por delante de la despensa del cocinero me revuelve el estómago.

—No hace falta que te disculpes, Harvey.

—¿Quién se está disculpando? Para ser la primera vez que viajo en barco, no me he mareado, excepto el primer día. ¡No, señor! —dijo y dio un puñetazo de triunfo en la mesa.

—¡Vaya! No hay duda de que eres un producto de primera calidad, con la marca bien a la vista —bostezó el viajero de Filadelfia—. Cuando acabes de crecer, vas a convertirte en un motivo de orgullo para tu país, como nadie te lo impida.

—¡Desde luego! Soy norteamericano, antes, durante y a todas horas, y así lo voy a demostrar cuando desembarque en Europa. ¡Uf! Se me ha

apagado el cigarrillo. No puedo soportar esa hoja de lechuga que vende el camarero. ¿Alguien tiene un cigarrillo de verdad?

El alemán abrió su petaca y ofreció a Harvey un delgado puro habano muy negro.

—Esto es lo mejor que hay para fumar, mi *jofen* amigo —dijo—. ¿Quieres *profarlo*? ¿Sí? Nunca *hafrás* probado nada mejor.

Harvey encendió ceremoniosamente aquel feo cigarro. Tenía la sensación de estar entrando en el mundo de los adultos.

—Se necesitaría algo más fuerte que esto para tumbarme —dijo, sin saber que estaba encendiendo un auténtico petardo.

—Lo *feremos* enseguida —comentó el alemán, y dirigiéndose al jefe de máquinas, que acababa de entrar, le preguntó—: ¿dónde estamos ahora, señor Mactonal?

—Justo donde debemos estar, poco más o menos, señor Schaefer —contestó este—. Esta noche llegaremos al Gran Banco^[1]; pero, en general, se puede decir que desde el mediodía estamos en medio de la flota pesquera, hemos pasado rozando a tres *doris*^[2] y casi nos llevamos por delante el botalón^[3] de un barco francés. Y con eso ya está todo dicho.

—Te gusta mi *sigarro*, ¿eh? —preguntó el alemán, viendo que a Harvey se le habían llenado los ojos de lágrimas.

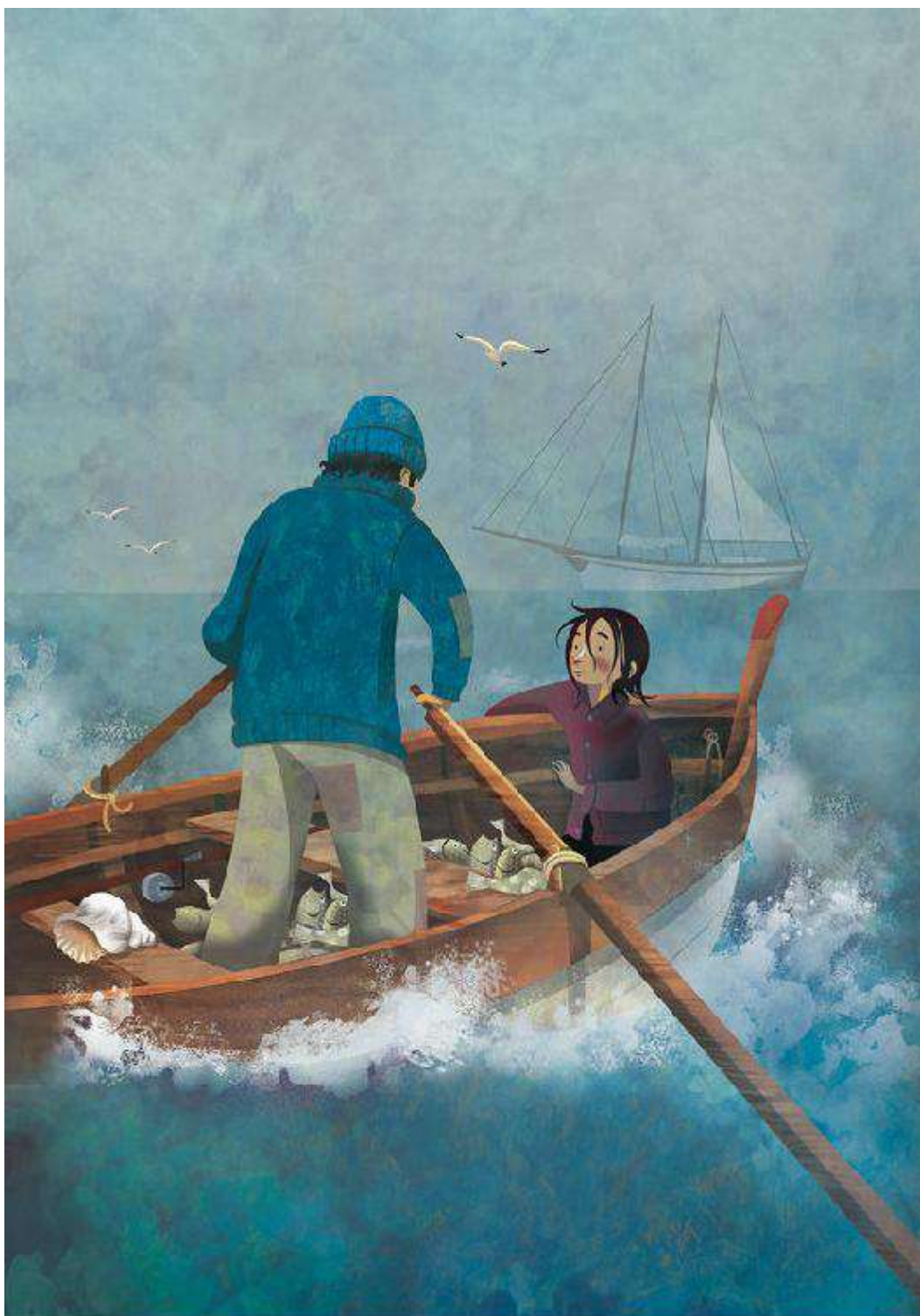
—¡Ya lo creo! Intenso sabor —respondió el muchacho, apretando los dientes—. Me parece que hemos reducido la marcha. ¿No es así? Voy a asomarme a cubierta.

Harvey fue hacia la barandilla más cercana. Se encontraba realmente mal, pero vio que un camarero estaba recogiendo las hamacas y el orgullo le hizo alejarse hacia el final de la cubierta de popa^[4], que terminaba en forma de concha de tortuga, cerca del asta de la bandera. No había nadie. Allí se inclinó, aquejado de unas incontenibles náuseas, pues el sabor del puro, unido al vaivén del barco y al estruendo de la hélice, parecía querer arrancarle las entrañas. La cabeza le iba a estallar y chispas de fuego bailaban ante sus ojos; sintió que su cuerpo perdía peso y que sus talones flotaban en el aire. Estaba a punto de desmayarse a causa del mareo, cuando un bandazo del barco lo arrojó por encima de la barandilla al extremo de la

cubierta. Entonces, una enorme ola gris que surgió de entre la niebla lo envolvió y lo arrastró fuera del barco; un gran manto verde se cerró sobre él y cayó en un profundo sueño.

Le despertó el sonido de un cuerno de caza similar al que se usa para llamar a las comidas en los campamentos de verano. Poco a poco recordó que era Harvey Cheyne y que se había ahogado y había muerto en pleno océano; pero estaba demasiado débil para pensar. Estaba completamente empapado de agua salada, un frío húmedo y pegajoso le recorría la espalda y nuevos olores llenaban su nariz. Al abrir los ojos creyó que todavía estaba flotando sobre el mar, porque lo veía correr a su alrededor en ondas plateadas; pero comprobó que realmente estaba tumbado sobre un montón de peces medio muertos y que delante de sus ojos había una ancha espalda humana metida en un jersey azul.

—Se acabó —pensó—; estoy muerto y este es el encargado de llevarme al otro mundo.



Dio un quejido y aquella figura masculina volvió la cabeza, mostrando un par de pequeños pendientes de aro dorados medio escondidos entre sus rizados cabellos negros.

—¡Ajá! ¿Te encuentras ya mejor? —dijo—. Sigue tumbado, es mejor para mantener el equilibrio. —Y siguió hablando, mientras con un rápido movimiento de los remos impulsó la proa del bote hacia un mar que lo levantó más de veinte pies^[5], solo para dejarlo caer en un profundo pozo acristalado, sin que por ello interrumpiera la conversación—. Ha sido una buena faena eso de pescarte, te lo digo yo. ¿Eh? Pero todavía ha sido mejor que tu buque no me pescara a mí. ¿Cómo te caíste al agua?

—Me mareé —dijo Harvey—; me mareé y no pude evitarlo.

—Fue en el momento justo en el que toqué la bocina y tu barco viró un poco. Entonces te vi caer. ¿Eh? Pensé que la hélice te habría hecho trizas, pero el mar te trajo hacia mí y te cogí como si fueras un gran pez. Así que por esta vez te has librado de morir.

—¿Dónde estoy? —preguntó Harvey, que no se sentía nada seguro allí tendido.

—Estás conmigo en el *dory*. Me llamo Manuel, y vengo de la goleta^[6] *Estamos aquí* de Gloucester. Yo vivo en Gloucester. Pronto nos llamarán para cenar. ¿Eh?

Manuel parecía tener dos pares de manos y una cabeza de hierro fundido, pues, además de soplar por una gran caracola, tenía que ponerse de pie, balanceándose sobre el fondo plano del *dory*, y lanzar el chirriante sonido a través de la niebla. Harvey no recordaba cuánto duró aquello, porque él siguió tumbado y aterrado por el humeante oleaje. Después le pareció oír un disparo, el sonido de otra bocina y gritos, y se encontró junto a otra embarcación más grande que el *dory*, pero igual de ligera. Escuchó varias voces y sintió que lo dejaban caer en un agujero oscuro, donde varios hombres con trajes impermeables le quitaron la ropa y le dieron una bebida caliente. Enseguida se quedó dormido.

CAPÍTULO 2

Un puñado de billetes

Cuando se despertó, escuchó la campana del barco de vapor que llamaba para el desayuno, y se sorprendió de que su camarote se hubiera reducido tanto de tamaño. Al volverse, se vio en una especie de estrecha cueva triangular iluminada por una lámpara que colgaba de una viga. Al alcance de la mano tenía una pequeña mesa y al final de ella, detrás de una vieja estufa, estaba sentado un chico aproximadamente de su misma edad, de cara redonda y colorada, y brillantes ojos grises. Estaba vestido con un jersey azul y botas altas de goma. En el suelo había varios pares del mismo tipo de calzado, una gorra vieja y varios calcetines de lana muy usados, y junto a dos filas de literas colgaban varios trajes impermeables negros y amarillos. El lugar estaba impregnado de un olor denso, mezcla de pescado frito, grasa quemada, pintura, pimienta, tabaco rancio y, sobre todo, de barco y agua salada. Harvey vio con disgusto que su cama no tenía sábanas; estaba acostado sobre una tela sucia y basta, llena de bultos y nudos. Por otra parte, tampoco el movimiento de la goleta era como el de un barco de vapor, pues no se deslizaba de manera ondulante, sino que más bien se retorció como un potro sujeto por las riendas, haciendo crujir todas las maderas. Todo aquello le hizo gemir desconsoladamente, pensando en su madre.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó el muchacho sonriendo—. ¿Quieres un poco de café?



Le acercó una taza de latón que endulzó con melaza^[7].

—¿No hay leche? —preguntó Harvey, escudriñando la doble hilera de literas como si esperase encontrar una vaca por allí.

—No —dijo el chico—; ni es probable que la haya hasta mediados de septiembre. El café no es malo, lo he hecho yo.

Harvey bebió en silencio, y el muchacho le trajo un plato lleno de crujientes trozos de tocino frito que comió vorazmente.

—Te he secado tus ropas. Me temo que han encogido un poco —dijo el chico—. No son como las que usamos nosotros. Mírate a ver si tienes alguna herida por algún lado —Harvey así lo hizo y no se encontró ni un arañazo—. Si no, vístete y sube a cubierta. Mi padre quiere verte. Yo soy su hijo y me llamo Dan. Soy el único grumete^[8] que hay aquí desde que Otto se cayó por la borda..., era holandés y tenía veinte años. ¿Cómo te caíste al agua con la calma chicha que había?

—El mar no estaba en calma —dijo Harvey de mal humor—. Había una tempestad y me mareé. Supongo que debí caerme por encima de la

barandilla.

—Bueno, ayer hubo un poco de marejadilla durante todo el día —replicó el chico—, pero si esa es tu idea de una tempestad... —dejó escapar un silbido—, ya te enterarás antes de que terminemos. ¡Date prisa! Papá te está esperando.

Como otros muchos desafortunados jóvenes, Harvey no había recibido una orden en toda su vida; nunca, por lo menos, sin largas y, en ocasiones, llorosas explicaciones sobre las ventajas de obedecerla y las razones para darla. La señora Cheyne vivía con el temor de torcer su personalidad, lo que quizá era la causa de que estuviera siempre al borde de un ataque de nervios. Por lo tanto, Harvey no veía por qué tenía él que darse prisa para satisfacer los deseos de alguien, y así lo expresó.

—Tu padre puede bajar aquí si tiene tantas ganas de hablar conmigo. Quiero que me lleve de inmediato a Nueva York. Se lo pagaré.

Dan abrió los ojos de par en par, pensando que aquello era una broma.

—Oye, papá —gritó por la escotilla^[9]—, dice que bajes tú a verlo si tantas ganas tienes.

La voz más profunda de una persona que Harvey jamás había oído respondió:

—Dan, déjate de tonterías y mándamelo para acá.

El chico disimuló la risa y le acercó a Harvey las zapatillas deportivas. Había algo en el tono de aquella voz de la cubierta que le hizo tragarse su enorme rabia y consolarse con la idea de ir desvelando la historia de su riqueza y la de su familia durante el viaje de vuelta a casa. Sin duda, aquel salvamento le convertiría en un héroe entre sus amigos. Subió a cubierta por una escalerilla perpendicular y, a tropezones con una multitud de obstáculos, llegó hasta donde un individuo bajo, pero recio, limpio y afeitado, de cejas grises, estaba sentado en un escalón de la cabina de mando. La marejada había desaparecido durante la noche, dejando el mar como una balsa de aceite, salpicado hasta el horizonte por los puntos que dibujaban las velas de una docena de pesqueros. Entre ellos se divisaban puntitos negros, que señalaban dónde estaban los *doris* que habían salido a pescar. La goleta, con una vela triangular en el palo mayor, permanecía

anclada sin dificultad y, a excepción del patrón que se encontraba junto a la cabina —«caseta» la llamaban ellos—, estaba desierta.

—Buenos días..., o buenas tardes, mejor dicho. Has dormido como un lirón, jovencito —fue el saludo.

—Buenos días —dijo Harvey. No le gustaba que lo llamasen «jovencito» y, puesto que había estado a punto de ahogarse, esperaba cierta consideración. Su madre sufría una agonía cada vez que él se mojaba los pies, pero aquel marinero no parecía conmovido en absoluto.

—Ahora cuéntame lo que te pasó. Ha sido providencial. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde venías? Suponemos que de Nueva York y que seguramente te dirigías a Europa.



Harvey le dio su nombre y el del transatlántico, le explicó brevemente cómo ocurrió el accidente y le pidió, por último, que lo llevaran

inmediatamente a Nueva York, donde su padre pagaría cualquier cantidad que se le pidiera.

—¡Hum! —dijo el hombre, nada impresionado por el final del discurso de Harvey—. No puedo decir que me merezca buena opinión alguien, ni siquiera un muchacho, que se cae por la borda de esa clase de buques con un mar en completa calma. Y menos aún cuando su excusa es que se ha mareado.

—¡Excusa! —protestó Harvey—. ¿Supone usted que me caí en su sucio barcucho por diversión?

—Como no conozco cuál es tu idea de la diversión, no puedo decirlo, jovencito. Pero yo en tu lugar no insultaría al barco que la Providencia ha mandado para salvarte. En primer lugar, va contra la religión; y en segundo, va contra mis principios... Yo soy Disko Troop, del *Estamos aquí* de Gloucester, algo que tú parece no saber.

—Ni lo sé ni me importa —dijo Harvey—. Por supuesto, les estoy muy agradecido por haberme salvado y todo eso, pero quiero que entienda que cuanto antes me lleve a Nueva York mayor será la recompensa que recibirá. Usted verá que recogerme del océano habrá sido el mejor trabajo de toda su vida. Soy el hijo único de Harvey Cheyne.

—Pues ha tenido suerte —respondió Disko secamente.

—Y si no sabe quién es Harvey Cheyne es que no sabe usted mucho que digamos...; eso es todo. Ahora dé media vuelta y apresúrese.

Harvey creía que la mayor parte de los Estados Unidos estaba llena de personas que hablaban sobre el dinero de su padre y se lo envidiaban.

—Yo no voy nunca a Nueva York ni a Boston. Puede que veamos Eastern Point hacia septiembre. Y en cuanto a tu padre..., siento mucho no haber oído hablar de él. Puede que me dé diez dólares después de todo lo que has dicho, o puede que no me dé nada.

—¡Diez dólares! Mire aquí, yo... —Harvey metió la mano en su bolsillo en busca del taco de billetes, pero todo lo que sacó fue un paquete de cigarrillos empapados.

—Eso no es moneda de curso legal y sí es muy malo para los pulmones. Tíralo por la borda, jovencito, y prueba con otra cosa.

—¡Me lo han robado! —exclamó Harvey, lleno de indignación.

—Entonces, tendrás que esperar a ver a tu padre para recompensarme.

—Ciento treinta y cuatro dólares..., robados —dijo Harvey, rebuscando nerviosamente en sus bolsillos—. Devuélvamelos.

Un curioso cambio se produjo en las duras facciones del patrón Troop.

—¿Qué diablos hacías a tu edad con ciento treinta y cuatro dólares, jovencito?

—Eran parte de mi paga mensual. —Harvey pensó que aquello sería un golpe definitivo, y así fue indirectamente.

—¡Ajá! ¡Conque ciento treinta y cuatro dólares no son más que parte de tu paga..., durante un mes! ¿Tú no recuerdas haberte golpeado con algo cuando caías, verdad? El viejo Hasken, del *Viento del Este* —Troop parecía hablar consigo mismo—, tropezó al salir por una escotilla y se dio un buen cabezazo con el palo mayor. Unas tres semanas después le dio por creer que el *Viento del Este* era un buque de guerra que atacaba a los mercantes y le declaró la guerra a Sable Island porque era inglesa y sus bancos de arena se adentraban demasiado en el mar. Los pescadores lo metieron dentro de un saco y lo cosieron, de forma que solo le quedaron fuera la cabeza y los pies para el resto del viaje. Ahora está en su casa jugando con muñecas de trapo. —Harvey no podía aguantar más la rabia, pero Troop continuó en tono conciliador—: Lo sentimos por ti. Lo sentimos mucho..., y siendo tan joven. Espero que no volvamos a hablar más del dinero.

—Claro que no hablarán, porque ustedes me lo han robado.

—¡Vale! Piensa lo que quieras; nosotros te lo hemos robado, si eso te sirve de consuelo. Respecto a regresar a puerto, no podemos hacerlo. Tú no estás en condiciones de volver a tu casa y nosotros acabamos de llegar a los Bancos para trabajar y ganarnos el pan con la pesca. Y ninguno de nosotros gana ni la mitad de cien dólares al mes, y mucho menos lleva ese dinero en el bolsillo. Si tenemos suerte, volveremos a pisar tierra firme en las primeras semanas de septiembre. La pesca de toda la temporada supone el sustento de los ocho hombres de la tripulación del *Estamos aquí*, y tú te encontrarás mucho mejor de salud cuando veas a tu padre en otoño.

—Pero..., pero estamos en mayo ahora, y yo no puedo quedarme aquí sin hacer nada solo porque ustedes quieran pescar. ¡Le repito que no puedo!

—Muy cierto y muy justo, claro que sí, porque nadie dice que vayas a estar sin hacer nada. Hay un montón de cosas que puedes hacer, puesto que Otto se cayó por la borda en Le Have; me temo que no se agarró bien durante la tempestad que nos sorprendió allí. Y mira por dónde, por suerte para todos nosotros, has aparecido tú como llovido del cielo. Aunque estoy seguro de que son muy pocas las cosas que sabes hacer, ¿no es verdad?

—Puedo hacer que usted y su tripulación se arrepientan de esto cuando lleguemos a puerto —dijo Harvey, con un vengativo movimiento de cabeza y murmurando vagas amenazas acerca de la «piratería», ante las cuales Troop, casi sonriendo, añadió:

—Excepto hablar, que no tienes por qué hacerlo más de lo que te apetezca, puedes ayudar a Dan en lo que se le mande y te daré (no lo vales, pero te lo daré) diez dólares y medio al mes, esto es, treinta y cinco al final del viaje. Un poco de trabajo te distraerá, y, mientras tanto, nos podrás contar todo lo que quieras sobre tu papá, tu mamá y tu fortuna. Ahora, vete a proa y ayuda a Dan; diez dólares y medio al mes, es lo que hay.

—¿Quiere usted decir que voy a tener que limpiar ollas y sartenes y cosas así?

—Y otras cosas, sí —respondió Troop—. Y nadie te ha pedido que grites, jovencito.

—¡Ni hablar; me niego! Mi padre le dará diez veces lo que vale esta sucia cazuela de pescado —Harvey pateó con furia el suelo de la cubierta—, si me lleva a Nueva York sano y salvo; además..., además de los ciento treinta dólares míos que usted ya tiene. Y encima pretende que haga trabajos serviles —Harvey estaba muy orgulloso de aquel adjetivo— hasta el otoño. Pues le digo que no pienso hacerlo. ¿Lo oye?

La expresión de Troop se volvió repentinamente sombría, y durante un rato estuvo mirando la punta del palo mayor, mientras Harvey proseguía su arenga con excitación.

—¡Calla! —le ordenó—. Estoy pensando hasta dónde llega mi responsabilidad en esta situación. Es cuestión de aplicar el sentido común.

Dan, que hasta ahora había fingido estar ocupado junto al palo trinquete^[10], sin poder evitar soltar alguna que otra risita, se acercó a hurtadillas y agarró a Harvey del codo:

—No sigas fastidiando más a mi padre —le pidió—. Le has llamado ladrón dos o tres veces, y eso no se lo consiente a nadie.

—Chico, eres un ser insociable —dijo por fin el padre de Dan, bajando la vista hacia Harvey—. Pero no te culpo a ti; ni tú me culparás tampoco a mí cuando se te haya pasado este ataque de rabia. Ahora atiende bien a lo que te voy a decir: diez dólares y medio como segundo grumete de la goleta, incluida la manutención; lo hago para que aprendas algo y por tu propio bien. ¿Sí o no?

—¡No! —gritó Harvey—. Lléveme a Nueva York o yo le demostraré...

Nunca recordó exactamente lo que sucedió a continuación. Se encontró tumbado en el suelo, tapándose con la mano la nariz, que le sangraba, mientras Troop le miraba desde lo alto con expresión serena.

—Dan —le habló a su hijo—, la primera vez que vi a este chico no me gustó nada; es lo que pasa cuando uno hace un juicio apresurado. Nunca te dejes llevar por juicios hechos a la ligera, Dan. Ahora lo siento por él, porque está claro que no está bien de la cabeza. No es responsable de los insultos que me ha dirigido ni de las demás cosas que ha dicho..., ni de saltar por la borda de ese buque, que estoy casi convencido de que fue lo que hizo. Sé amable con él, Dan, o te daré el doble de lo que le he dado a él. Las hemorragias despejan la cabeza. ¡Llévalo a que se lave!

Troop descendió solemnemente al camarote donde él y los otros hombres dormían, dejando que Dan consolase al desgraciado heredero de treinta millones de dólares.

CAPÍTULO 3

La canción del capitán

—Te lo advertí —dijo Dan, mientras las gotas de sangre caían densas y rápidas sobre las oscuras tablas engrasadas de la cubierta—. Papá nunca se enfurece, pero es que te lo has merecido. ¡Venga! No te lo tomes así —los hombros de Harvey subían y bajaban con los temblores de sus sollozos—. Sé cómo te sientes. La primera vez que mi padre me pegó... fue también la última..., y eso fue en mi primer viaje. Tienes la impresión de estar muy solo. Lo sé.

—Ese hombre debe de estar loco o borracho —gimió Harvey—. Y yo no puedo hacer nada.

—No vayas a decirle eso a papá —susurró Dan—. Está totalmente en contra del alcohol y..., bueno, a mí me ha dicho que el loco eres tú. ¿Cómo demonios se te ocurrió llamarle ladrón? ¡Es mi padre!

Harvey se incorporó, se secó la nariz y le contó la historia del fajo de billetes desaparecido.

—No estoy loco —concluyó—, solo que tu padre no ha visto nunca juntos más de dos billetes de cinco dólares mientras que el mío podría comprar un barco como este cada semana y ni lo notaría.

—Tú no sabes lo que vale el *Estamos aquí*. Pero, de todas formas, tu padre debe de tener una pila de millones. ¿Cómo los ganó?

—Con minas de oro y cosas así, en el Oeste.

—Yo he leído algo sobre ese tipo de negocios. En el lejano Oeste, ¿no? ¿Y va por ahí con una pistola y un caballo, como se ve en el circo? Lo

llaman el salvaje Oeste, y he oído que allí se usan espuelas y frenos de plata maciza.

—¡Pero tú eres bobo! —dijo Harvey, divertido a su pesar—. A mi padre no le hacen falta caballos. Cuando quiere ir a algún sitio, utiliza su coche.

—¿Cómo? ¿Un coche de caballos?

—¡No, hombre! Su vagón privado, por supuesto. Habrás visto alguno en tu vida, ¿no?

—Slatin Beeman tenía uno —dijo Dan cautelosamente—. Lo vi en la estación de La Unión en Boston, con tres negros limpiando las ventanas. Pero Slatin Beeman es el dueño de casi todos los ferrocarriles del Estado de Long Island, dicen, y también aseguran que ha comprado la mitad del Estado de New Hampshire, le ha puesto una valla alrededor y lo ha llenado todo de leones, tigres, osos, búfalos, cocodrilos y eso. Slatin Beeman es un millonario.

—Pues mi padre es lo que llaman un multimillonario y tiene dos vagones privados. Uno se llama como yo, *Harvey*, y el otro, como mi madre, *Constance*.

—Espera un momento —dijo Dan—. Papá no me deja jurar, pero supongo que tú sí puedes. Antes de que me cuentes nada más, quiero que me jures que te morirás si estás mintiendo.

—Sí; claro —dijo Harvey.

—Así no es suficiente. Di: «Que me muera ahora mismo si no estoy diciendo la verdad».

—Que me muera aquí mismo —aseguró Harvey con el más terrible juramento que conoce la adolescencia— si cada una de las palabras que he dicho no son la pura verdad.

—¿Los ciento treinta y cuatro dólares también? —preguntó Dan—. Oí lo que le decías a papá, y casi me temí que fuese a tragarte una ballena, como a Jonás^[11].

Harvey protestó poniéndose colorado, y, tras diez minutos de preguntas, Dan se convenció de que Harvey no mentía. Sin embargo, allí seguía sentado con la nariz encarnada.

—Te creo, Harvey. Por primera vez en su vida papá ha cometido un error. Y si hay algo que odia es equivocarse en sus opiniones.

—Entonces, tenía yo razón —aseguró Harvey, que meditaba una pronta venganza y creía que Dan estaba de su parte—. Pero no quiero que me tire al suelo otra vez de un golpe. Ya me llegará la hora de ajustarle las cuentas.

—Nunca he conocido a nadie que haya tenido una disputa con mi padre. Pero estoy seguro de que volvería a tumbarte otra vez, y es que eso de las minas de oro y las pistolas... ¡Mira! Haz caso de lo que te ha dicho y ayúdame en lo que nos manden, o de lo contrario te la ganarás tú y yo también por apoyarte. Papá siempre me da doble ración, porque soy su hijo y no le gustan los favoritismos. Mi padre es un hombre justo; lo dice toda la flota.

—Entonces esto te parece justo, ¿no? —Harvey se señaló la lastimosa nariz.

—Eso no es nada. Ya verás cómo haber echado un poco de sangre por la nariz te sentará bien. Papá lo ha hecho por tu salud. Ahora quiero dejarte una cosa clara: yo no puedo tener trato con alguien que piensa que mi padre, o yo, o cualquiera de la tripulación del *Estamos aquí* es un ladrón. No somos rateros del puerto, somos pescadores y llevamos navegando juntos seis años o más. ¡No te equivoques en eso! Yo no sé lo que llevabas en los bolsillos cuando te sequé la ropa, porque no los miré, pero te diré que ni mi padre ni yo sabemos nada de ese dinero. ¿Qué contestas?

La sangre que había perdido le había aclarado las ideas a Harvey, y quizá la soledad del mar había contribuido también a ello.

—De acuerdo —respondió y bajó la vista avergonzado—. Me parece que, para ser alguien a quien acaban de salvar de ahogarse, no me he mostrado demasiado agradecido, Dan. Se me debería haber ocurrido que pude perder los billetes de otra manera, en lugar de llamar ladrón a todo el mundo. ¿Dónde está tu padre?

—Bueno, estabas un poco trastornado por el golpe. De todas formas, solo estábamos papá y yo. Él está en la cabina. ¿Para qué lo quieres ver otra vez?

—Ahora lo verás —dijo Harvey, y se dirigió, tambaleándose, porque aún le daba vueltas la cabeza, a los escalones del castillo de proa^[12], donde estaba colgado el pequeño reloj del barco, para que se viera bien desde el timón. En la cabina, pintada de color chocolate y amarillo, Troop estaba ocupado en anotar algo en un cuaderno con un enorme lápiz negro que de vez en cuando mordisqueaba con energía.

—No me he portado bien —manifestó, sorprendido de su propia amabilidad.

—¿Y ahora cuál es el problema? —preguntó el patrón—. ¿Has tenido un tropiezo con Dan?

—No. Se trata de usted.

—Te escucho.

—Yo he venido..., he venido para disculparme —dijo Harvey muy deprisa—. Alguien que ha sido salvado de ahogarse... —tragó saliva—, no debería empezar insultando a la gente.

—Muy justo y muy cierto, sí, señor. ¡Vaya! Si resulta que llegarás a convertirte en un hombre si tomas este camino. Eso demuestra que no me había equivocado. Me equivoco muy pocas veces. —Una risita reprimida llegó desde cubierta. Troop se levantó y su enorme mano se cerró sobre la de Harvey insensibilizándole el brazo hasta el codo—. Habremos puesto un poco más de músculo en ese brazo antes de que acabemos contigo, jovencito. Y que sepas que no tengo una mala opinión de ti por lo que ha pasado. Tú no eres realmente el responsable. Haz lo que debes y todo irá bien.

—¡Estás blanco! —dijo Dan cuando Harvey volvió a cubierta.

—No es eso lo que yo siento —respondió el otro, enrojando hasta las orejas.

—No me refiero a eso. He oído lo que te decía papá. Cuando admite que tiene buena opinión de alguien, se entrega a esa persona. Y no le gusta nada equivocarse en sus juicios. ¡Ja, ja! Me alegro de que todo esté arreglado. Papá tiene razón cuando dice que no puede llevarte a casa; nosotros nos ganamos la vida pescando aquí. ¡Será estupendo! —añadió con entusiasmo—. ¡Ya verás cuando vayamos con la vela mayor hinchada y

volvamos a casa con la bodega repleta! Pero antes habrá que trabajar un poco. —Señaló abajo, hacia la oscuridad de la escotilla principal que se abría entre los dos mástiles.

—¿Para qué sirve? Está vacía —observó Harvey.

—Tú, yo y algunos más tendremos que llenarla —explicó Dan—. Ahí es donde metemos los bacalaos.

—¿Vivos? —preguntó Harvey.

—¡Hombre, no! Se supone que están muertos..., y tiesos..., y salados. Llevamos cien barriles de sal en la bodega.

—Entonces, ¿dónde están los peces?

—Los peces están en la mar, y nosotros rogamos para que se dejen pescar —dijo Dan, repitiendo un refrán de pescadores—. Tú llegaste anoche con cuarenta de ellos, más o menos.

Señaló un contenedor de madera frente al castillo de proa.

—Tú y yo tendremos que limpiarlo cuando terminen de faenar. ¡Dios quiera que lo llenemos esta noche! He visto esta goleta hundirse medio pie por el peso del pescado que teníamos que limpiar. Ahí vuelven los demás —Dan miró por encima de la borda la media docena de *doris* que remaban hacia ellos sobre el mar brillante y sedoso.

—Nunca había visto el mar desde tan abajo —dijo Harvey—. Es precioso.

El sol, en la línea del horizonte, teñía el agua de morado y rosa, con pinceladas de oro en las crestas de las largas olas, y sombras azules y verdes en las hondonadas. Parecía como si todas las goletas atrajeran a sus *doris* hacia sí mediante hilos invisibles, y las figuritas negras de las pequeñas barcas remaban como si fueran juguetes a los que se da cuerda.



—Han tenido buena pesca —comentó Dan, con los ojos entornados—. Manuel no tiene sitio ni para un pez más. Viene tan hundido como un nenúfar en un estanque, ¿verdad?

—¿Cuál de ellos es Manuel? No sé cómo puedes distinguirlos desde tan lejos.

—El último bote hacia el sur. Él fue quien te encontró anoche —dijo Dan, señalándolo—. Manuel rema como los portugueses; es inconfundible. A su derecha está Pennsylvania, que pesca mucho mejor que rema. Fíjate qué bien mantienen su posición todo el tiempo. Más a la derecha está Long Jack, el de los hombros encorvados; es un irlandés de Galway, aunque vive en Boston, y las gentes de Galway son buenos marineros. Al norte, más lejos, le oirás cantar dentro de un minuto, está Tom Platt. Fue soldado en el viejo *Ohio*, el primer buque de guerra de nuestra marina que, según dice él, dobló el cabo de Hornos; nunca habla de otra cosa, excepto cuando canta, pero tiene mucha suerte en la pesca. ¡Ahí está! ¿Qué te decía yo?

Un melodioso bramido atravesó las aguas desde el *dory* situado más al norte.

—Eso significa que su bote está lleno —dijo Dan, con risitas—. Si ahora canta *¡Oh, capitán!*, es que viene lleno hasta los topes.

El bramido continuó:

*Y ahora a ti, ¡oh, capitán!,
con el mayor ardor te voy a pedir
que nunca me vayan a enterrar
en iglesia o claustro gris.*

—Doble juego para Tom Platt. Mañana te contará la historia del viejo *Ohio*. ¿Ves el *dory* azul detrás del suyo? Es mi tío Salters, el hermano de mi padre, y si la mala suerte anda suelta por los Bancos, seguro que él la encontrará. Mira con qué suavidad rema. Me apostaría el sueldo a que es el único al que le han picado hoy..., y le han picado bien.

—¿Qué le han picado? —preguntó Harvey, sintiendo interés.

—Fresas de mar, la mayoría de las veces; a veces, calabazas, y otras, pepinos^[13]. Sí, le han picado de los codos para abajo. ¡El pobre tiene tan mala suerte! Ahora vamos a preparar el aparejo para izar los botes. ¿Es verdad lo que me has dicho antes, que no has trabajado en toda tu vida? Debes de sentirte muy mal, ¿no?

—¡Bueno! Voy a tratar de trabajar ahora —replicó Harvey con decisión—, aunque todo será completamente nuevo para mí.

—¡Agarra el aparejo entonces! Detrás de ti.

Harvey cogió una cuerda y un largo gancho de hierro que colgaba de uno de los estays^[14] del palo mayor, mientras Dan tiraba de una polea, y, al mismo tiempo, Manuel atracaba su *dory*. El portugués les dirigió una cálida sonrisa, que Harvey llegó a conocer bien más adelante, y con un tridente de mango corto empezó a lanzar los peces al contenedor de cubierta.

—Doscientos treinta y uno —gritó.

—Dale el gancho —dijo Dan, y Harvey tiró de él y se lo dio a Manuel, que lo introdujo en un lazo de cuerda en la proa del bote; después, cogió el aparejo de Dan, lo enganchó en otro lazo similar de popa y escaló hasta la goleta.

—¡Tira! —gritó Dan, y Harvey así lo hizo, asombrándose al descubrir lo fácil que era izar un *dory*.

—¡Anda! No lo has hecho nada mal para ser un pasajero, pero aún te quedan por aprender muchas cosas sobre la vida del mar.

—¡Ajá! —dijo Manuel, extendiendo su mano morena—. ¿Te encuentras ya mejor? Anoche a estas horas los peces te pescaban a ti. Ahora eres tú el que los pesca a ellos, ¿eh?

—Le estoy..., le estoy profundamente agradecido —tartamudeó Harvey, y metió su desacertada mano en el bolsillo una vez más, pero

recordó que carecía de dinero para ofrecer. Cuando conoció mejor a Manuel, el mero pensamiento del error que habría podido cometer le hacía enrojecer de vergüenza en su litera.

—¡No tienes nada que agradecerme! —dijo Manuel, dejando escapar una exclamación de dolor mientras se inclinaba hacia delante y hacia atrás para desentumecerse.

—Hoy no he limpiado el bote. He estado muy ocupado. Empezaron a picar enseguida. Dan, hijo mío, límpialo por mí.

Harvey se ofreció al instante. Aquello era algo que él podía hacer por el hombre que le había salvado la vida. Así pues, Dan le lanzó un estropajo y Harvey, inclinándose sobre el bote, empezó a limpiarlo de lodo torpemente, pero con extraordinaria buena voluntad.

—Saca las bancadas^[15]; se deslizan por unas ranuras —indicó Dan—. Friégalas y ponlas en el suelo del *dory*. Nunca dejes que se atasque una bancada; cualquier día te puede hacer mucha falta. Ahí está Long Jack.

Un chorro de peces relucientes voló hacia el gran cajón desde el *dory* atracado junto a la goleta.

—Manuel, coge el aparejo —dijo Dan—. Yo prepararé la mesa. Harvey, vacía el bote de Manuel. El de Long Jack lo estibamos^[16] encima.

Harvey levantó la vista de su tarea para encontrar justo sobre su cabeza el fondo de otra barca.

—Igual que las muñecas rusas, ¿no te parece? —dijo Dan, mientras un bote encajaba en el otro.

—¡Ciento cuarenta y nueve! ¡Mala pesca! —dijo Long Jack—. El portugués me ha ganado.

Otro *dory* golpeó el costado del velero, y más peces cayeron en el contenedor.

—Doscientos tres. ¡Veamos al pasajero! —El que hablaba era un individuo todavía más grande que el de Galway, y su rostro resultaba extraño, pues una cicatriz morada le cruzaba la cara desde el ojo izquierdo a la comisura derecha de la boca.

Como no sabía qué otra cosa hacer, Harvey fregaba cada *dory* conforme iban descendiendo sobre cubierta, sacaba las bancadas y las dejaba sobre el

fondo de cada bote.

—Lo ha aprendido bien —comentó Tom Platt, el hombre de la cicatriz, mientras le observaba con ojo crítico—. Hay dos formas de hacer las cosas. Una es a la manera de los pescadores: terminar cuanto antes y dejar las cosas de cualquier manera, y la otra es...

—¡Como lo hacíamos en el viejo *Ohio*! —interrumpió Dan, abriéndose camino entre el grupito de hombres con un largo tablero sobre patas—. Quítate de ahí, Tom Platt. —Y colocó la mesa, sobre la que puso unos cuantos cuchillos.

—Creo que son cuarenta y dos —dijo una débil voz al otro lado de la embarcación, y un torrente de carcajadas sonó cuando otra voz contestó:

—Entonces he tenido suerte esta vez, porque los míos son cuarenta y cinco, aunque me han picado por todo el cuerpo.

—Son Penn y tío Salters contando lo que han pescado. Esto es mejor que ir al circo —dijo Dan—. ¡Mira qué dos!

—¡Vamos..., subid! —rugió Long Jack—. ¡Hay mucha humedad ahí fuera, muchachos!

Los dos *doris* giraron al mismo tiempo, chocando entre sí y golpeando la goleta.

—¡Hay que tener más paciencia que el Santo Job!^[17] —exclamó tío Salters, chapoteando con estrépito para apartarse—. Nunca entenderé qué le ha llevado a un granjero como tú a meter los pies en un barco. Has estado a punto de echarme a pique.

—Lo siento, señor Salters. Me hice a la mar a causa de mi enfermedad nerviosa. Creo que me lo aconsejó usted.

—Ojalá os ahogaraís tú y tus nervios en el Abismo de las Ballenas —gruñó tío Salters, un individuo pequeño y gordo—. Te estás echando otra vez encima de mí. A ver, cuenta otra vez.

Disko Troop salió de la cabina.

—Salters, sube la pesca a la nave ahora mismo —dijo con tono autoritario.

—¡Espera! —Pero no tuvo más tiempo para protestar porque lo alzaron a bordo.

CAPÍTULO 4

Como abrir un libro

—¡A sentarse! ¡A sentarse! —llamó desde el castillo una voz que Harvey no había oído aún. Disko Troop, Tom Platt, Long Jack y Salters se fueron hacia la proa al oírla. El pequeño Penn se sentó sobre las redes, Manuel se tumbó en la cubierta y Dan bajó a la bodega, donde Harvey le oyó golpear barriles con un martillo.

—Es la sal —le explicó a Harvey al regresar—. En cuanto hayamos terminado de cenar, limpiaremos el bacalao. ¡Hmmm! ¡Qué bien huele la cena esta noche! Papá siempre contrata a un buen cocinero. —Y señalando el contenedor rebosante de bacalaos, se dirigió a Manuel—: Hemos tenido una buena pesca hoy, ¿no es verdad? ¿A qué profundidad pescabais, Manuel?

—A veinticinco brazas^[18] —dijo el portugués adormilado—. Algún día te enseñaré, Harvey.

La luna se deslizaba ya sobre el mar en calma antes de que los hombres de más edad volvieran a popa. El cocinero no tuvo que gritar «¡segundo turno!». Dan y Manuel bajaron por la escotilla y se sentaron a la mesa antes de que Tom Platt, el último y más remolón de los mayores, hubiera terminado de limpiarse la boca con el dorso de la mano. Harvey siguió a Penn, y se sentó ante un plato de lenguas y vejigas de bacalao mezcladas con trozos de carne de cerdo y patatas fritas, una rebanada de pan caliente y una taza de café negro bien cargado. Aunque estaban hambrientos, esperaron a que Pennsylvania bendijese solemnemente los alimentos. Luego

comieron en silencio hasta que Dan respiró hondo por encima de su taza de latón y preguntó a Harvey cómo se sentía.

—Muy lleno, pero todavía me queda sitio para otro trozo.

El cocinero era un enorme hombre de color, tan negro como el azabache, y a diferencia de todos los negros que Harvey había conocido no hablaba, sino que se limitaba a sonreír y a hacerles gestos para que comieran más.

—¿No puede hablar? —preguntó Harvey en un susurro.

—Solo lo suficiente para hacerse entender y muy poco de las cosas que nosotros conocemos. Viene del interior de la isla de Cabo Bretón, donde los granjeros hablan una variante del escocés. Cabo Bretón está lleno de negros cuyos padres se refugiaron allí durante nuestra guerra civil, y hablan como los granjeros, una jerga incomprensible.

—No es escocés lo que habla —aclaró Pennsylvania—. Es gaélico^[19]; lo leí en un libro.

—Penn lee mucho y casi todo lo que dice es cierto..., excepto cuando cuenta bacalaos.

—¿Tu padre acepta las cifras que ellos dan sin comprobarlas? —preguntó Harvey.

—Sí, claro. ¿Qué sentido tiene que un hombre mienta por unos pocos bacalaos?

—Una vez hubo un tipo que mentía sobre lo que pescaba —intervino Manuel—. Mentía todos los días. Decía que había cinco, diez, veinticinco bacalaos más de los que había.

—¿Dónde pasó eso? —preguntó Dan—. Ninguno de nuestra tripulación.

—No; un francés de Anguille.

—¡Ah! Esos franceses de la orilla oeste no cuentan jamás y el motivo es evidente. Si alguna vez te tropiezas con uno de sus anzuelos de alambre blando, comprenderás por qué te lo digo, Harvey —dijo Dan, con profundo desprecio.

¡Nunca menos y siempre más,

cada vez que nos ponemos a limpiar!

Vociferó Long Jack hacia abajo de la escotilla, y el segundo turno se levantó de un salto.

La sombra de los mástiles y de las velas, junto con la de la vela de fondeo^[20], que no se recogía nunca, oscilaba de un lado para otro sobre la cubierta en movimiento, a la luz de la luna; y la pila de pescado brillaba en la popa como un estanque de plata líquida. En la bodega se oía el estrépito que se hacían Disko Troop y Tom Platt al mover los barriles de sal. Dan entregó una horca^[21] a Harvey y lo llevó hasta el extremo de la rústica mesa, donde tío Salters tamborileaba impaciente con el mango de un cuchillo. A los pies tenía un barril de agua salada.

—Tú les echas el pescado a papá y a Tom Platt por la escotilla, pero ten cuidado de que tío Salters no te saque un ojo con el cuchillo —dijo Dan—. Yo les pasaré la sal.

Penn y Manuel se metieron dentro del contenedor con dos cuchillos, hundiéndose hasta las rodillas en bacalaos. Long Jack, con un cesto a los pies y mitones^[22] en sus manos, se hallaba en la mesa frente a tío Salters, y Harvey miraba la horca y el barril.

—¡Empezamos! —gritó Manuel, agachándose y agarrando un pescado con un dedo bajo la agalla y otro en un ojo hasta alzarlo al borde del cajón; la hoja del cuchillo resplandeció mientras rajaba, y el bacalao, abierto desde la cabeza a la cola, cayó a los pies de Long Jack.

—¡Ahí va! —dijo Long Jack, arrancando con su mano enguantada el hígado del bacalao, que cayó en el cesto. Otro tirón y la cabeza y los intestinos salieron de cuajo; el pez, limpio, se deslizó sobre la mesa hasta tío Salters, que resopló con fuerza. Otro corte y la espina voló por encima de la borda, y el pescado, descabezado, vacío y abierto, cayó dentro del barril, salpicando de agua salada la boca entreabierta del atónito Harvey. Después del primer grito, los hombres guardaron silencio. Los bacalaos se movían como si estuvieran vivos, y antes de que Harvey hubiera superado su asombro por tan milagrosa destreza, el barril estaba lleno.

—Ve echándolos a la bodega —ordenó tío Salters, sin volver la cabeza, y Harvey empezó a lanzar los pescados por la escotilla de dos en dos y de tres en tres.

—¡No! ¡Tienes que tirarlos juntos! —gritó Dan—. ¡Que no se desparramen! Tío Salters es el mejor cortador de la flota. ¡Fíjate cómo maneja el libro!

En efecto, parecía como si el rechoncho personaje fuera abriendo las páginas de un libro a contrarreloj. El cuerpo de Manuel, doblado sobre el pescado, parecía una estatua, pero sus largos brazos cogían bacalaos sin cesar. El pequeño Penn se esforzaba cuanto podía, pero su escasa fortaleza le impedía seguir el ritmo. Una o dos veces, Manuel tuvo tiempo de ayudarle sin romper la cadena de trabajo, y, en una ocasión, el portugués aulló porque se había pinchado en un dedo con un anzuelo francés. Esos anzuelos están hechos de metal blando para volver a doblarlos después de haberlos usado, pero los bacalaos, con mucha frecuencia, se escapan con los anzuelos clavados y se los pesca en otro sitio; y esa es una de las muchas razones por las que los barcos de Gloucester desprecian a los franceses.

Abajo, en la bodega, el ruido rasposo de la sal gorda frotada contra la carne áspera de los bacalaos sonaba como el zumbido de una piedra de moler. Era como una música constante que servía de fondo para el chasquido de los cuchillos, el crujido de las cabezas arrancadas, el golpe seco de los hígados al caer en el cesto, el soplido de los intestinos al salir volando, el chirrido del cuchillo de tío Salters sacando las espinas y, finalmente, el chapoteo de los pescados abiertos cayendo en el barril de agua salada.

Al cabo de una hora, Harvey habría dado un mundo por descansar, y es que el bacalao fresco y húmedo pesa más de lo que uno se puede imaginar, y le dolía la espalda de tanto pinchar pescado. Pero por primera vez en su vida sintió que formaba parte de un equipo y, como la idea le llenaba de satisfacción, continuó trabajando sin rechistar.

—¡Cuchillo! —gritó tío Salters en un momento. Penn se estiró, jadeando entre el pescado; Manuel se dobló hacia delante y hacia atrás para quitarse el entumecimiento, y Long Jack se inclinó sobre la borda. En

silencio, como si fuera una sombra, apareció el cocinero, recogió una buena cantidad de espinas y cabezas y desapareció.

—Despojos para el desayuno y guiso de pescado con las cabezas —dijo Long Jack, chasqueando los labios.

—¡Cuchillo! —repitió tío Salters, agitando el que tenía en la mano, plano y curvo.

—Mira junto a tus pies, Harve —gritó Dan desde abajo.

Harvey vio media docena de cuchillos metidos en una anilla junto a la escotilla. Los llevó a la mesa y retiró los embotados^[23].

—¡Agua! —pidió Disko Troop.

—El barril de agua dulce que está en la proa, y el cazo a su lado. Date prisa —dijo Dan.

Harvey regresó en un minuto con un gran cazo lleno de agua rancia de color marrón que Disko y Tom Platt bebieron como si fuera néctar y que humedeció sus bocas secas.

—¡Vamos ya! —gritó Manuel para volver al trabajo, que ya no se interrumpió hasta que el contenedor quedó vacío. En cuanto el último bacalao estuvo en la bodega, Disko Troop y su hermano se dirigieron hacia el camarote; Manuel y Long Jack se fueron a proa; Tom Platt solo esperó a cerrar la escotilla y desapareció también. En medio minuto, Harvey oyó sonoros ronquidos, y se quedó pasmado mirando a Dan y a Penn.

—Esta vez lo he hecho un poco mejor, Danny —dijo Penn, con los ojos medios cerrados por el sueño—. Pero creo que mi obligación es ayudar a limpiar.

—En absoluto. Vete a dormir, Penn. Tú no tienes por qué hacer el trabajo de los grumetes. Trae un cubo de agua, Harvey. ¡Ah! Penn, echa esto en el barril, antes de irte a dormir. ¿Crees que te mantendrás despierto el tiempo suficiente, Harve?

Penn cogió el pesado cesto lleno de hígados de bacalao y lo vació en un barril con tapadera que había junto al castillo de proa; luego se perdió de vista en el interior del camarote.

—En el *Estamos aquí* los muchachos limpiamos cuando se termina el trabajo con el pescado y también hacemos la primera guardia si el tiempo es

bueno.

Dan fregó a fondo el contenedor, desmontó la mesa y la puso a secar bajo la luz de la luna, limpió las hojas de los cuchillos con un estropajo y empezó a afilarlos en una pequeña piedra de amolar, mientras Harvey, siguiendo sus instrucciones, tiraba por la borda intestinos y rasas de pescado. En cuanto cayeron los primeros restos, un fantasma de un color blanco plateado se alzó en vertical del agua grasienta y lanzó un extraño sonido semejante a un silbido. Harvey dio un respingo y gritó, pero Dan se echó a reír.

—¡Orcas —explicó—, pidiendo cabezas de pescado! Saltan de esa manera cuando tienen hambre. Su aliento les huele a tumba, ¿no te parece? —Un espantoso hedor de peces podridos se extendió por el aire mientras la mole blanca se hundía, dejando en el agua burbujas aceitosas—. ¿No habías visto nunca una orca de pie? Las verás a centenares antes de que termine el viaje. ¿Sabes? Es estupendo tener a un chico a bordo otra vez. Otto era demasiado mayor, y además era holandés. Nos peleábamos muchísimo, pero no me hubiera importado si hubiera sabido hablar en cristiano. ¿Tienes sueño?

—Estoy muerto de sueño —confesó Harvey, inclinándose hacia delante.

—No puedes dormirte durante la guardia. Levántate y comprueba si la luz de fondeo^[24] está encendida. ¡Estás de guardia, Harve!

—¡Bah! ¿Qué nos puede ocurrir? Hay tanta luz como de día. —
¡Zzzzzz!

—¡Harvey! —le gritó Dan—, te estoy cogiendo afecto, pero como des otra cabezada te voy a despertar de un correazo. En momentos así es cuando pasan las cosas, dice papá. Cuando el tiempo es bueno te confías y, antes de que te des cuenta, puede que te haya partido en dos un buque de pasajeros, y diecisiete oficiales de botones dorados jurarán que llevabas las luces apagadas y que había una niebla muy espesa.

La luna, que es testigo de muchas cosas extrañas en los Bancos, vio cómo un esbelto muchacho de pantalones cortos y cazadora color guinda recorría tambaleándose las atestadas cubiertas de una goleta de setenta toneladas, mientras tras él, agitando una cuerda de nudos, caminaba, con

aire de verdugo, otro muchacho que bostezaba y cabeceaba al tiempo que propinaba golpes. Finalmente, el reloj de la cabina dio las diez y, al sonar la última campanada, el pequeño Penn apareció en cubierta, encontrando a dos muchachos desplomados el uno junto al otro sobre la escotilla mayor y tan profundamente dormidos que tuvo que llevarlos a rastras hasta sus literas.

CAPÍTULO 5

El nuevo pescador

Dan y Harvey se despertaron con un hambre feroz y dejaron vacía una gran bandeja de trozos de pescado, los despojos que el cocinero había recogido la noche anterior. Luego limpiaron los platos de los pescadores mayores, que estaban faenando, cortaron lonchas de tocino para el almuerzo, fregaron el castillo de proa, llenaron las lámparas de queroseno^[25], subieron agua y carbón para el cocinero y exploraron la bodega de proa, que era el almacén del barco. El día era otra vez perfecto: tranquilo, templado y sin una nube, y Harvey respiró profundamente hasta llenarse de aire los pulmones.

Habían aparecido más goletas durante la noche, y el inmenso mar azul estaba lleno de velas y de *doris*. A lo lejos, en el horizonte, el humo de algún transatlántico, al que no se le veía el casco, manchaba el cielo azul. Disko Troop fumaba junto a la cabina, con un ojo puesto en los barcos cercanos y el otro en la pequeña vela en lo alto del palo mayor.

—Cuando papá tiene ese gesto desconcertante —dijo Dan en voz muy baja— es que se le está ocurriendo alguna idea importante. Apostaría el sueldo a que pronto nos va a llevar a un caladero^[26]. Papá conoce bien el bacalao, y la flota lo sabe. ¿No ves cómo van llegando uno a uno, como el que no busca nada en particular, pero siguiéndonos todo el tiempo? Ese que está ahí es el *Prince Leboo*, un barco de Chatham; apareció anoche. ¿Y ves aquel tan grande con un remiendo en la vela mayor? Es el *Carrie Pitman*,

de West Chatham. No le durarán mucho sus velas, pues apenas hace otra cosa que ir a la deriva.

Disko Troop miraba hacia delante, la pipa entre los dientes, sin ver nada. Como decía su hijo, estaba estudiando la pesca, relacionando sus conocimientos y experiencia en los Bancos con los movimientos migratorios de los bacalaos. Aceptaba la presencia de las inquisitivas goletas en el horizonte como un homenaje a su valía. Pero una vez recibido el cumplido, quería alejarse y echar el ancla donde estuviera solo, hasta que llegara el momento de dirigirse a la Virgen y pescar en sus rugientes aguas. De manera que examinó el tiempo reciente, las tormentas, las corrientes, las reservas de alimentos y otras cuestiones domésticas desde el punto de vista de un bacalao de veinte libras^[27]. Después se sacó la pipa de la boca.

—Papá —dijo Dan—, ya hemos terminado nuestra tarea. ¿Podemos salir al mar un rato? Hace muy buen tiempo para pescar.

—No desde luego con esa ropa de color cereza ni con esas zapatillas tostadas. Dale algo más adecuado que ponerse.

—Papá está contento..., todo marcha bien. —Y Dan, lleno de alegría, empujó a Harvey hacia el camarote, al tiempo que Troop le entregaba una llave—. Papá guarda mi equipo de repuesto donde él pueda controlarlo, porque mamá dice que yo soy muy descuidado.

Revolvió en un cajón y, en menos de tres minutos, Harvey estaba equipado con unas botas de goma que le llegaban a medio muslo, un grueso jersey azul bien zurcido en los codos, unos mitones y una chaqueta impermeable.

—Así ya pareces un pescador —dijo Dan—. ¡Venga, vamos!

—Quedaos cerca y a la vista —dijo Troop—, y no os dediquéis a visitar otros barcos. Y si alguien os pregunta qué pienso hacer, decidle la verdad, que no lo sabéis, porque así es.

En la popa de la goleta colgaba un pequeño *dory* rojo con el nombre de *Hattie S.* Dan echó dentro la amarra y saltó suavemente a él; mientras que Harvey lo hizo con brusquedad.

—Esa no es manera de subir a una barca —dijo Dan—. Si el mar estuviera un poco picado, seguro que te habrías ido al fondo. Tienes que

aprender a hacerlo.

Dan colocó los remos, se sentó en la bancada de proa y observó lo que hacía Harvey. El muchacho remaba al estilo de las señoras, pero hay una buena diferencia entre los remos cortos y ligeros de un estanque y los más pesados y largos que se usan en la mar. Cuando vio que era incapaz de moverlos en el suave oleaje, Harvey dejó escapar un gruñido.

—¡Corto! ¡Da paladas cortas! Si se te atascan los remos, te expones a volcar el bote. ¿No te parece fantástico? Es mío.

El pequeño *dory* estaba minuciosamente limpio. En la proa había una pequeña ancla, dos vasijas con agua y unas setenta brazas de hilo de pescar. Una bocina de metal sujeta con una abrazadera se hallaba exactamente bajo la mano derecha de Harvey, junto a un mazo muy tosco, un pequeño arpón y un palo corto. Dos cañas con plomos muy pesados y anzuelos para los bacalaos, cuidadosamente enrollados en sus carretes, estaban colocadas junto a la borda.

—¿Dónde están la vela y el mástil? —preguntó Harvey al notar que empezaban a salirle ampollas en las manos.

—Los *doris* de pesca no necesitan velas —contestó Dan, riendo entre dientes—. Se rema, pero no hay que hacer tanta fuerza. ¿No te gustaría que fuera tuyo?

—Supongo que mi padre podría regalarme uno o dos si se lo pidiera —replicó Harvey, que hasta aquel momento había estado demasiado ocupado para pensar en su familia.

—¡Claro, claro! Se me olvidaba que tu padre es millonario. Pero ahora no te portas como un millonario. De todas formas un *dory* con todo su aparejo —Dan hablaba como si se tratase de un ballenero— cuesta un montón. ¿Crees que tu padre te compraría uno..., como si se tratase de un animal de compañía?

—No me extrañaría. Sería casi la única cosa que todavía no le he pedido.

—Pues debes de ser un hijo muy caro de mantener. No dejes resbalar el remo así, Harvey. Las paladas han de ser cortas, porque el mar nunca está completamente quieto, y... —¡Crack! El extremo del remo golpeó a Harvey

bajo la barbilla y lo tiró de espaldas—. Eso era precisamente lo que te iba a decir. ¡Bueno! Yo también necesité aprender, y tenía ocho años.

Harvey volvió a ocupar su asiento con la mandíbula dolorida y el ceño fruncido.

—Mi padre dice que no sirve de nada enfadarse con las cosas. La culpa es nuestra si no sabemos manejarlas. Vamos a probar aquí; Manuel nos dirá a qué profundidad estamos.

El portugués se mecía en las olas a más de una milla^[28] de distancia, pero cuando Dan levantó un remo en vertical él agitó tres veces el brazo izquierdo.

—Treinta brazas —dijo Dan, cebando el anzuelo con una almeja salada—. Echa los plomos. Ceba como lo hago yo, Harvey, y que no se te enrede el sedal.

El sedal de Dan llevaba mucho tiempo en el agua antes de que Harvey hubiera dominado el arte de cebar y tirar los plomos por la borda. El *dory* derivaba suavemente, pues no merecía la pena echar el ancla sin estar seguro de encontrarse en el lugar adecuado.

—¡Aquí vienen! —gritó Dan, y una ducha de espuma roció los hombros de Harvey cuando un bacalao de gran tamaño empezó a dar coletazos y a debatirse junto al bote—. ¡El mazo, Harvey, el mazo! ¡Lo tienes debajo de la mano! ¡Deprisa!

Harvey le pasó el mazo y Dan atontó al pez de un golpe antes de subirlo a bordo y le extrajo el anzuelo con el palo corto al que llamaba «palo gaznatero». Luego Harvey sintió un tirón, y empezó a tirar del sedal con entusiasmo.

—¡Vaya, son fresas! —gritó— ¡Mira!

El anzuelo había enganchado un racimo de fresas, rojas por un lado y blancas por el otro; reproducciones perfectas del fruto de la tierra, excepto en que no tenían hojas y el tallo era grueso y pegajoso.

—¡No las toques! ¡Tíralas! ¡No...!

El aviso llegó demasiado tarde. Harvey las había sacado del anzuelo y las contemplaba.

—¡Ay! —se quejó al sentir punzadas en los dedos como si hubiese cogido ortigas.

—Ahora ya sabes qué son las fresas de mar. Excepto los peces, dice mi padre, no hay que tocar nada con las manos desnudas. Golpéalas contra la borda para soltarlas del anzuelo y vuelve a cebarlo. Y no te mires más las manos. Eso también está incluido en el sueldo.

Harvey sonrió al pensar en sus diez dólares y medio al mes, y se preguntó qué diría su madre si pudiera verlo doblado sobre la borda de un bote de pesca en mitad del océano; ella, que se angustiaba cada vez que su hijo salía a remar por el lago Saranac, mientras que él se hartaba de reír de sus ansiedades. De repente, el sedal empezó a correr entre sus dedos, rasgándole incluso los mitones de lana que llevaba para protegerse las manos.

—Ese debe de ser grande. Suelta sedal según la fuerza con la que vaya tirando —exclamó Dan—. Te ayudaré.

—No, no lo harás —dijo Harvey con tono seco, mientras sujetaba el sedal—. Es lo primero que pesco y quiero hacerlo yo solo... ¿Será una ballena?

—Un halibut^[29], quizá. —Dan escudriñó el agua junto al bote y preparó el mazo, dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad. Algo blanco y ovalado se sacudía entre el verde del agua—. Me apostaría el sueldo a que pesa más de cien libras. ¿Sigues decidido a pescarlo tú solo?

Harvey tenía los nudillos sangrando de los golpes con la borda y el rostro de color azul morado por el esfuerzo y la excitación; las gotas de sudor le caían por las mejillas y estaba medio cegado por el resplandor del sol sobre las luminosas ondas que se mecían en torno al sedal, que no paraba de correr. Después de veinte minutos, los chicos estaban completamente agotados, pero, finalmente, el enorme pez plano fue apresado y subido a bordo.

—La suerte del principiante —aseguró Dan, secándose el sudor de la frente—. Yo creo que pesa cien libras.

Harvey miraba aquella enorme criatura gris moteada con indecible vanidad. Había visto muchas veces halibuts sobre el mármol de los

mercados, pero nunca se le había ocurrido preguntar cómo llegaban a tierra. Ahora lo sabía, y le dolía todo el cuerpo de la fatiga.



—Si mi padre estuviese aquí —dijo Dan, recogiendo su sedal—, diría que todo esto tiene un significado, y él sabría interpretarlo. Los peces hoy son cada vez más pequeños y, sin embargo, tú has ido a pescar el halibut más grande que posiblemente vayamos a encontrar en este viaje. Ayer, por el contrario, todos los que pescamos fueron grandes, pero ningún halibut, ¿te fijaste? Papá dice que cada cosa que hay en los Bancos es un signo y puede ser leído correcta o incorrectamente. Él es más profundo que el Abismo de las Ballenas.

Mientras decía esto, alguien disparó una pistola en el *Estamos aquí*.

—¿Qué te había dicho? Esa es la llamada a la tripulación. Esto quiere decir que papá tiene alguna idea, de lo contrario nunca suspendería la pesca a esta hora. Recoge el sedal, Harve, volvemos a la goleta.

Estaban a barlovento^[30] de la goleta y dispuestos a regresar al barco acariciando el mar en calma, cuando voces de socorro a media milla les llevaron hasta Penn, cuyo bote giraba en torno a un punto fijo, sin poder liberarse. El pobre hombre se echaba hacia atrás y hacia delante con enorme energía, pero al final de cada maniobra su *dory* daba una vuelta y seguía sujeto por la amarra del ancla, sin poder salir del mismo sitio.

—Tendremos que ayudarle, o de lo contrario echará raíces —dijo Dan.

—¿Qué le pasa? —quiso saber Harvey, que era completamente nuevo en este mundo.

—Se le ha enganchado el ancla. Penn siempre las pierde, hasta en los fondos de arena. En este viaje ya ha perdido dos, y papá dice que si pierde otra le atará una piedra. Y eso le destrozará el corazón.

—¿Una piedra? —preguntó Harvey, pensando vagamente en algún tipo de tortura marinera, como dicen los libros de cuentos.

—¡Sí! Una gran piedra en lugar del ancla. La piedra se pone en la proa del *dory* bien a la vista, y toda la flota sabe lo que significa. Le tomarían el pelo de manera espantosa, y Penn no lo soportaría. Se sentiría como un perro al que le atan una lata a la cola ¡Es tan tremendamente sensible! ¡Hola, Penn! ¿Atascado otra vez? No intentes ni un truco más de los tuyos. Colócate justo encima del ancla y sube y baja la cuerda manteniéndola bien derecha.

—No se mueve —dijo el hombrecillo jadeando—. No se mueve lo más mínimo, y lo he intentado todo.

Dan se agachó detrás de la borda para esconder la risa, tiró una o dos veces de la cuerda y he aquí que el ancla se soltó inmediatamente.

—Súbela, Penn —dijo el muchacho sonriendo— o volverá a engancharse.

Lo dejaron con sus grandes y patéticos ojos azules mirando las algas que colgaban del ancla y dándoles profusamente las gracias.

—Oye, Harvey, ahora que lo pienso —dijo Dan, cuando aquel ya no podía oírles—, deberías saber que a Penn no le funciona bien la cabeza. No es que sea peligroso, pero se le ha ido un poco. ¿Sabes?

—¿Es cierto eso o se trata de una de las opiniones de tu padre?

—Papá no se equivoca esta vez. ¡Vaya! Estás remando bastante bien, Harve. Pues, lo que te decía, se llama Jacob Boller y en otro tiempo fue predicador de los hermanos moravos^[31]. Papá me contó que vivía en algún lugar de Pennsylvania con su mujer y sus cuatro hijos. Un día llevó a su familia a una reunión de hermanos moravos en Johnstown y, estando en el hotel, una presa reventó e inundó toda la ciudad, llevándose por delante casas y personas. Penn vio ahogarse a toda su familia antes de comprender lo que ocurría. En aquel momento perdió el juicio y empezó a ir de un sitio para otro sin recordar nada, sonriendo confuso, hasta que se tropezó con tío Salters, quien sabiendo lo que le había pasado lo recogió y se lo trajo al este, dándole trabajo en su granja.

—Entonces, ¿tu tío es granjero? —preguntó Harvey entendiendo por qué la noche anterior, cuando chocaron sus botes, había oído a Salters llamar granjero a Penn.

—¡Granjero de cuerpo y alma! —gritó Dan—. No hay agua suficiente de aquí al cabo Hatteras para limpiarle el barro de sus botas. Bueno, pues un día, la iglesia a la que Penn pertenecía, la de los hermanos moravos, se enteró de dónde estaba y escribió a tío Salters. No sé lo que le dirían exactamente, pero tío Salters montó en cólera y aseguró que no pensaba entregar a Penn. Entonces vino a ver a mi padre, trayendo a Penn con él, y le dijo que ambos necesitaban una temporada de pesca por razones de salud. Papá aceptó porque el tío Salters había sido antes pescador. Eso fue hace dos viajes, y le ha hecho mucho bien a Penn. Algún día, dice papá, se acordará de su mujer y de sus hijos y de Johnstown, y entonces morirá. No hables con Penn de nada de lo que te he dicho, porque tío Salters es capaz de tirarte por la borda.

—¡Pobre Penn! —murmuró Harvey—. Nunca hubiera pensado que tío Salters se había ocupado tanto de él, viendo cómo se llevan.

CAPÍTULO 6

La paloma azul

E staban ya junto a la goleta. Los otros botes venían detrás de ellos.

—No hace falta que icéis los *doris* hasta después de cenar —dijo Troop desde cubierta—. Vamos a limpiar el pescado inmediatamente. ¡Preparad la mesa, chicos!

—Mira cuántos barcos se han acercado desde esta mañana —comentó Dan—. Están esperando a ver qué hace mi padre. ¿Lo ves, Harve?

—A mí me parecen todos iguales. —Y la verdad es que, para alguien de tierra adentro, todas las goletas parecían hechas con el mismo molde.

—Pues no lo son en absoluto. ¿Ves aquel barco amarillo y sucio? Es el *Esperanza de Praga*. Su patrón es Nick Brady, el hombre más ruin que recorre los Bancos. Aquellos otros tres son de Gloucester, y supongo que mañana veremos el *Abbie M. Deering*, ¿no, papá?

—No veremos muchos barcos mañana, Danny —cuando Troop llamaba Danny a su hijo era señal de que estaba contento—. Muchachos, aquí hay demasiada gente —se dirigió a la tripulación una vez que estaban todos a bordo—. Vamos a dejarles que pongan cebos grandes y pesquen peces pequeños —examinó la pesca que había en el contenedor, y realmente era muy poca. Excepto el halibut de Harvey, no había en cubierta nada que pasara de las quince libras—. Estoy esperando que cambie el tiempo.

—Pues tendrás que cambiarlo tú mismo, Disko, porque no veo señal de cambio —dijo Long Jack, echando una mirada al despejado horizonte.

Y, sin embargo, media hora después, mientras limpiaban el pescado, la niebla del Banco, que se propaga en ondas hasta envolver las aguas con sus vapores, les cayó encima, «entre pez y pez», como ellos decían. Los pescadores dejaron de limpiar sin decir una palabra. Long Jack y tío Salters empezaron a levar el ancla, que pareció gemir al ser enrollado su cable mojado en el cabrestante^[32]. La vela mayor se hinchó y Troop la estabilizó desde el timón.

—Izad el foque^[33] y el trinquete —mandó.

—¡Larguémonos aprovechando la confusión! —gritó Long Jack, mientras los otros izaban las velas y el *Estamos aquí* se perdía entre la arremolinada blancura.

Para Harvey todo resultaba inexplicablemente maravilloso, y lo mejor era que no recibía órdenes, excepto algún gruñido de Troop de vez en cuando, que terminaba con «¡Eso está muy bien, hijo mío!».

—¿No has visto nunca levar anclas? —preguntó Tom Platt a Harvey, que contemplaba embobado la lona húmeda del trinquete.

—No. ¿Adónde vamos?

—En busca de un caladero, como descubrirás antes de que lleves una semana a bordo.

—Déjame a mí, Tom Platt —le señaló Long Jack—, y le daré una clase práctica.

Por espacio de una hora, Long Jack paseó a su presa arriba y abajo, enseñándole, como dijo él mismo, «las cosas del mar que todo hombre debe saber, ciego, borracho o dormido». No hay demasiado aparejo en una goleta de setenta toneladas, pero Long Jack tenía el don de la palabra. Cuando quiso que Harvey se fijara en las drizas de pico^[34], hundió sus dedos en el cuello del chico y le hizo mirarlas fijamente durante medio minuto. También insistió en la diferencia entre proa y popa restregando la nariz de Harvey a lo largo del botalón, y el uso de cada cuerda se grabó en la mente del muchacho.

La lección habría sido más fácil con la cubierta despejada de objetos, pero allí parecía haber sitio para todo menos para los hombres. En la proa estaba el cabrestante con sus accesorios, la cadena y las cuerdas de cáñamo,

con las que se podía tropezar, y estaba la chimenea de la cocina y los toneles para guardar el hígado de bacalao. Más allá, hacia popa, la tapa de la escotilla mayor ocupaba todo el espacio que no se necesitaba para las bombas y los contenedores para el pescado. Luego estaba el sitio para los *doris*, sujetos por cáncamos^[35] detrás del castillo de proa; la caseta, con tinajas y otros objetos amarrados a su alrededor, y, finalmente, la botavara^[36] mayor, de sesenta pies de largo, que, al dividirlo todo longitudinalmente, obligaba a agacharse continuamente.

Tom Platt, por supuesto, no podía mantenerse al margen del asunto.

—Navegar a vela es un arte, Harvey, como podría demostrarte si pudiera llevarte a la cofa^[37] del trinquete de... —dijo.

—¡Silencio, Tom Platt! —le cortó Long Jack—. Si estuvieras allí, yo sé lo que harías: hablarías hasta que el chico estuviese muerto de frío. ¡A ver! Harvey, después de todo lo que te he dicho, ¿cómo arriarías la vela del trinquete? Piénsalo bien antes de contestar.

—Llevaría eso hacia allá —dijo Harvey, señalando la dirección en que soplabla el viento.

—¡Eso! ¿El qué? ¿El Atlántico Norte?

—No, el botalón. Luego pasaría la cuerda que me mostró usted allí atrás...

—Esa no es manera —estalló Tom Platt.

—¡Calla! Está aprendiendo —concedió Long Jack— y no se sabe bien los nombres todavía.

—Sí los sé, es el cabo de rizar. Engancharía la polea en el cabo de rizar y luego bajaría...

—¡Arriaría la vela, chico! ¡Arriaría! —dijo Tom Platt con la angustia del profesional.

—Arriaría las drizas —continuó Harvey. Aquel nombre se le había quedado en la cabeza.

—Tócalas —pidió Long Jack, y Harvey obedeció.

—Las arriaría hasta que ese lazo de cuerda, no, se llama garrucho..., hasta que el garrucho bajara sobre el botalón. Después la ataría como usted dijo y volvería a izar las drizas.

—Te has olvidado de sujetarla en sus anillas, pero con el tiempo y un poco de ayuda aprenderás. Hay una buena razón para que cada cosa a bordo esté donde está, de lo contrario las tiraríamos al mar. ¿Lo entiendes? Es dinero lo que te estoy metiendo en el bolsillo, pequeño polizón flacucho, de manera que, cuando hayas aprendido, puedas embarcarte de Boston a Cuba y decir que Long Jack fue quien te enseñó. Ahora voy a darme un paseo contigo por todo el barco diciéndote el nombre de los cabos, y tú los tocarás conforme yo los vaya nombrando.

Long Jack empezó a nombrar, y Harvey, que se sentía cansado, se encaminó despacio hacia el cabo nombrado, pero el extremo de una cuerda le lamió las costillas, dejándolo casi sin aliento.

—Cuando seas dueño de un barco —dijo Long Jack con expresión severa—, podrás andar. Hasta entonces, corre cuando oigas una orden. ¡Una vez más..., para estar seguros!

A Harvey le habían salido los colores con el ejercicio, y aquel golpe acabó de irritarlo. Ahora bien, él era un muchacho especialmente despierto, hijo de un hombre muy inteligente y de una mujer muy sensible, con un temperamento decidido y más terco que una mula, debido a que había sido demasiado consentido. Miró a los demás tripulantes y vio que ni siquiera Dan sonreía. Evidentemente, esto también estaba incluido en el trabajo del día, aunque le doliera espantosamente. De manera que aceptó la advertencia tragando aire y sonriendo. La misma inteligencia que le hacía manejar a su madre a su antojo le hizo comprender con claridad que ni uno solo de los pescadores del barco, con la excepción tal vez de Penn, le permitiría la menor tontería.

—Muy bien. Lo has hecho muy bien —dijo Manuel cuando Harvey dejó de bailar por la cubierta como una anguila en marea baja—. Después de cenar te enseñaré mi pequeña goleta.

—De primera..., para ser un pasajero —dijo Dan—. Papá dice que acabarás valiéndote tu peso en sal si no te ahogas antes. Y eso es decir mucho para mi padre. Te enseñaré más cosas durante la próxima guardia que hagamos juntos.

—¡Sonda^[38]! —gritó Disko, escudriñando la niebla que se espesaba delante de la proa. No se veía nada a diez pies del agitado botalón del foque, mientras a los lados se deslizaba la interminable y solemne procesión de pálidas olas susurrando y besándose unas a otras.

—Ahora te voy a enseñar algo que Long Jack no sabe hacer —gritó Tom Platt, sacando de un armario en la popa un escandallo^[39] de alta mar. A continuación se dirigió hacia proa—. Te enseñaré cómo hacer volar la paloma azul. ¡Allá va!

Disko hizo algo con el timón para reducir la velocidad de la goleta, y Manuel, con la ayuda de Harvey, que lo hizo encantado, arrió el foque. El escandallo emitió un silbido grave mientras Tom Platt lo hacía girar dando vueltas y más vueltas. Por fin lo lanzó al agua, muy lejos hacia adelante.

—¿Qué profundidad calculas, papá? —preguntó Dan, mirando a Harvey con suficiencia.

La cara de Disko se relajó. Había puesto en juego su habilidad y su honor ante el resto de la flota al alejarse y elegir otro rumbo, y tenía que confirmar su reputación como maestro de la pesca y de buen conocedor de los Bancos con los ojos cerrados.

—Sesenta..., si no me equivoco —replicó, lanzando una mirada a la brújula de la cabina.

—Sesenta —cantó Tom Platt, alzando la sonda empapada.

La goleta aumentó la velocidad una vez más.

—¡Echa la sonda! —dijo Disko al cabo de un cuarto de hora.

—¡Cincuenta! —rugió Tom Platt

—¡Cincuenta! —dijo el patrón—. Creo que estamos justo sobre el Banco Verde.

—Ceba el anzuelo, Harve —dijo Dan, cogiendo un sedal, y empezaron a pescar.

—¡Hurra! —los sedales de Dan rebullían—. ¿Cómo demonios lo ha sabido papá? Ayúdame, Harve. Es uno grande y está bien enganchado. —Tiraron juntos y sacaron un bacalao de veinte libras con ojos saltones. Se había tragado el anzuelo hasta el estómago.

—¡Guau!, está todo cubierto de cangrejillos —exclamó Harvey, dándole la vuelta.

—¡Por el gran blanco! —dijo Long Jack—. Disko, ¿es que tienes ojos bajo la quilla^[40]?

El ancla cayó al agua con estruendo y todos corrieron a los sedales, ocupando cada uno su sitio en la borda.

—¿Se pueden comer? —resopló Harvey, sacando otro bacalao cubierto de cangrejos.

—Claro que sí. Cuando hay cangrejos, los bacalaos se reúnen a millares, y cuando pican de esta manera, es que tienen hambre. Morderán aunque el anzuelo esté vacío.

—¡Esto es genial! —exclamó Harvey, a medida que entre boqueadas y coletazos sacaban bacalaos— ¿Por qué no pescamos siempre desde el barco en lugar de utilizar los *doris*?



—Se puede hacer, pero solo hasta que se empiezan a limpiar los pescados. Después, las cabezas y los intestinos ahuyentarían a los demás. Supongo que esta noche pescaremos con palangre^[41]. Esto es más duro para la espalda que pescar desde el *dory*, ¿no te parece?

En efecto, era un trabajo para romper la espalda, porque en un *dory* el bacalao con todo su peso está en el agua hasta el último minuto, y el pescador está, por así decirlo, a su lado; pero desde una goleta hay que subir el pescado hasta su altura, y estar doblado sobre la borda acaba por producir calambres en el estómago. Pero fue una excitante diversión mientras duró, y había un gran montón de bacalaos a bordo cuando dejaron de picar.

—¿Dónde están Penn y tío Salters? —preguntó Harvey, sacudiéndose del impermeable las babas grasientas del pescado e imitando cuidadosamente a los demás al enrollar el sedal.

—Ve a traernos un poco de café y lo averiguas.

Bajo el resplandor amarillo de la lámpara que colgaba junto al cabrestante, completamente olvidados de la pesca o del tiempo, se hallaban los dos sentados ante un tablero de damas.

—¡Vaya! ¿Jugando a las damas, eh? —gruñó Dan, cuando Harvey volvió a popa con el café humeante en un cazo de latón y se enteraron—. Eso nos libra de tener que limpiar esta noche. Papá es un hombre justo. Tendrán que hacerlo ellos.

—Y dos jovencitos que yo conozco cebarán un tonel de palangre mientras ellos limpian —dijo Disko, sujetando el timón a su gusto.

—¡Hum! Creo que prefiero limpiar, papá.

—No lo dudo, pero harás lo que te he dicho. ¡A limpiar el pescado!

—¿Por qué rayos esos condenados chicos no nos han dicho que habíais encontrado un banco de bacalaos? —dijo tío Salters, arrastrando los pies en dirección a su sitio en la mesa.

Dan buscaba los toneles que contenían el palangre.

—Harvey —dijo—, ¿por qué no bajas a la bodega y subes cebo?

—Coged el que tenemos aquí —dijo Disko—. Supongo que estos restos irán mejor.

Así era, pues cebarían el palangre con los trozos frescos escogidos de entre los despojos mientras la tripulación limpiaba el bacalao. Los toneles estaban llenos de cordel cuidadosamente enrollado, del que colgaba un anzuelo de gran tamaño cada pocos pies. Dan se las arreglaba para trabajar a oscuras y sin mirar, mientras que Harvey se pinchaba los dedos continuamente, lamentando su mala suerte. Y es que los anzuelos volaban en las manos de Dan como los encajes en el regazo de una anciana.

—Yo ayudaba a cebar palangre en tierra incluso antes de aprender a andar —dijo—. Pero, de todas formas, es un trabajo molesto y aburrido. ¡Papá! —gritó en dirección a la escotilla, donde Disko y Tom Platt se ocupaban de salar el pescado—, ¿cuántos palangres crees que vamos a necesitar?

—Unos tres. ¡Daos prisa!

—En cada tonel hay trescientas brazas de cordel —explicó Dan—, más que suficiente para tenernos ocupados toda la noche. ¡Ay! Se me ha resbalado —dijo, metiéndose el dedo en la boca—. Te aseguro, Harve, que no hay bastante dinero en Gloucester para que yo me embarcara en un palangrero. Será más moderno que pescar desde los *doris*, pero es el trabajo más desagradable y monótono del mundo entero.

—Pues yo no sé qué es esto, sino algo muy parecido a trabajar en un palangrero —opinó Harvey fastidiado—. Tengo los dedos hechos picadillo.

—¡Bah! Esto es otro de los experimentos de papá. No utiliza el palangre a no ser que tenga muy buenas razones para hacerlo. Él sabe lo que hace. Por eso estamos cebando como ha dicho. Cuando los recojamos estarán rebosantes o, de lo contrario, no veremos ni una aleta de pescado.

Penn y tío Salters limpiaron el contenedor como había ordenado Disko y, tan pronto como los palangres estuvieron preparados, Tom Platt y Long Jack se los llevaron, cargaron un *dory* con los barriles y algunas boyas de palangre y echaron el bote al mar, que a Harvey le pareció que estaba extremadamente embravecido.

—Se van a ahogar —exclamó—. Ese *dory* va tan cargado como un vagón de mercancías.

—Volveremos —dijo Long Jack—, y como se enrede algún palangre disponeos a recibir una buena zurra.

El *dory* se elevó sobre la cresta de una ola, y cuando ya parecía que se iba a estrellar contra el costado de la goleta, se deslizó a lo largo de la cima de agua y desapareció en la húmeda oscuridad.

—Quédate aquí y no dejes de tocar la campana —exclamó Dan, pasando a Harvey la cuerda de una campana que colgaba detrás del cabrestante.

Harvey tocó con energía, pues tenía la sensación de que dos vidas dependían de él. Sin embargo, Disko, que garabateaba en el cuaderno de bitácora^[42] dentro de la cabina, no tenía aspecto de asesino, y cuando salió para ir a cenar, sonrió ligeramente al angustiado Harvey.

—Esto no es mal tiempo —le tranquilizó Dan—. Tú y yo podríamos haber ido a colocar esos palangres. Se han alejado solo lo suficiente para que los palangres no se enreden con el cable del ancla. En realidad, no necesitan la campana.

—¡Ding-dong! ¡Ding-dong! —Harvey siguió tocando y repiqueteando durante media hora más. Al poco se oyó un golpe contra el costado de la goleta. Manuel y Dan corrieron a buscar los ganchos para izar el *dory*. Long Jack y Tom Platt subieron juntos a bordo con, al parecer, la mitad del Atlántico Norte a sus espaldas, y el *dory* los siguió por el aire, aterrizando con estrépito sobre cubierta.

—¡Ni un nudo! —exclamó Tom Platt chorreando—. Tú llegarás a ser algo, Danny.

—Vamos a tener el placer de acompañaros en el segundo turno del banquete —dijo Long Jack, sacándose el agua de las botas.

Y los cuatro se encaminaron al comedor para cenar. Harvey se atiborró de guiso de pescado y de empanadillas, y cayó profundamente dormido en el momento en que Manuel sacaba de un armario una preciosa reproducción de más de dos pies del *Lucy Holmes*, su primera goleta, y se disponía a enseñársela. Harvey ni se enteró cuando Penn lo llevó hasta su litera.

—¡Qué triste debe de ser..., qué triste —dijo Penn, mirando la cara del muchacho— para sus padres creer que ha muerto! ¡Perder un hijo..., un

hombrecito!

—Sal de aquí, Penn —dijo Dan—. Vete a popa y termina tu partida con tío Salters. Y dile a papá que yo haré la guardia de Harvey si no le importa. Él está agotado.

—Buen chico —dijo Manuel, quitándose las botas y desapareciendo en la negra oscuridad de la litera de abajo—. Creo que acabará siendo un hombre de provecho. Yo no veo que esté tan loco como dice tu padre. ¿Eh?

Fuera, había una espesa niebla y el viento empezaba a soplar más fuerte, por lo que los mayores prolongaron su guardia mientras el reloj de la cabina iba tranquilamente marcando las horas. La proa golpeaba el mar; la chimenea del castillo de proa silbaba y carraspeaba cada vez que la espuma de las olas la embestía. Los chicos seguían durmiendo, mientras que Disko, Long Jack, Tom Platt y tío Salters, cada uno en su turno, vigilaban el timón en la popa y el ancla en la proa, sin olvidar la luz de fondeo.

CAPÍTULO 7

Un gafe

Cuando Harvey se despertó, el primer turno ya estaba desayunando. La corpulenta silueta del cocinero se balanceaba detrás de los diminutos fogones de la cocina, mientras las cacerolas y las sartenes, que colgaban de una tabla que tenía delante de él, vibraban y saltaban a cada zambullida de la proa en el mar. Harvey podía oír sobre su cabeza la encolerizada goleta alzarse y descender para cortar y aplastar las aguas, antes de que estas cayesen divididas sobre la cubierta como un torrente. Después venía el sonido apagado del cable del ancla, el chirrido del cabrestante y una sacudida como si quisieran obligar al *Estamos aquí* a desviar el rumbo. Y, seguidamente, la goleta se preparaba para repetir los mismos movimientos.

—Buenas noches a todos —dijo Long Jack, y se deslizó desde la mesa a su litera como una larga serpiente. Tom Platt siguió su ejemplo. Tío Salters y Penn subieron con dificultad por la escalerilla para iniciar su guardia, y el cocinero preparó la mesa para el segundo turno. Estos salieron de las literas, como se habían metido los otros en ellas, estirándose y bostezando. Comieron hasta que no pudieron más. Luego Manuel se sentó apoyándose sobre un poste y llenó su pipa de un tabaco maloliente; Dan empezó a tocar un acordeón de teclas doradas, cuyas melodías subían y bajaban con las cabezadas de la goleta, y el cocinero se puso a pelar patatas, sin perder de vista los fogones, no fuese a ser que los apagase un golpe de agua que entrara por la chimenea. El olor y el humo asfixiante del lugar superaban toda descripción.

—¿Cuánto tiempo durará esto? —le preguntó Harvey a Manuel, admirado de no encontrarse terriblemente mareado.

—Hasta que se calme un poco el mar y podamos remar hasta los palangres. Quizá esta noche o tal vez dentro de dos días. No te gusta, ¿eh?

—Hace una semana me hubiera vuelto loco, pero ahora...

—Es que estamos haciendo de ti un auténtico pescador.

Dan alzó la voz para entonar una alegre canción:

*Arría la vela mayor
porque el tiempo está peor...*

Entonces Long Jack se unió al canto desde su litera:

*Cuando los vientos empiezan a soplar,
es mejor ponerse a tocar.*

Tom Platt se inclinó hasta alcanzar un armario y sacó un viejo violín blanco. Los ojos de Manuel brillaron y de algún sitio detrás del recio poste en el que se apoyaba sacó un pequeño instrumento de cuerdas, semejante a una guitarra, que él llamaba *machette*.

—Esto es todo un concierto —dijo Long Jack, sonriendo entre el humo—. Un concierto de verdad, como los que se pueden ver en Boston.

Al abrirse la escotilla, entró un chorro de agua y Disko, con un traje impermeable amarillo, descendió por la escalerilla.

Dan atacó otra vez con una melodía muy rápida y pegadiza que terminaba así:

*Hace veintiséis domingos que no vemos tierra,
con mil quinientos quintales de buena pesca...*

—¡Para! —rugió Tom Platt—. ¿Es que quieres estropearnos el viaje, Dan? Esa letra es gafe, a no ser que la cantes cuando se nos haya acabado toda la sal.

—No es verdad, a menos que cantes el último verso. ¿A que es así, papá?

—¿Qué es ser gafe? —preguntó Harvey.

—Gafe es cualquier cosa que trae mala suerte —dijo Tom Platt—. A veces es un hombre; otras, un chico o incluso un cubo. Hay toda clase de gafes. Una vez tuvimos un cuchillo durante dos travesías, hasta que nos dimos cuenta de que era gafe. En el *Ezra Pound* había un *dory* que también era un gafe de lo peor; ahogó a cuatro hombres y por la noche brillaba de forma rara.

—¿Y tú crees en eso? —preguntó Harvey—. ¿No debemos todos aceptar las cosas que nos pasan, sin más?

—En tierra, sí. Pero a bordo pueden suceder muchas cosas —dijo Disko—. No se te ocurra tomar a broma los gafes, jovencito.

—Bueno, Harve no es gafe —intervino Dan—. Al día siguiente de encontrarlo, tuvimos muy buena pesca.

El cocinero echó la cabeza hacia atrás y soltó de repente una carcajada extraña y aguda. Era un hombre muy desconcertante.

—Pero la pesca no ha terminado todavía —dijo.

Se oyeron unos golpes desde cubierta.

—Ha amainado el temporal —gritó Disko, y todos los pescadores subieron a respirar un poco de aire fresco. La niebla había desaparecido, pero una mar gruesa se alzaba en grandes olas, que zarandeaban la goleta sin descanso ni compasión. A lo lejos, el oleaje estallaba en cortinas de espuma, y a unas olas les seguían otras como obedeciendo una señal, hasta que Harvey empezó a sentirse mareado por la visión de tantos blancos y tantos grises mezclados.

—Me parece que he visto algo allá a lo lejos —dijo tío Salters, señalando hacia el nordeste.

—No puede ser un barco de la flota —dijo Disko, arqueando las cejas—. El mar se está calmando muy deprisa. Danny, ¿no quieres subir a ver cómo está nuestra boya del palangre?

Danny, con sus grandes botas, trotó más que trepó por la verga del palo mayor (lo que llenó de envidia a Harvey) y, agarrándose a las bamboleantes

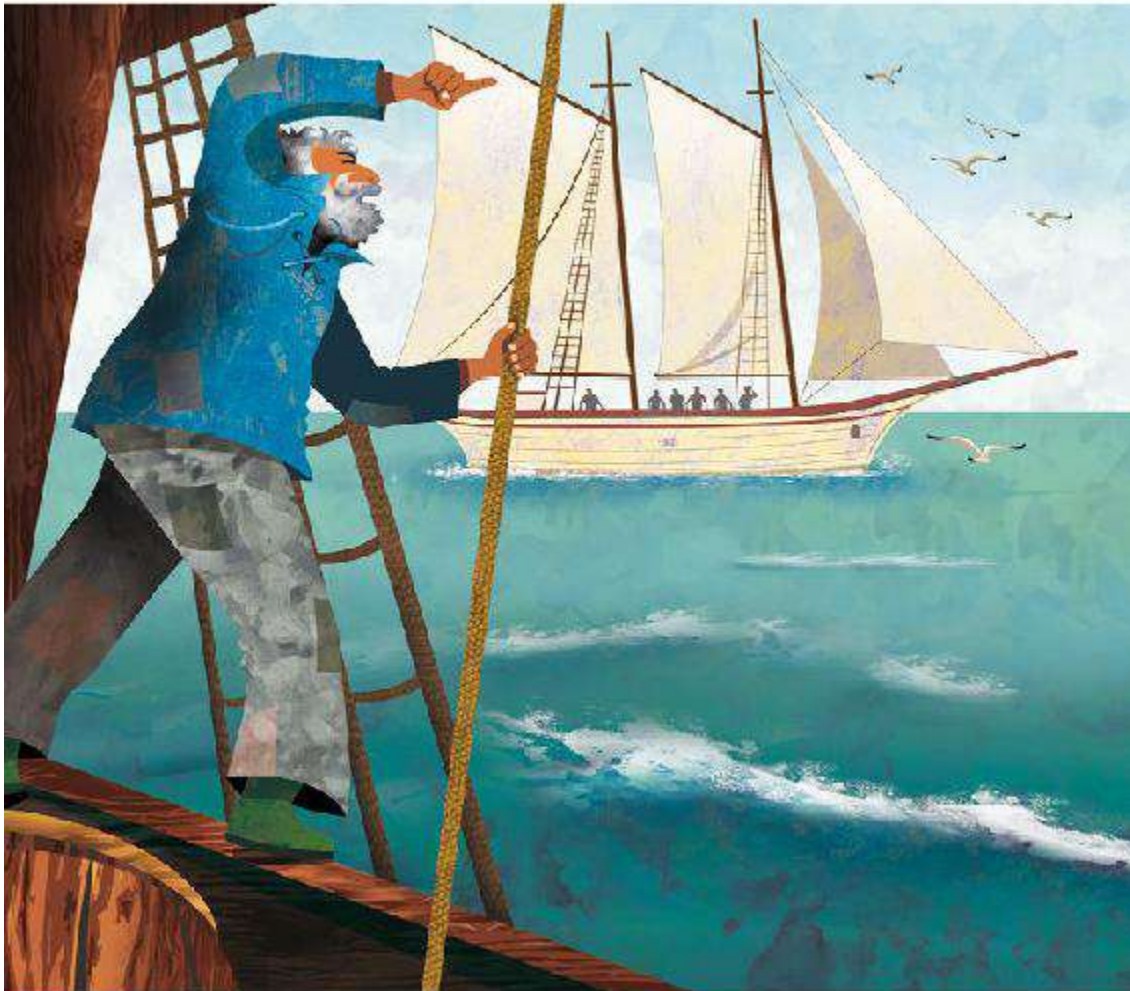
crucetas^[43], dejó vagar la mirada hasta que en la cresta de una ola, a una milla de distancia, divisó la diminuta boya.

—La boya está perfectamente —gritó—. ¡Barco a la vista! Se nos acerca por el norte. Es una goleta y viene a toda velocidad... Es el tío Abishai, el rey de todos los gafes.

Podría haber sido un barco fantasma, tal era el grado de suciedad, de desorden y de abandono de todas las velas, palos y cuerdas de la nave.

—Parece como si pretendiera echarnos a pique. Irá harto de ginebra —comentó Disko—. ¿No va hundido por delante más de lo normal, Tom Platt?

La insólita embarcación se agitó violentamente, giró en redondo crujiendo con gran estruendo y se colocó proa al viento, a tan poca distancia que desde el *Estamos aquí* se podían oír sus voces. Una barba gris se asomó por la borda y una voz ronca gritó algo que Harvey no entendió, pero el rostro de Disko se ensombreció.



—¡Un huracán terrible..., terrible, una galerna^[44]! —gritó tío Abishai—. ¡Vais a naufragar! ¡Es vuestro último viaje, merluzas de Gloucester! ¡No volveréis a casa nunca más!

—Completamente loco..., como de costumbre —dijo Tom Platt.

—Es un pesquero de arrastre^[45] —le explicó Dan a Harvey—, y va recorriendo la costa. Es de Marblehead, pero no le quieren allí y él nunca vuelve a casa; jamás toca puerto. Hace tratos a lo largo de las orillas sur y este —señaló en dirección a las implacables playas de Terranova—. ¿Has visto el barco? Pues dicen que tiene casi setenta años; ya no se construyen carracas como esa. El capitán Abishai va y viene de un sitio para otro, acumulando más deudas cada día, pescando y maldiciendo siempre como has oído. Lleva años y años siendo gafe. Consigue licor de los barcos a

cambio de hacerles sortilegios y venderles vientos favorables y cosas por el estilo. Supongo que está loco.

—Ha venido para echarnos una maldición, así que de nada servirá que salgamos a recoger el palangre esta noche —dijo Tom Platt irritado—. Yo le daba seis docenas de latigazos.

El desaliñado cascarón bailaba como un borracho movido por el viento y todas las miradas estaban fijas en él. De repente, el cocinero, con su voz metálica, empezó a gritar:

—¡Ha sido su propia muerte lo que le ha hecho hablar así! ¡Es su castigo! ¡Mirad!

La goleta navegaba a unas tres millas sobre la mancha pálida que el sol proyectaba en el agua, hasta que esta se oscureció y se disipó, y con ella el barco. No se le volvió a ver.

—¡Hundido! ¡En el Abismo de las Ballenas! —gritó Disko, dando un salto en la popa—. Borrachos o serenos, tenemos que ayudarles. ¡Levad el ancla! ¡Rápido!

Harvey cayó sobre cubierta atropellado por los empujones que recibió de los hombres que corrieron a desplegar el foque y la vela del trinquete, y subieron el cable del ancla a tirones mientras se alejaban. Navegaron a toda velocidad hasta donde la nave de Abishai había desaparecido, pero lo único que encontraron fueron dos o tres toneles de palangre, una botella de ginebra y un *dory* destrozado.

—Dejadlos —dijo Disko, aunque nadie había tenido la menor intención de coger nada—. No quisiera tener a bordo ni una cerilla que hubiera pertenecido a Abishai. He aquí otro barco que se pierde por salir del puerto con toda la tripulación borracha.

—¡Que Dios los tenga en su gloria! —dijo Long Jack.

—Todos desaparecemos rápidamente de este mundo cuando nos llega la hora —fue todo lo que el patrón del *Estamos aquí* le dijo a Harvey, que había quedado muy afectado por lo sucedido—. Piensa en esto durante un rato, muchacho. Esto es lo que trae el alcohol.

—Era su destino —dijo el cocinero—. Se ha llevado consigo su propia suerte.

Después de cenar, el mar estaba lo bastante en calma como para pescar desde cubierta. Esta vez Penn y tío Salters capturaron muchos bacalaos y muy grandes, pero en el palangre la mitad de los anzuelos habían enganchado pepinos de mar. A pesar de todo, pudieron cargar el *dory* de Manuel. Verdaderamente, la suerte tiene dos caras. Durante la faena de limpieza acudieron tres o cuatro orcas lanzando chorros de agua. Disko había recuperado su sonrisa, pero Harvey lanzaba los peces abiertos a la bodega más callado que de costumbre.

La pequeña goleta gemía y brincaba en torno al ancla entre las olas de plata. Un golpe de espuma arrastró a Dan hasta el otro extremo de la cubierta.

—¡Vaya! —Harvey rio con ganas—, es exactamente como si estuviera viva.

—Pero es tan firme como una casa —explicó Dan con entusiasmo—. Tendrías que ver uno de esos palillos de dientes levar el ancla a quince brazas de profundidad.

—¿A qué llamas palillo de dientes, Dan?

—A uno de esos barcos nuevos que pescan merluza y arenque, tan elegante como un yate. A papá no le gustan porque son muy inestables, y, además, cuestan mucho dinero. Él sabe muy bien cómo encontrar pesca, pero no le agradan las cosas modernas..., él no va con los nuevos tiempos. Esos barcos están llenos de aparatos que les quitan el trabajo a los hombres.

—¿Cuánto cuestan, Dan?

—Montones de dólares. Puede que quince mil o más. Tienen todo lo que te puedas imaginar. Si yo llegara a tener uno —añadió en voz baja—, creo que también le pondría el nombre de *Hattie S.*, como a mi *dory*.

CAPÍTULO 8

Dos lobos de mar

Aquella fue la primera de muchas charlas con Dan, quien explicó a Harvey el motivo del nombre de su *dory*. Harvey supo muchas cosas de la verdadera Hattie de Gloucester, vio una fotografía y un mechón de sus cabellos, que Dan le había cortado sin que ella se diera cuenta un día que estaba sentada delante de él en la escuela. Hattie tenía unos catorce años, sentía un profundo desprecio por los chicos y se había pasado el invierno pisoteando el corazón de Dan. Todo eso le fue revelado bajo solemne juramento de guardar el secreto, en la cubierta a la luz de la luna.

En una ocasión, cuando ya se conocían mejor, tuvieron una pelea, hasta que Penn apareció y los separó, prometiéndoles no contárselo a Disko, para quien pelearse durante la guardia era todavía peor que dormirse. Harvey no podía competir físicamente con Dan, pero dice mucho en favor de su nuevo aprendizaje el hecho de que aceptara su derrota y no intentara desquitarse de su vencedor con métodos tortuosos.

Eso fue después de haberse curado de una hilera de granos que tenía entre el codo y la muñeca por llevar siempre el jersey mojado. El agua salada hacía que le escocieran muchísimo, pero cuando estuvieron maduros, Dan se los abrió con la navaja de afeitar de su padre y, como Harvey lo soportó, le aseguró que ya llevaba la marca de un auténtico pescador de los Bancos.

Puesto que no era más que un muchacho y estaba muy ocupado, a Harvey no le quedaba mucho tiempo para pensar. Estaba muy apenado por

su madre y, a menudo, anhelaba verla, y, sobre todo, contarle la maravillosa vida que llevaba ahora y lo bien que se desenvolvía en ella. Para él, aquello significaba un gran progreso respecto a verse rechazado por desconocidos en el salón de fumadores de un transatlántico. En el *Estamos aquí* le aceptaban como a uno más de la tripulación, tenía su sitio en la mesa y una litera, podía dar su opinión y le escuchaban. Su vida anterior le parecía muy lejana y nadie, excepto Dan, se creía sus «cuentos de hadas».

No tardó mucho en conocer los aparatos de navegación que Disko usaba en sus mediciones, las cuales él grababa con un clavo sobre el hollín de la chimenea. Disko le enseñó a leer la carta de navegación y gracias a ella supo que se dirigían a la Virgen, un saliente rocoso que se señalaba con un punto insignificante en el mapa, y a un enjambre de bajíos^[46] con nombres muy curiosos que eran el punto crucial del viaje. Disko recurría a él con frecuencia para lanzar la sonda en aguas poco profundas y, cuando hacía buen tiempo, Harvey engrasaba bien el escandallo y se lo presentaba al patrón para que este le diera el visto bueno. Disko estaba realmente complacido de la diligencia de Harvey para los cálculos y el manejo de los aparatos, y aseguraba que tenía mucha mejor cabeza para los números que su hijo.



Durante varios días trabajaron envueltos en la niebla. Al principio, Harvey estaba encargado de la campana, hasta que, familiarizado con el aire espeso, salió a la mar con Tom Platt, dedicándose a los sedales y al palo gaznatero; también acompañó a Manuel hasta la gran sima conocida como el Abismo de las Ballenas, pues soltaban cable y cable del ancla sin encontrar fondo; entonces sintió un miedo de muerte. Pero cuando a Harvey se le pusieron los pelos de punta fue cuando, con el *dory* de Manuel, se toparon entre la blancura de la niebla con otra blancura que se acercaba echando un aliento de ultratumba, acompañado de ruidos como crujidos; era la primera vez que veía uno de los temidos icebergs de los Bancos. Y también hubo días claros y serenos, en los que parecía pecado hacer algo que no fuera holgazanear, y otros de vientos suaves en los que Harvey aprendió a pilotar la goleta de un caladero a otro. Aquello era magnífico.

—Es asombroso ver lo bien que se maneja —comentó Long Jack en el camarote, mientras el chico examinaba el mar desde el timón en un mediodía de niebla, apenas un mes después de su llegada a la goleta—. Apostaría el sueldo a que para él esto es algo más que representar un papel, y que ya se considera a sí mismo como un intrépido capitán.

—Así empezamos todos —dijo Tom Platt—. Los chicos juegan siempre a ser hombres, y así, engañándose a sí mismos y desempeñando su papel, llegan a viejos. Dan tiene las mismas ideas en la cabeza. Míralos, actuando como si fueran auténticos lobos de mar. Creo que por una vez te has equivocado, Disko. ¿Por qué diablos nos dijiste que Harvey estaba loco?

—Porque lo estaba —replicó Disko—. Tan loco como una cabra cuando llegó a bordo, pero tengo que decir que desde entonces se le ha ido pasando la chifladura. Yo lo he curado.

Disko hablaba de sus viajes para cazar ballenas en los años cincuenta y de la terrible helada del 71, cuando mil doscientos hombres se quedaron sin techo sobre el hielo durante tres días..., historias maravillosas, todas reales. Pero aún más fantásticos eran sus cuentos de bacalaos, cómo discutían y razonaban sobre sus asuntos privados en el fondo del mar.

Los gustos de Long Jack a la hora de contar historias se inclinaban más hacia lo sobrenatural. Mantenía en suspenso a sus oyentes con espantosas historias sobre aparecidos que, con sus lamentos, aterrorizaban en la playa a los buscadores de almejas, porque no habían sido sepultados como es debido; o sobre tesoros escondidos en Fire Island, custodiados por espíritus, y de barcos que navegan en la niebla con una tripulación fantasma. Tom Platt contaba su interminable travesía en el viejo *Ohio* para doblar el cabo de Hornos. Manuel hablaba despacio y con voz muy suave de las hermosas muchachas de su isla, Madeira, y de cómo danzaban bajo los bananeros a la luz de la luna. El cocinero, naturalmente, no intervenía en aquellas conversaciones, a no ser que fuese absolutamente necesario, pero, en ocasiones, un extraño don de lenguas descendía sobre él y les hablaba, medio en gaélico, medio en inglés, de las historias que su madre le contaba sobre la vida en el lejano sur, donde el agua nunca se hiela.

Como es lógico, un hombre con la reputación de Disko era estrechamente vigilado y seguido por sus vecinos; sin embargo, él se las ingeniaba para escabullirse entre los espesos bancos de niebla. Disko evitaba su compañía por dos razones: en primer lugar, porque quería hacer sus propios experimentos, y, en segundo, porque rechazaba la aglomeración de una flota tan numerosa como un rebaño de ovejas, con marineros

procedentes de Dios sabe dónde, por el temor a que la imprudencia y la codicia pudieran ocasionar cualquier tipo de accidente.

—Ya tengo ganas de fondear en Eastern Point —dijo Dan—, pero sin encallar en él. Entonces es cuando empieza de verdad el trabajo, Harvey; se come cuando se puede y apenas hay tiempo de dormir. Menos mal que no te hemos recogido un mes más tarde, porque nunca hubiésemos conseguido ponerte en forma para la Virgen.

Lo que más desconcertaba a Harvey era la manera tan despreocupada con que algunas embarcaciones vagabundeaban por el inmenso Atlántico. Esto fue lo que pensó tras la interesante entrevista que mantuvieron con la tripulación de un viejo y gran barco de vapor dedicado al transporte de ganado, que llevaba a todos los animales enjaulados en la cubierta superior y olía como un millar de establos. Los estuvo persiguiendo a lo largo de tres millas, y cuando les dio alcance, un oficial muy excitado les preguntó su situación con ayuda de un altavoz; el barco se sostenía torpemente en el agua, y Disko le dijo cuatro verdades al capitán.

—¿Que dónde estáis? No os merecéis estar en ningún sitio. Vosotros, establos flotantes, acaparáis las rutas del mar sin la menor consideración para vuestros vecinos, y lleváis los ojos puestos más en la taza de café que en vuestras estúpidas caras.

—¡Rayos y truenos! —rugió el capitán—. Llevamos tres días sin poder hacer una observación. ¿Es que quiere que lleve el barco a ciegas?

—Pues yo lo llevo —replicó Disko—. ¿Qué le ha pasado a su sonda? ¿Se la han comido las vacas? —Y con brusquedad le dio la latitud y la longitud sin añadir más cumplidos.

—¡Bueno! —dijo Long Jack—, otro barco cargado de locos, y es que no hay duda de que es una virtud saber separar bien el trabajo y el alcohol. Eso es lo que descubrió el capitán Counahan del *Marilla D. Kuhn*, quien después de catorce días en la mar, gobernados por el ron, pensaba que estaba en los Bancos y no se dio cuenta de que había llegado a Irlanda.

—¿Podría una goleta como esta llegar a África sin parar? —preguntó Harvey.

—Podría doblar el cabo de Hornos si hubiera algo allí que valiera la pena ir a buscar y llevara bastantes provisiones —dijo Disko—. Mi padre llevó su barco hasta las montañas heladas de Groenlandia un año en que nuestra flota fue siguiendo al bacalao hasta allí. Y lo que es más, se llevó a mi madre con él, para enseñarle cómo ganaba el dinero, supongo, y se quedaron aislados en el hielo, de modo que yo nací en Disko. Volvimos cuando empezó a derretirse el hielo en primavera y me pusieron el nombre del sitio. Es una mala pasada ponerle ese nombre a un niño recién nacido, pero todos estamos expuestos a cometer errores en nuestras vidas.

CAPÍTULO 9

Dichas y desdichas

Después de aquello, se encontraron con muchos veleros, pero precisamente cuando esperaban llegar a los bancos de arena de la Virgen se cerró la niebla y tuvieron que echar el ancla, rodeados por el tintineo de campanas invisibles.

Aquella noche, un poco antes del amanecer, Dan y Harvey, que habían dormido la mayor parte del día, se cayeron de la cama para «pescar» empanadillas. No había razón para cogerlas a escondidas, pero así sabían mejor y, además, conseguían enfadar al cocinero. El calor y el olor del camarote los hizo subir a cubierta con su botín. Allí estaba Disko, ocupado en tocar la campana, que cedió inmediatamente a Harvey en cuanto lo vio.

—Sigue tocando —le dijo—. Me parece que oigo algo. Si es así, es mejor que no me aleje de aquí por si tengo que echar una mano.

Se oía sonar una campana de manera un tanto desesperada y su llamada se disipaba en la densa niebla; durante las pausas, Harvey oyó el bufido sordo de la sirena de un transatlántico, y ya sabía lo bastante de los Bancos como para comprender lo que eso significaba. Recordó, con aterradora precisión, cómo un muchacho ignorante y egoísta, con una cazadora color guinda —el mismo que ahora aborrecía la ropa deportiva con todo el desprecio de un pescador—, había dicho en una ocasión que sería «divertido» que un transatlántico echara a pique a un barco de pesca. Aquel chico tenía un camarote con baño propio y agua caliente, y tardaba diez minutos cada mañana en elegir el menú de una carta con bordes dorados. Y

ese mismo muchacho estaba ahora en pie a las cuatro de la mañana, cuando empezaba a amanecer, con una chaqueta impermeable que chorreaba agua, tocando una campana, para salvar vidas, mientras en algún lugar muy próximo un gran buque de acero avanzaba a veinte millas por hora. Lo más amargo era pensar que habría personas dormidas en cálidos camarotes tapizados que no se enterarían hasta la hora del desayuno de que habían aplastado un barco. Así que siguió tocando la campana sin cesar, mientras el cielo y el mar se fundían en una niebla lechosa.

De repente, Harvey se dio cuenta de que un objeto enorme se acercaba a él rápidamente. Alzó la vista hacia lo que parecía la pared húmeda de un acantilado y comprobó que era una proa gigante que se abalanzaba a gran velocidad sobre la goleta. Una vivaz estela de espuma se abría por delante, y al alzarse mostró una larga hilera de números romanos —XV, XVI, XVII, etc.— sobre un casco resplandeciente de color salmón. Luego, una línea de ojos de buey con marco de bronce pasó a toda velocidad y un chorro de vapor golpeó las manos de Harvey, levantadas en un gesto de impotencia. Una enorme ola de agua caliente bañó el costado del *Estamos aquí* y la pequeña goleta se tambaleó y se balanceó dentro del remolino de agua formado por la hélice del transatlántico, mientras la popa de la enorme nave se desvanecía en la niebla. Harvey estaba a punto de desmayarse o de vomitar, o de ambas cosas a la vez, cuando oyó un ruido como de un baúl arrojado sobre una acera y una voz lejana, como si llegara a través de un teléfono, que arrastraba las palabras:

—¡Deteneos! ¡Nos habéis hundido!

—¿Somos nosotros? —preguntó Harvey con voz entrecortada.

—¡No! Un barco allí lejos. ¡Toca la campana! Vamos a ver lo que ha pasado —dijo Dan, arriando un *dory*.



Al momento se marcharon todos excepto Harvey, Penn y el cocinero. Al poco, un trozo del palo mayor pasó a la deriva junto a la proa; luego llegó un *dory* de color verde, vacío, y después vieron algo boca abajo, con un jersey azul, pero..., no era un hombre entero. Penn cambió de color y contuvo el aliento con un gemido. Harvey golpeó con desesperación la campana, horrorizado ante la idea de irse a pique en cualquier momento, y dio un salto al oír la voz de Dan, que regresaba con la tripulación.

—El *Jennie Cushman* —dijo Dan histérico—, partido limpiamente en dos, a menos de un cuarto de milla. Papá ha salvado al patrón, el viejo Olley. No hay nadie más y..., iba también su hijo. ¡Oh, Harvey, Harvey, no lo puedo soportar! He visto... —ocultó la cara entre las manos y sollozó, mientras los otros subían a bordo a un hombre de pelo gris.

—¿Por qué me has recogido, Disko? —se quejó el desconocido una vez a bordo.

Disko puso su mano en el hombro de aquel hombre, en cuyos ojos brillaba la locura y al que le temblaban los labios mientras miraba fijamente a la silenciosa tripulación. Entonces se levantó y habló Pennsylvania, con voz fuerte y llena de sabiduría:

—El Señor se lo dio, el Señor se lo ha llevado. ¡Bendito sea el nombre del Señor! Yo era..., yo soy ministro del Evangelio. Dejadlo conmigo.

—¿Que usted es...? —dijo el hombre—. ¡Entonces rece para que mi hijo se salve! ¡Rece para que recupere mi barco y mi pesca! Si hubierais dejado que me ahogara, mi viuda podría ir a la Previsión^[47] y trabajar para sobrevivir, y nunca habría sabido... Ahora tendré que decirle...

Cuando un hombre ha perdido a su único hijo, el trabajo de un verano y los medios de ganarse la vida en treinta segundos contados, es muy difícil decir algo que lo consuele.

—Nuestra gente cree en el poder de la oración. He rezado —habló Penn— por la vida del hijo de este hombre. Los míos se ahogaron ante mis ojos, mi mujer y ellos. Nunca recé por mi familia, pero he rezado por el hijo de este hombre y estoy seguro de que le será devuelto.

Salters miró con gesto suplicante a Penn para ver si se acordaba de él.

—¿Cuánto tiempo he estado loco? —preguntó Penn de repente—. Vi cómo las casas se derrumbaban y eran arrastradas contra el puente antes de que estallara el fuego. No recuerdo nada más. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—¡No puedo soportarlo! ¡No puedo! —exclamó Dan y, junto a Harvey, rompió a llorar.

—Unos cinco años —dijo Disko con voz temblorosa.

—Entonces, alguien ha debido hacerse cargo de mí durante todo este tiempo. ¿Quién ha sido?

Disko señaló a Salters.

—¡No has sido ninguna carga! —gritó el marinero-agricultor, retorciéndose las manos—. Tú has ganado más del doble de lo que necesitabas, y se te debe dinero, Penn.

—Sois muy buenas personas. Lo veo en vuestros rostros. Pero...

La campana de una goleta sonó muy cerca, y una voz gritó a través de la niebla:

—¡Disko!, hemos encontrado al joven Olley sobre un montón de maderas. Solo tiene unos rasguños. ¿No sería mejor que nos mandarais al viejo a bordo? Si no lo necesitáis, a nosotros nos hace falta un hombre para manejar el cabrestante. Lo cuidaremos bien.

Penn consiguió que el viejo capitán reaccionara ante la desesperación, y Tom Platt lo llevó hasta la otra goleta sin decirle lo que en ella le esperaba. Enseguida, la niebla los ocultó a todos.

—¡Levad el ancla! ¡Deprisa! Abandonemos cuanto antes estas malditas aguas —gritó Disko, y nunca se le obedeció con tanta prontitud.

Penn se retiró a dormir y reapareció tres horas después con el rostro inexpresivo y la mente en blanco. Dijo que tenía la impresión de haber tenido un sueño. Luego quiso saber por qué estaban todos tan callados, pero ninguno fue capaz de explicárselo.

Disko hizo trabajar a la tripulación sin piedad durante los tres o cuatro días siguientes, y cuando no podían salir con los *doris*, los hacía bajar a la bodega para recolocar las provisiones y el equipo del barco, con el fin de dejar más espacio para el pescado. De este modo, los mantuvo ocupados hasta que recobraron su buen humor. Harvey reflexionó mucho durante aquellos tristes días y le dijo a Dan lo que había pensado. Dan estuvo de acuerdo con él..., hasta el punto de empezar a pedirle las empanadillas al cocinero, en vez de robárselas.

Una semana después, los dos estuvieron a punto de hacer naufragar el *Hattie S.* en un loco intento de cazar un tiburón con una vieja bayoneta atada a un palo. La ceñuda bestia iba persiguiendo peces pequeños y pasó rozando el bote. Fue un verdadero milagro que los chicos salieran vivos de su embestida.

Finalmente, después de jugar a la gallina ciega en la niebla, llegó una mañana en que Disko gritó desde la cabina de mando:

—¡Rápido, chicos! ¡Hemos llegado a la ciudad!

CAPÍTULO 10

Una ciudad en alta mar

Hasta el fin de sus días, Harvey nunca olvidaría aquel espectáculo. El sol, que llevaba casi una semana sin dejarse ver, acababa de remontar la clara raya del horizonte y su rojizo resplandor iluminaba las velas. Debía de haber cerca de un centenar de barcos de las más diversas formas y tamaños, y de cada uno salían *doris* como las abejas de una abigarrada colmena. El sonido de las voces, el roce de las cuerdas y el chapoteo de los remos se oían a muchas millas a través de las aguas onduladas. Las velas se volvieron de todos los colores, negro, gris perla y blanco, a medida que ascendía el sol. Y más y más barcos iban llegando.

Los *doris* se reunían, se separaban y volvían a acercarse, todos enfilados en la misma dirección; mientras tanto, los pescadores se saludaban a gritos, silbaban y cantaban.

—¡Es como una ciudad! —exclamó Harvey—. Disko tenía razón. ¡Es como una ciudad!

—Aquí debe de haber alrededor de mil hombres —dijo Disko—, y más allá está la Virgen —señalaba con el dedo un espacio vacío de color verdoso donde no había *doris* y en el que se alzaba una roca solitaria de unos veinte pies de altura.

El *Estamos aquí* dio una vuelta alrededor del escuadrón del norte, mientras Disko iba saludando a los compañeros con un movimiento de mano, y fondeó con la exactitud de un yate de regatas al final de la

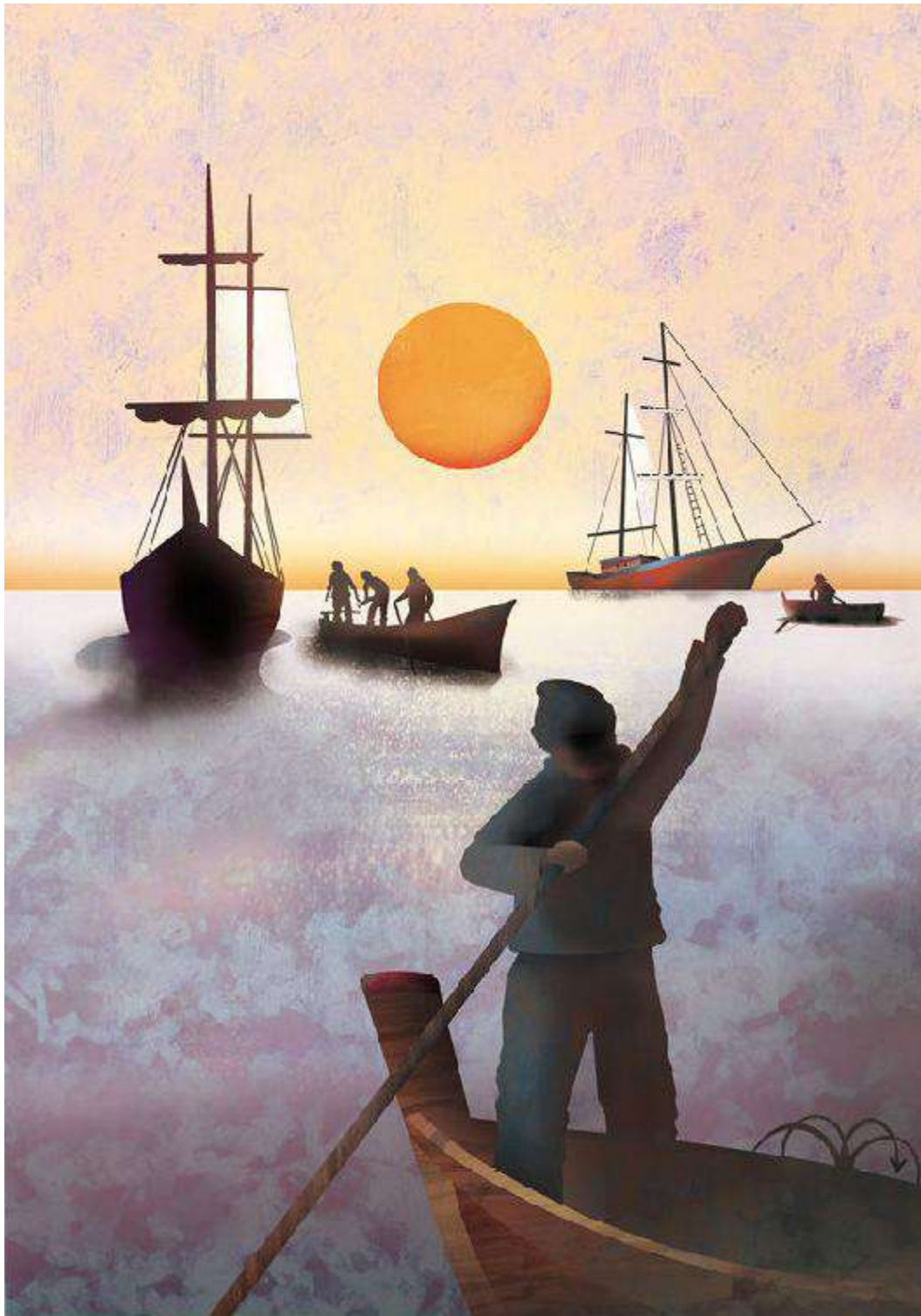
temporada. La flota de los Bancos aplaude en silencio la habilidad de un maestro, pero abucea el mal hacer de un chapucero.

—Justo a tiempo para el capelán^[48] —gritó el *Mary Chilton*.

—¿Qué, habéis acabado ya de faenar? —preguntó el *King Philip*.

—¡Hola, Tom Platt! ¿Vienes a cenar esta noche? —dijo el *Henry Clay*, y otras preguntas y respuestas siguieron cruzándose de uno a otro barco. Y es que no hay ningún sitio mejor para el chismorreó que la flota de los Bancos. Todos parecían conocer el salvamento de Harvey y preguntaban si ya se ganaba la comida. Los compatriotas de Manuel parloteaban con él en portugués, y hasta se vio al silencioso cocinero gritando en gaélico a un amigo.

Una ola suave como un suspiro hacía subir lentamente una hilera de *doris* de diversos colores. Por un instante quedaban suspendidos, como un maravilloso friso^[49] sobre el horizonte, y los pescadores se hacían señas y se saludaban. Un instante después desaparecían, al tiempo que sobre otra ola aparecía una nueva y distinta hilera de embarcaciones, como figuritas de papel en un teatro de marionetas. Mientras remaban hacia el tropel, Harvey los miraba embelesado.



—¡Ten cuidado! —le dijo Dan, preparando una red—. Cuando te diga que la eches, hazlo. Los bancos de capelanes aparecerán en cualquier momento.

Un aluvión de risotadas se desató cuando uno de los *doris* salió disparado a toda velocidad, mientras sus ocupantes tiraban desesperadamente de la cadena del ancla.

—¿Qué sucede? —preguntó Harvey, al tiempo que el bote se escapaba como un rayo en dirección sur—. Estaba anclado, ¿no?

—Claro que estaba anclado, eso seguro —dijo Dan riendo—, pero una ballena se ha enredado en el cable... ¡Echa la red, Harve! ¡Aquí vienen!

Alrededor de ellos, el mar se enturbió y oscureció, y luego se rizó con un torbellino de diminutos peces plateados. Venían perseguidos por los bacalaos, que empezaron a saltar como las truchas en mayo, mientras, detrás del bacalao, tres o cuatro enormes lomos grises hacían bullir el agua. Entonces, todos empezaron a gritar y a izar el ancla para situarse rápidamente sobre el banco de capelanes, enganchando los sedales del vecino, advirtiéndolo a los otros, discutiendo o diciéndose lo primero que se le ocurría a cada uno, para inmediatamente echar con furia las redes al agua, mientras el mar burbujeaba como una botella de gaseosa recién abierta, y bacalaos, hombres y ballenas se abalanzaban juntos sobre el infortunado cebo. De aquel indescriptible tumulto, Harvey nunca olvidaría el travieso ojillo inmóvil de una ballena que pasó rozando el bote y que, según contó, le hizo un guiño.

Después, los capelanes se alejaron, y cinco minutos más tarde no se oía más que el ruido de los plomos de los anzuelos al arrojarlos por la borda, los coletazos de los bacalaos y los golpes de los mazos para atontarlos. Fue una pesca extraordinaria. Los capelanes aparecieron una vez más al atardecer, y se repitió el frenético griterío. Entrada la noche, todos regresaron a la goleta para limpiar los bacalaos a la luz de las lámparas de queroseno. El montón era tan enorme que se quedaron dormidos mientras los limpiaban.

Al día siguiente volvieron a pescar junto al promontorio de la Virgen. Los bacalaos venían en legiones avanzando solemnemente sobre algas que parecían de tiras de cuero. Al mediodía hubo un descanso, que los *doris* emplearon en cotorrear: que si quién era el patrón más tacaño de la flota, que si había algún cocinero sucio o descuidado, que quién le había robado

el tabaco a quién, que si las aventuras amorosas de Manuel en tierra firme, que si Harvey manejaba los remos como una mujer... Todos los trapos sucios salieron a relucir ante el público. Los *doris* siguieron pescando hasta que la niebla descendió ocultando al sol. Cuando el mar empezó a embravecerse y la niebla se hizo más espesa, las goletas tocaron sus campanas.

Aquella noche arreció la tormenta y la Virgen rugió terriblemente. Las grandes olas saltaban y barrían el puente del *Estamos aquí* y, durante su guardia, Dan y Harvey tuvieron que agarrarse cinco veces con brazos, piernas y hasta con los dientes a las vergas, a los palos y a las mismas velas para no verse engullidos por ellas. A la mañana siguiente, sobre un mar enfurecido y blanco de espuma, algunos *doris* se arriesgaron a ser zarandeados por las airadas aguas, pero Troop retuvo a sus hombres limpiando pescado. Para él no tenía sentido correr riesgos innecesarios. Por el contrario, tuvieron que recoger a varios pescadores, cuyos *doris* medio hundidos habían chocado contra los laterales del *Estamos aquí*. Un anciano de Gloucester y dos portugueses se ahogaron, y hubo muchos heridos y lesionados; a dos goletas se les rompieron sus aparejos y el viento las empujó hacia el sur, a tres días de navegación. Harvey tuvo ocasión de ver el funeral de uno de los marineros de un barco francés, usando los prismáticos de Disko. El acto consistió simplemente en deslizar por la borda un bulto alargado, sin ningún tipo de ceremonia religiosa, pero por la noche, fondeados, Harvey les oyó cantar bajo las estrellas algo que sonaba como un himno:

*¡Virgen María,
ruega por mí a Dios!
¡Adiós, patria;
Quebec, adiós!*

Tom Platt hizo una visita al buque francés porque, explicó, el marinero fallecido era un conocido suyo. Allí se enteró de que una ola había arrojado al desgraciado contra uno de los palos, rompiéndole la espalda. La noticia

corrió como la pólvora, pues, en contra de la costumbre general, el barco francés subastó las pertenencias del difunto, ya que no tenía parientes ni amigos. Dan y Harvey estaban en el *Hattie S.* y, naturalmente, remaron para reunirse con todos los pescadores que habían ido a la subasta. Dan compró el cuchillo del marinero ahogado, que tenía una rara empuñadura de metal, y abandonaron el barco para seguir pescando hasta que se levantase la niebla. El bacalao picaba bien. Dan sacó el cuchillo para probar su filo en la borda.

—Es precioso —dijo Harvey—. ¿Cómo lo has conseguido tan barato?

—Gracias a las malditas supersticiones de los marineros —contestó Dan—. No les gusta quedarse con el hierro de un muerto, por así decirlo. Según parece, el muerto había matado a un hombre con él. Y, por supuesto, cuando lo oí decir todavía me entraron más ganas de conseguirlo.

—¡Cielos! —dijo Harvey—. Te daré un dólar, no, dos, por él cuando cobre el sueldo.

—¿De veras? ¿Tanto te gusta? Bueno, a decir verdad, lo he comprado para ti..., para regalártelo —dijo Dan, poniéndose colorado—. Es tuyo, Harve, porque somos compañeros y eso.

Se lo entregó, con el cinturón incluido. La tentación era irresistible y Harvey se lo puso.

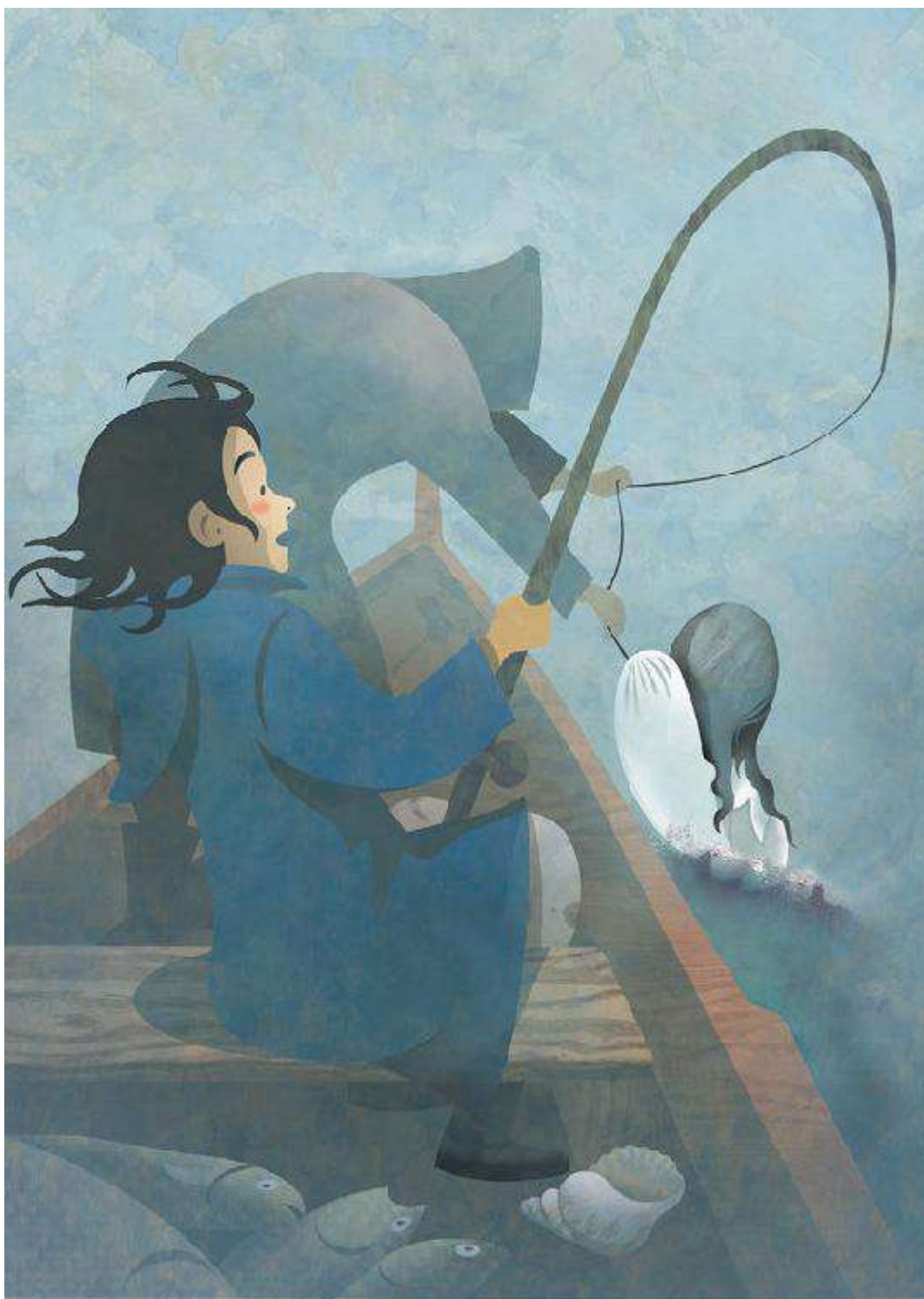
—Dan, eres un tipo estupendo —exclamó Harvey—. Lo conservaré mientras viva.

—Me gusta oírtelo decir —replicó Dan con una sonrisa de satisfacción y, deseoso de cambiar de tema, añadió—: Parece que tienes algo en tu caña.

—Supongo que se ha enredado —dijo Harvey tirando—. ¡Maldita sea!

—¡Premio! ¡Ya está aquí! —exclamó Dan ayudando, pero el grito se volvió un doble y agudo chillido de terror, porque lo que salió del mar fue ¡el cuerpo del francés muerto y enterrado en el mar dos días antes! El anzuelo lo había enganchado por la axila derecha y se mecía, erecto y horrible, con la cabeza y los hombros fuera del agua, y no tenía cara. Los muchachos cayeron uno encima del otro sobre el fondo del *dory*, y allí se quedaron mientras aquella cosa asomaba sobre la borda, sujeta por el sedal casi completamente recogido.

—¡La marea..., lo ha traído la marea! —decía Harvey con labios temblorosos, mientras trataba de desabrocharse el cinturón.



—¡Oh, Dios! —gimió Dan—. ¡Date prisa! Ha venido a por el cuchillo. ¡Dáselo! ¡Quítatelo!

—¡No lo quiero! ¡No lo quiero! —gritó Harvey—. No encuentro la he..., hebilla. —E incorporándose, frente a la cabeza sin rostro, se quitó el cinturón y lo tiró lo más lejos que pudo, al tiempo que Dan sacaba su cuchillo y cortó el sedal. El cuerpo se hundió con un golpe sordo. Dan se puso cautelosamente de rodillas, más blanco que la niebla.

—Ha venido a por su cuchillo —dijo—. Este susto no se nos va a quitar ni aunque pasen diez años. Cuando hay niebla pasan cosas que no se ven con el tiempo despejado..., espíritus, gritos y cosas por el estilo... Dentro de poco empezarán a buscarnos, dame la bocina.

—¡*Dory, dory!* —se oyó una voz ahogada por la niebla que aterró de nuevo a los chicos, y a Dan se le cayó de la mano el cuerno de latón con el que se disponía a llamar a los suyos.

—¡Espera! —dijo Harvey—. Es el cocinero.

—¡Dan! ¡Danny! ¡Eh, Dan! ¡Harvey! ¡Eh, Haarveee!

—¡Estamos aquí! —contestaron a la vez los chicos. Oían ruido de remos, pero no vieron nada hasta que el cocinero, reluciente y chorreando agua, apareció ante ellos.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó—. Os van a dar una buena paliza cuando lleguéis.

—Eso es lo que queremos. Lo estamos deseando —dijo Dan—. Cualquier cosa que nos haga sentirnos en casa nos parecerá estupenda. Hemos tenido una visita escalofriante.

Mientras el cocinero les echaba un cable, Dan le contó lo sucedido.

—¡Sí! Ha venido a por su cuchillo —fue todo lo que dijo al terminar.

Nunca el pequeño y bailarín *Estamos aquí* les había parecido tan deliciosamente hogareño como cuando el cocinero los llevó de vuelta a él. Del castillo salía una cálida luz y de la proa les llegó un apetitoso olor a comida, y fue maravilloso oír a Disko y a los demás, todos vivos y de carne y hueso, asomándose por la borda y prometiéndoles una soberana paliza.

Sin embargo, el cocinero actuó como un maestro de la diplomacia y no dejó que izaran los *doris* hasta después de haber contado los puntos más

sobresalientes de la aventura. De modo que los muchachos subieron a bordo convertidos en héroes extraordinarios. Después, el cocinero colocó una vela encendida, una torta de harina, agua y sal sobre una tablilla que depositó en el agua para calmar al espíritu del francés, en el caso de que aún estuviera inquieto, y estuvo susurrando un encantamiento mientras veían el resplandor de la llama.

—¿Qué me dices ahora del progreso y de las supersticiones? —preguntó Harvey a Dan.

—¡Uff! Supongo que soy bastante moderno, pero cuando se trata de muertos que aterrorizan a dos pobres chicos, cualquier cosa que haga el cocinero me parecerá bien.

A la mañana siguiente, el *Estamos aquí* se hallaba enfrascado con el *Perry Norman* en una carrera cuerpo a cuerpo para ver quién terminaba antes de llenar su bodega, y estaban tan igualados en la batalla que la flota tomó partido y se hicieron apuestas de tabaco. Todos trabajaron hasta la extenuación desde antes del amanecer. Afortunadamente, el *Estamos aquí* ganó. Harvey no podía entender cómo era posible encajar un bacalao más en la bodega, pero Disko y Tom Platt apilaban y apilaban, aplastando la carga con grandes piedras del lastre, y siempre quedaba espacio para «otro día más de pesca».

CAPÍTULO 11

De vuelta a casa

Eran las diez de la mañana y Disko empezó a izar la gran vela mayor. A mediodía estaban ya desplegadas todas las velas. Los *doris* de las otras embarcaciones se les acercaban con cartas para sus familias y para envidiarles su buena suerte. Finalmente, los pescadores despejaron la cubierta, izaron la bandera —derecho que se le concede al primer barco que abandona los Bancos—, levaron anclas y emprendieron la vuelta pasando entre las otras goletas como en un pequeño paseo triunfal, mientras el acordeón de Dan y el violín de Tom Platt ponían música a la despedida. Muy pronto, la goleta, con todas sus velas al aire, fue empujada por el viento rumbo a casa a toda velocidad.

Disko los mantuvo ocupados manejando las velas. En los ratos libres sacaban agua con las bombas, porque el pescado almacenado soltaba agua salada, que no era nada buena para la mercancía. Pero también hubo tiempo para contemplar el mar. La goleta seguía resuelta su camino a través de hondonadas grises, gris azuladas o negras, continuamente enmarcadas con cintas de temblorosa espuma, dando codazos, jugando o acariciando el costado de algún enorme cerro de agua. Harvey empezó a entender y a disfrutar con el sediento coro de las crestas de las olas saciándose unas de otras; con el correr de los vientos sobre los grandes espacios abiertos, empeñados en amontonar las nubes azules y moradas; con la espléndida turbación del rojo amanecer; con el deslumbrante resplandor salado del mediodía; con el beso de la lluvia cayendo sobre aquella vasta extensión de

agua; con la fría oscuridad del anochecer, y con el millón de arrugas del mar bajo la luz de la luna.

Pero lo más divertido fue cuando pusieron al timón a los dos chicos juntos, con Tom Platt vigilando de cerca, y la goleta se inclinaba como una mujer que tropieza al enredársele los pies en su vestido de seda, y volvía a levantarse con el foque mojado hasta la mitad, anhelante y aguzando la vista para divisar los altos faros gemelos de la isla Thatcher. Abandonaron el frío gris del mar de los Bancos, vieron los barcos madereros camino de Quebec por el estrecho de San Lorenzo, junto con bergantines de Jersey cargados de sal, procedentes de España y de Sicilia; encontraron un viento favorable del nordeste que los empujó hasta Sable Island y que siguió hasta Le Have, y desde allí llegaron a aguas más profundas que permitieron al *Estamos aquí* seguir su camino alegremente.

—¿Sabes qué es lo mejor de volver a tierra? —le preguntó Dan a Harvey.

—¿Un baño caliente? —contestó Harvey. Tenía las cejas blancas por la espuma seca.

—Eso es bueno, pero un pijama limpio y seco es mejor. Mamá me tendrá uno nuevo y suave preparado. ¡Estamos en casa, Harvey! Se nota en el aire. Me pregunto si llegaremos a tiempo para la cena. Supongo que te quedarás con nosotros hasta que vengan tus padres.

El viento silbó y tras él apareció la lluvia con el trueno y el relámpago de mediados de agosto. Dan y Harvey se tumbaron en cubierta descalzos y con los brazos desnudos, contándose el uno al otro lo que pedirían en su primera comida en tierra firme, pues la costa se divisaba ya a simple vista, Ten Pound Island, los almacenes de pescado, la línea desigual de los tejados de las casas y las boyas flotando en el agua... Luego la tormenta se extinguió entre largos, aislados y violentos puñales de luz blanca y azulada, seguidos de un solo rugido parecido al disparo de una batería de morteros, y el aire se estremeció bajo las estrellas al recobrar el silencio.

Al entrar en el puerto, Disko se limpió la humedad de los ojos y llevó el *Estamos aquí* al muelle de Wouverman, dando órdenes a media voz mientras la goleta se abría paso entre remolcadores amarrados y los

vigilantes nocturnos la saludaban desde el extremo de los embarcaderos. Además de la oscuridad y del misterio que los rodeaba, Harvey podía sentir la tierra firme casi a sus pies, con sus miles de personas dormidas, el olor de la tierra después de la lluvia y el ruido familiar de una locomotora haciendo maniobras en una estación de mercancías, y todas aquellas cosas hicieron que su corazón latiera más deprisa y se le secara la garganta. Se sentó junto al timón y empezó a sollozar, como si fuera a rompérsele el corazón. Entonces, una mujer alta, que había estado sentada en una balanza, subió a la goleta y besó a Dan en la mejilla: era su madre, que había visto llegar el *Estamos aquí* a la luz de los relámpagos. No se fijó en Harvey hasta que este no se hubo repuesto de la emoción y Disko le contó su historia. Ya amanecía cuando llegaron a casa de Disko. Y hasta que abrieron la oficina de telégrafos y pudo mandar un telegrama a sus padres, Harvey Cheyne se sintió probablemente el chico más solo de todos los Estados Unidos.

Wouverman no quiso aceptar los precios que Disko le proponía, pero este, seguro de que el *Estamos aquí* había llegado por lo menos una semana antes que los demás bacaladeros de Gloucester, le dio unos días para recapacitar; así que la tripulación se dedicó a pasear por las calles de la ciudad. Dan llevó a Harvey en tranvía al este de Gloucester para enseñarle el faro; allí se tumbaron sobre las grandes rocas de color rojo y rieron hasta que les entró hambre. Entonces, Harvey enseñó a Dan un telegrama, y los dos se juraron guardar silencio hasta que estallara la bomba.



CAPÍTULO 12

A toda velocidad

Por muchas que sean sus preocupaciones personales, un multimillonario, como cualquier otra persona que trabaja, debe permanecer al frente de sus negocios. Harvey Cheyne, padre, se había trasladado al Este a finales de junio para reunirse con su esposa, una mujer destrozada y a punto de volverse loca, que soñaba día y noche con su hijo ahogándose en las grises aguas del océano. Había llevado a su esposa a su nueva mansión de San Diego, donde la había rodeado de médicos, enfermeras experimentadas, masajistas e incluso curanderos, pero todo había sido inútil. La señora Cheyne permanecía en cama gimiendo, sin esperanzas. Todo lo que deseaba era tener la seguridad de que ahogarse no producía dolor, y su marido la vigilaba por si se le ocurría hacer ella misma la prueba. Cheyne, por su parte, hablaba muy poco de su propio sufrimiento, y apenas fue consciente de su intensidad hasta que se sorprendió a sí mismo preguntándole al calendario que tenía sobre la mesa de su despacho: «¿De qué sirve seguir adelante?».

En lo más profundo de su mente había albergado siempre la grata idea de que, algún día, cuando todos sus negocios marcharan bien y su hijo hubiera terminado sus estudios en la universidad, tendría una conversación sincera con él y le pondría al tanto de sus posesiones. Y entonces el chico, se decía como suelen hacer los padres muy ocupados, se convertiría de inmediato en su compañero, socio y aliado; a lo que seguirían espléndidos años de grandes proyectos que realizarían juntos, la madura experiencia

apoyando al ardor juvenil. Pero ahora su hijo había muerto, desaparecido en el mar, y a él le faltaba valor para enfrentarse a sus enemigos. Le daban ganas de abandonarlo todo y retirarse.

De repente, la señorita Kinzey, la secretaria, dejó de escribir a máquina y se puso pálida. Al instante pasó a Cheyne un telegrama que acababa de llegar de San Francisco:

«Recogido por barco de pesca *Estamos aquí* al caer buque espléndidos días pescando en Bancos todo bien te espero Gloucester Massachusetts en casa Disko Troop envía dinero u órdenes qué debo hacer y cómo está mamá Harvey N. Cheyne».

El padre dejó caer el telegrama, apoyó la cabeza sobre la mesa y respiró pesadamente. La secretaria corrió en busca del médico de la señora Cheyne, quien encontró al marido dando grandes pasos arriba y abajo por la habitación.

—¿Qué...? ¿Qué le parece? ¿Es posible? A duras penas lo puedo entender —gritó.

—Yo sí —dijo el médico—. Me quedo sin siete mil dólares al año..., eso es todo.

—¿Quiere decir que se lo va a contar a ella? Puede que no sea cierto, que sea un timo.

—No hay que alarmarse —le dijo tranquilamente el médico—. Casi la única afirmación médica cierta que aparece en las novelas es que la alegría no mata.

Ninguna puerta pudo contener el grito que el eco hizo resonar por la casa un momento después, cuando el señor Cheyne le comunicó a su esposa la noticia.

Los blancos dedos de la señorita Kinzey removieron los Estados Unidos de un extremo al otro. Clic, clic, clic, clic... Un telegrama fue enviado al instante:

«Envíe aquí vagón privado *Constance*, y organice tren especial que salga domingo para Chicago y efectúe a tiempo conexión con Nueva York y Boston martes próximo. Harvey Cheyne».

Diez minutos más tarde, Chicago respondía a la señorita Kinzey: «Si se está preparando el crimen del siglo, por favor, avise con tiempo a los amigos para que nos pongamos a cubierto aquí».

Cuando leyó el telegrama, Cheyne sonrió irónicamente al darse cuenta de que había creado un pánico general entre sus competidores de las finanzas.

—Piensan que les vamos a declarar la guerra —comentó el señor Cheyne—. Tengamos la fiesta en paz. Será mejor que se les diga la verdad..., por una vez.

De manera que contaron la verdad. Los representantes de sesenta y tres millones de dólares invertidos en negocios ferroviarios de distintos tipos respiraron más tranquilos. Cheyne corría para reunirse con su único hijo, milagrosamente recuperado para él. Hombres duros que habían desenvainado sus cuchillos para luchar por sus intereses financieros guardaron las armas y le desearon buen viaje, mientras que otra media docena de orgullosos magnates fanfarronearon sobre las proezas que ellos habrían podido hacer si Cheyne no hubiese enterrado el hacha de guerra.

—Hará falta telegrafiar al chico —puntualizó la secretaria, tomando a su cargo el asunto.

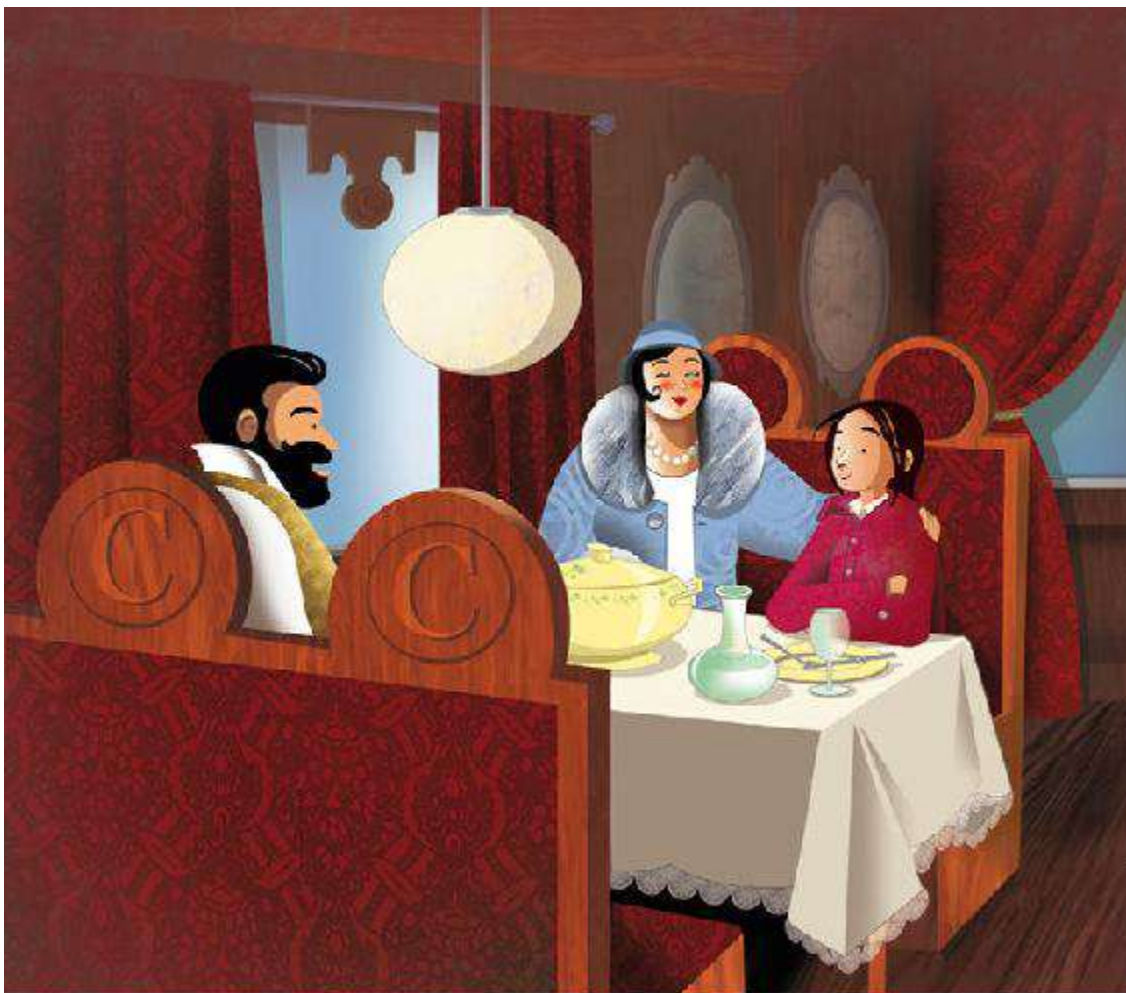
Aquel fue un fin de semana muy ajetreado para las líneas del telégrafo, pues, desaparecida la ansiedad, individuos y ciudades se apresuraron a cumplir las órdenes dadas. Los Ángeles llamó a San Diego para informar a los maquinistas de California, y desde allí se pasó la voz hasta Chicago. Una locomotora, un vagón auxiliar para el personal y el lujoso *Constance* debían tener preferencia sobre los otros trenes a lo largo de aquellas dos mil trescientas cincuenta millas. Y habría que extender la alfombra mágica hasta Boston, porque Harvey Cheyne tenía prisa, prisa..., prisa —así cantaban los hilos del telégrafo.

—Va a hacer calor —dijo Cheyne a su esposa, mientras abandonaban San Diego el domingo al amanecer—. Vamos a correr lo más que podamos, querida. Pero, realmente, no creo que sirva de nada que te pongas ya el sombrero y los guantes. Será mejor que te acuestes y tomes la medicina. Trata de dormir un poco y, antes de que te des cuenta, estaremos allí.

—Yo estaré bien. ¡Oh! ¡Sí! Yo estaré perfectamente. Solo que..., quitarme el sombrero me hace sentir como si no fuésemos a llegar nunca.

El recorrido de costa a costa se completó en un tiempo total de ochenta y siete horas y treinta y cinco minutos, o tres días y quince horas y media. La locomotora corrió como un torbellino a una media de cuarenta millas por hora. Al fin llegaron a su destino, donde Harvey los estaba esperando.

Después de una emoción muy fuerte, la mayoría de los adultos y todos los muchachos piden comida. Los tres celebraron el feliz regreso del hijo pródigo en su vagón privado, mientras a su alrededor los trenes llegaban y se marchaban entre rugidos. Harvey comió, bebió y habló, todo al mismo tiempo, recreándose en contar sus andanzas, y cuando le quedaba una mano libre, su madre se la acariciaba. Su voz se había hecho más grave en contacto con el aire del mar y sus manos estaban ásperas y endurecidas; además, sus ropas desprendían olor a bacalao.



Su padre, muy acostumbrado a juzgar a las personas, lo observaba atentamente. De hecho, se sorprendió pensando que conocía muy poco a su hijo; recordaba con claridad a un jovencito consentido de cara regordeta que disfrutaba mostrándose impertinente con él y haciendo llorar a su madre. Pero aquel joven pescador bien plantado estaba lejos de ser descarado, le miraba directamente a los ojos y le hablaba con un tono agradablemente respetuoso. Había algo en su voz que parecía prometer que el cambio producido iba a ser permanente y que el nuevo Harvey había llegado para quedarse. «Alguien le ha hecho entrar por el aro —pensó Cheyne—. Y eso Constance nunca lo habría permitido. No creo que Europa lo hubiera podido hacer mejor».

—Pero ¿por qué no le dijiste a ese hombre, Troop, —preguntó su madre— quién eras y que te llevara a un puerto? Sabes que papá le hubiese

recompensado de sobra.

—Claro que lo hice; pero él creyó que yo estaba loco. Me temo que le llamé ladrón al no encontrar el dinero que llevaba en el bolsillo.

—Un marinero lo encontró junto al asta de la bandera aquella noche —sollozó la madre.

—Entonces eso lo explica todo. Yo no le echo la culpa a Troop de nada. Le dije que no quería trabajar, y menos en un barco de pesca. Así que, naturalmente, me dio un sopapo en las narices que me hizo sangrar como un cerdo degollado.

—¡Mi pobre hijito! ¡Cómo te han debido tratar!

—¡No! ¡Nada de eso! Lo cierto es que después de aquello vi la luz. El viejo me ofreció diez dólares y medio al mes —ya me ha pagado la mitad —, de manera que me fijé en lo que hacía Dan y empecé inmediatamente a trabajar. Todavía no hago el trabajo de un hombre, pero puedo manejar un *dory* casi tan bien como Dan; sé llevar el timón cuando el viento no es fuerte y sé cebar un palangre y pescar, y, por supuesto, me conozco todas las velas y el aparejo de un barco y... ¡No tenéis ni idea de lo mucho que hay que trabajar por diez dólares y medio al mes!

—Yo empecé con ocho y medio, hijo mío —dijo Cheyne, que nunca había visto un brillo semejante en los ojos de Harvey. Sonrió. Este iba a ser el muchacho que su corazón anhelaba.

—¿Lo dices en serio? Nunca me lo habías contado.

—Nunca me lo preguntaste. Algún día te lo contaré, si tienes ganas de escucharlo.

Harvey se acurrucó junto a su padre, explicándole la enorme deuda de gratitud que tenía con el *Estamos aquí*.

—Puedes estar seguro de que haré todo lo que esté en mi mano por la tripulación, Harve. Por lo que cuentas, parece muy buena gente —dijo, contemplando el rostro juvenil de su hijo, mientras se le ocurría pensar que tal vez había descuidado sus deberes de padre, en cuyo caso no tenía bastante dinero para pagar a Troop.

—Los mejores de la flota —Harvey cortó sus pensamientos—. Pero Disko todavía piensa que él me curó de mi locura. Dan es el único al que le

he hablado de ti, pero tampoco estoy seguro de que se crea todo lo que le he contado. Por eso quiero que mañana se queden de piedra cuando vean que todo es verdad. ¿No se podría llevar el *Constance* a Gloucester? De todas formas, mamá no parece estar en condiciones de moverse mucho, y nosotros tenemos que terminar de limpiar mañana. Wouverman nos compra el bacalao. Al final ha aceptado el precio que ponía el capitán.

—¿Significa eso que vas a trabajar mañana?

—Sí, le dije a Troop que lo haría. Estaré en la báscula y me encargaré de las cuentas. El patrón dice que tengo mejor cabeza que Dan para los números —añadió, dándose importancia.

—Bien, pero supongamos que no muevo el *Constance* esta noche. ¿Qué harías?

Harvey consultó el reloj, que señalaba las once y veinte.

—En ese caso dormiría aquí hasta las tres y tomaría el mercancías de las cuatro.

—Es una idea, pero creo que podremos llegar a la misma hora que él a Gloucester.

La mañana trajo una fresca brisa marina hasta las ventanillas del lujoso vagón, situado ya en una vía secundaria de la estación de Gloucester, entre vagones de mercancías. Harvey se había ido a trabajar.

—¡Oh, Señor! Se volverá a caer por la borda y se ahogará —dijo su madre con amargura.

—Iremos a verlo, preparados para echarle una cuerda si hace falta. Nunca lo has visto trabajar para ganarse la vida —comentó el padre.

Bajaron por la calle de las tiendas repletas de trajes impermeables para pescadores hasta llegar al muelle de Wouverman, donde estaba atracado el *Estamos aquí*. Disko se hallaba junto a la escotilla principal dirigiendo a Manuel, Penn y tío Salters, que manejaban el aparejo. Dan descargaba los canastos de pescado a medida que Long Jack y Tom Platt los iban llenando, y Harvey, en el borde del muelle, con una libreta, comprobaba el peso junto al encargado de la balanza. Cuando ya no quedó ni un bacalao en la bodega, Harvey saltó hasta la cubierta para hacer entrega de las cuentas a Disko al tiempo que gritaba:

—Ocho sesenta y cinco. Tres mil seiscientos setenta y seis dólares con veinticinco centavos.

—Bueno, Harve, ¿quieres acercarte a la oficina de Wouverman y le llevas las cuentas?

CAPÍTULO 13

La fantasía se hace realidad

—¿Quién es ese chico? —preguntó Cheyne a Dan, que estaba muy acostumbrado a que los veraneantes ociosos le hicieran toda clase de preguntas.

—Es una especie de sobrecargo^[50] —fue la respuesta—. Lo recogimos cuando estaba inconsciente flotando en el mar. Dijo que era un pasajero que se había caído de un transatlántico, pero ahora va camino de convertirse en pescador. Papá, este señor pregunta por Harvey... Oiga, ¿le gustaría subir a bordo? Pondremos una escala para la señora.

—Desde luego, me gustaría muchísimo. Sube, querida, no te harás daño.

Dan, basándose en las insinuaciones que Harvey le había hecho por la mañana sobre el telegrama que había recibido de sus padres, ejecutaba una danza de guerra en la cubierta. Por su parte, la señora Cheyne, que una semana antes no había podido levantar la cabeza de la almohada, subió por la escala y se quedó espantada ante el desorden que allí reinaba.

—¿Es que tienen ustedes algún interés por Harvey? —les preguntó Disko.

—En efecto; así es.

—Es un buen chico. Y hace todo lo que se le manda.

—Pues me alegro de que tenga un buen comportamiento, porque... es mi hijo.

Disko se quedó con la boca abierta, mirando sucesivamente al hombre y a la mujer.

—Recibí su telegrama en San Diego hace cuatro días, y hemos venido a recogerlo.

—En su vagón privado, por supuesto —añadió Dan, haciendo guiños burlones a su padre.

—¡Vaya! Me he equivocado —admitió Disko, como si le estuvieran sacando las palabras con un gancho—. No me importa confesárselo, señor Cheyne, pero le aseguro que me pareció que el chico estaba loco. ¡Hablabla de una forma tan rara sobre el dinero!

—Ya me lo ha explicado.

—¿Le ha contado algo más? Porque una vez le pegué —dijo con mirada anhelante—. Creí que era necesario, pero no vaya usted a pensar que yo maltrato a los chicos en este barco.

—Todo lo contrario, señor Troop —replicó Cheyne—. Yo diría que eso le ha hecho mayor bien que cualquier otra cosa en el mundo. No piense más en ello.

—Por favor, dígame quién es quién —pidió emocionada la señora Cheyne—. Quiero darles las gracias y bendecirlos... a todos.

Disko se los fue presentando con todas las formalidades. La señora Cheyne apenas lograba balbucir incoherencias; besó en ambas mejillas a Dan, que se puso como la grana, y casi se arrojó en brazos de Manuel cuando supo que era él quien había salvado a Harvey.

—¡Hola! —dijo Harvey mirándolos con complacencia desde lo alto del muelle.

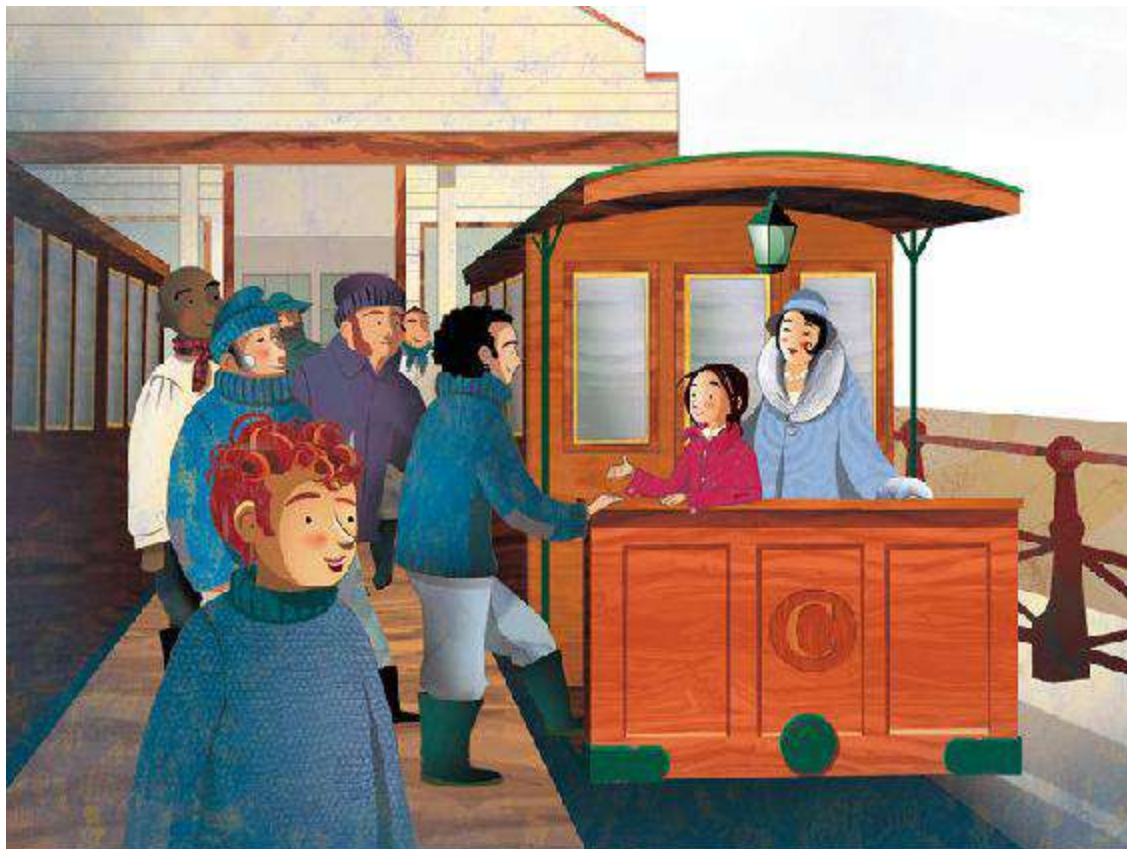
—Me equivoqué, Harve. Estaba completamente equivocado —dijo Disko muy deprisa, alzando una mano—. No necesitas volvérmelo a recordar. Ahora te marcharás ya, ¿no?

—¡Bueno! Pero no sin antes haber recibido el resto de mi paga.

—No faltaba más; lo había olvidado por completo —y contó los dólares que todavía le debía—. Has hecho todo lo que se te encargó, Harve, y lo has hecho tan bien como si hubieras sido educado... —aquí Disko se interrumpió; no sabía cómo terminar la frase.

—¿En un sitio distinto de un vagón privado? —preguntó Dan maliciosamente.

—Vamos, venid para que os lo enseñe —dijo Harvey.



Cheyne se quedó para hablar con Disko, pero todos los demás se dirigieron a la estación, con la señora Cheyne a la cabeza. Harvey desplegó los lujos y comodidades del *Constance* ante los desorbitados ojos de sus compañeros sin pronunciar una palabra: cuero repujado, picaportes de plata, terciopelos, bronces, espejos, hierro forjado y maderas preciosas.

—Tal como os dije —comentó Harvey. Era la culminación de su esperada venganza.

La señora Cheyne organizó una comida y quedó admirada de los modales curiosamente pulcros y delicados de los rudos hombres de la mar, así como de su cordial conversación.

Mientras tanto, en el camarote del *Estamos aquí*, los dos padres intentaban conocerse mejor. Cheyne sabía de sobra cuándo trataba con un

hombre al que no cabía ofrecer dinero, y sabía igualmente que ningún dinero podría pagar lo que Disko había hecho por su hijo. Por lo tanto, decidió no hablar del tema y esperar a ver por dónde discurría la conversación.

—No he hecho nada especial por su hijo —concluía Disko—, tan solo ponerlo a trabajar un poco y explicarle el manejo del cuadrante^[51]. Es el doble de listo para los números que el mío.

—A propósito —preguntó Cheyne como por casualidad—, ¿qué piensa usted hacer con Dan?

—Dan es un chico muy sencillo, pero tiene las ideas muy claras. Cuando yo me retire, este barco será suyo; no tiene ningún deseo de dejar nuestra profesión, eso lo sé. El agua salada es suficiente para los Troops.

—Yo puedo darle toda el agua salada que pueda necesitar..., hasta que llegue a capitán.

—¿Cómo es eso? Harvey me dijo que era usted algo así como el rey de los ferrocarriles.

—Pensé que también sabía usted que soy el propietario de una línea de cargueros de té que hacen la ruta de San Francisco a Yokohama. Seis de ellos son de hierro y de unas mil setecientas ochenta toneladas cada uno... Lo que yo quería proponerle es que me prestase a Dan por un año o por dos; lo enviaré al *San José*, mi clíper^[52] más ligero, al cuidado de uno de mis mejores capitanes, a ver si podemos convertirlo en oficial.

—Mire, no voy a recomendarle a Dan porque sea mi hijo y, sin duda, tiene mucho que aprender, pero no hay chico que conozca mejor las artes de la mar. Así que si viene conmigo hasta mi casa, lo hablaremos con mi mujer.

Se trasladaron al hogar de Troop. Era una casa modesta de paredes blancas con adornos de color azul, a la que daba entrada un patio que lucía un *dory* jubilado repleto de flores; su salón de estar era todo un museo de objetos marinos. Allí se encontraba la esposa del patrón sentada y silenciosa, con los ojos grandes y tristes de quienes están acostumbrados a observar el mar durante largas horas esperando el regreso de sus seres queridos. Cheyne habló con ella, y ella dio su resignado consentimiento.

—Todos los años perdemos cien personas solo en Gloucester, señor Cheyne —le dijo con pesar—, cien muchachos y hombres. Mi padre..., mi propio hermano mayor..., dos sobrinos..., y uno de mis cuñados. Yo he llegado a odiar el mar tanto como si estuviese vivo y pudiera oír.

Cheyne se sintió aliviado cuando apareció Dan y aceptó su oferta con más regocijo del que era capaz de expresar con palabras. Verdaderamente, la oferta le abría un camino seguro y sin impedimentos para conseguir todo lo que él deseaba.

La señora Cheyne, por su parte, había hablado en privado con Manuel sobre el salvamento de Harvey. Ella quería recompensarlo, pero él no parecía tener deseo alguno de dinero. Solo después de insistirle mucho, dijo que aceptaría cinco dólares porque quería comprar un pañuelo para una chica. «En todo caso —añadió—, usted podrá hacer todos los donativos que quiera, pero de otra manera y no a mí». Le presentó a un sacerdote portugués que tenía una lista de viudas desamparadas casi tan larga como su sotana, con lo que Manuel se llevó todas las bendiciones que estas derramaron sobre la madre de Harvey por su obra de caridad.

CAPÍTULO 14

Un deseado encuentro

Lo que sucedió con el silencioso cocinero del *Estamos aquí* fue bien distinto. Se presentó en el *Constance* con sus cosas envueltas en un pañuelo. Aseguró que le había sido revelado en sueños que su misión era seguir a Harvey durante el resto de sus días. Intentaron primero convencerlo y después persuadirlo, pero como no pudieron, al final, el señor Cheyne supuso que Harvey necesitaría un criado personal algún día, así que permitió que se quedara.

El vagón regresó a Boston y, ya sin su apariencia de millonario, el padre de Harvey se dedicó a la práctica de una activa ociosidad. Gloucester era para él una ciudad nueva en una tierra nueva, y se propuso conocerla a fondo. La gente hacía sus negocios a lo largo de la tortuosa calle que era mitad muelle y mitad almacén de barcos. Como un experimentado profesional, quería aprender cómo funcionaba aquel negocio. Habló con los propietarios de las flotas, incluido Disko; anduvo por las tiendas de artículos de pesca preguntando detalles; merodeó por las oficinas de los Seguros y de las Sociedades de Ayuda a las Viudas y a los Huérfanos, pidiendo explicaciones sobre lo que publicaban cada día en sus tablones, lo que le atrajo una turba de solicitantes que él derivaba a su esposa. Todo lo estudiaba y comparaba datos en su privilegiada cabeza. Harvey se convirtió durante aquellos días en la sombra de su padre, al que acompañaba a todos los sitios, y fue así como pudo advertir y admirar algo en lo que hasta entonces no había reparado: la sorprendente capacidad de su padre para

llegar hasta el fondo de cualquier asunto a través del contacto con los hombres de la calle y de la información que estos le daban.

—¿Cómo te las arreglas para que te cuenten todo lo que tú quieres saber sin que se lo preguntes? —quiso saber el chico.

—He tratado con muchas personas en mi vida, Harve, y de un modo u otro acabas conociéndolos. También sé algo acerca de mí mismo —y mientras se sentaban al borde del muelle, prosiguió—: Los hombres notan casi siempre cuando alguien ha conseguido lo que tiene trabajando con sus manos, y entonces lo tratan como si fuera uno de ellos.

—Así me tratan a mí ahora en los muelles; yo soy uno de ellos. —Harvey extendió las manos y se frotó las palmas—. Ya se me han vuelto a ablandar —añadió lamentándose.

—Consérvalas así durante los próximos años, hasta que termines tus estudios. Después tendrás tiempo de endurecerlas. Supongo que ha sido culpa mía, pero, si quieres saber la verdad, hasta hoy no has hecho mucho de provecho. ¿No te parece?

—¡Mmm! Disko cree... Dime, ¿cuánto calculas que es el coste de criarme y educarme desde que nací, todo incluido?

—No he llevado nunca la cuenta —contestó el padre sonriendo—, pero yo diría que alrededor de los cincuenta mil dólares, quizá sesenta. Los jóvenes de hoy costáis caro. Queréis tener muchas cosas, pero os cansáis pronto de ellas y..., somos los viejos los que pagamos las facturas.

Harvey soltó un silbido, pero en el fondo de su corazón le complacía pensar que su educación costase tanto.

—Y todo eso es dinero perdido, ¿no es verdad?

—Invertido, Harve, espero que invertido.

—Suponiendo que solo fueran treinta mil, los treinta que he ganado restarían diez centavos de cada cien dólares. Es una cantidad insignificante

—Harvey movió la cabeza gravemente—. Disko ha sacado mucho más que eso de Dan desde que tenía diez años, y Dan va a la escuela la mitad del año.

—¡Ah! Así que detrás de eso ibas, ¿no? —preguntó el señor Cheyne.

—No. No voy detrás de nada. Es que no me siento contento conmigo mismo ahora. Eso es todo. Merecería que me dieran unos buenos azotes.

—Yo no tengo intención de hacerlo, amiguito —aseguró su padre—. Si hubiera pensado que debía hacerlo, probablemente ya lo habría hecho.

Cheyne sacó un cigarro del bolsillo de su chaleco y se puso a fumar. Padre e hijo se parecían mucho; la barba ocultaba la boca de Cheyne, pero Harvey tenía la misma nariz ligeramente aguileña de su padre, los ojos negros muy juntos y los pómulos salientes. Con un toque de pintura marrón podría parecer un pintoresco indio piel roja salido de un libro de cuentos.

—¡Bueno! De ahora en adelante puedes seguir así —prosiguió Cheyne hablando muy despacio a su hijo—, costándome una friolera de dólares y dedicado a pasar el tiempo entre el rancho, el yate y el juego de cartas con la gente de tu clase, hasta que seas mayor de edad, o puedes venirte conmigo inmediatamente.

—¿Por diez dólares al mes? —preguntó Harvey con los ojos relucientes.

—Ni un centavo más hasta que lo valgas.

—Entonces será mejor que empiece cuanto antes barriendo la oficina... ¿No es así como empiezan los peces gordos?

—¡Bueno! No hay que precipitarse. Yo cometí el error de comenzar demasiado pronto.

—Treinta millones de dólares bien valen una equivocación. Correré el riesgo por conseguirlos, papá.

—No siempre he ganado; a veces también he perdido. Te lo voy a contar.

Y el señor Cheyne se acarició la barba, sonrió mientras miraba las tranquilas aguas y empezó a relatar la historia de cuarenta años de su vida. Empezaba cuando, siendo un niño huérfano y abandonado en Texas, fue superando con éxito los golpes que recibía en los distintos Estados del Oeste por los que fue pasando, viviendo frenéticas aventuras en campamentos que hoy son ya laboriosos y pavimentados municipios. Había participado en la construcción de tres ferrocarriles y en la ruina de otro. Había trabajado en barcos, ciudades, bosques y minas, y tratado con hombres de todas las naciones. Hablaba de increíbles oportunidades de

hacer fortuna, desaprovechadas o fracasadas por los más fortuitos acontecimientos. Y en ese loco devenir de las cosas, unas veces a caballo, la mayoría a pie, ahora rico y luego pobre, aquí y allá, yendo y viniendo, trabajando de todo lo que salía: ganadero, minero, marinero, hotelero, contratista, periodista, maquinista, viajante de comercio, corredor de fincas, especulador, político..., se había movido Harvey Cheyne, alerta y sereno, a veces venciendo y otras perdiendo, perdonando y hasta suplicando, pero sin perder nunca la fe que proviene de conocer a los hombres y las cosas; persiguiendo, en fin, sus propios fines y, según él, también el progreso y la gloria de su país.

Aquel relato mantuvo a Harvey casi sin respiración, la mirada fija en el rostro de su padre mientras el cigarro se le consumía y se hacía de noche. Tenía la impresión de haber presenciado el paso a toda velocidad de una locomotora que atravesaba el país en la oscuridad, con la diferencia de que esta locomotora hablaba, y sus palabras habían penetrado y removido el rincón más profundo de su alma.

—Jamás se lo había contado a nadie —dijo el padre.

—¡Es lo más grande que he oído nunca! —exclamó el hijo con voz entrecortada.

—Eso fue lo que conseguí. Ahora voy a decirte lo que no pude obtener. No te parecerán cosas importantes, pero no quisiera que tuvieras que tener tantos años como yo para descubrir su valor. Soy capaz de dirigir a hombres y empresas, es cierto, pero..., pero no puedo competir con alguien que ha recibido una educación. Aunque he ido aprendiendo cosas con los años, supongo que se me debe notar con una mirada que carezco de estudios.

—Yo nunca he notado nada —dijo Harvey lleno de indignación.

—Ya lo notarás, Harve, cuando hayas pasado por la universidad. ¿Cómo no lo voy a saber? ¿Crees que no reconozco la mirada que aparece en la cara de los hombres cuando me consideran un... patán, y yo siento que estoy muy por debajo de ellos? Pero tú, hijo mío, tienes ahora tu oportunidad. Debes aprender todo lo que sea posible para que puedas convivir con gente que sea como tú. Conocerás el Derecho suficiente para cuidar de tus propiedades cuando yo haya desaparecido; tendrás que actuar

de forma honesta con los hombres serios de negocios a los que podrías necesitar más tarde, y, sobre todo, tendrás que conservar todos los conocimientos que hayas aprendido de los libros y que se consiguen a base de estar sobre ellos con los codos sobre la mesa. No hay nada más rentable, Harvey, y los estudios se van a valorar cada vez más en nuestro país, tanto en el mundo de los negocios como en la política. Ya lo verás.

—Desde luego no es muy agradable el trato que me propones —protestó Harvey—. ¡Cuatro años de universidad! Más me hubiera valido elegir la vida de los yates y la vagancia.

—No te preocupes —insistió Cheyne—. Vas a invertir tu capital donde te producirá los mayores beneficios, y te aseguro que no encontrarás nuestra fortuna disminuida cuando estés listo para hacerte cargo de ella. Piénsalo con calma y dame una respuesta mañana.

Como solo se trataba de una charla de negocios, Harvey no creyó necesario contárselo a su madre durante la cena en el hotel donde se alojaban. Pero la señora Cheyne notó que algo había cambiado, y sintió temor y hasta una pizca de celos. Aquel muchacho apático, que nunca le hacía caso, había desaparecido, y en su lugar veía a un joven entusiasta, anormalmente silencioso y que dirigía su conversación principalmente a su padre.

—¿Qué habéis estado haciendo vosotros dos? —dijo, con una débil sonrisa.

—Hablar..., solo hablar, querida; con Harvey se puede hablar ya de todo.

Así era. El muchacho propuso un pacto por su parte. Los ferrocarriles, explicó con gran seriedad, le interesaban tan poco como la industria maderera, las constructoras o la minería. Lo que él anhelaba con toda su alma era dirigir los barcos de vela recientemente adquiridos por su padre. Si esto se le aseguraba en un plazo de tiempo razonable, él, a su vez, se comprometía a estudiar en la universidad con diligencia y seriedad durante cuatro o cinco años. En vacaciones tendría que permitírsele libre acceso a todo lo relacionado con la compañía de barcos.

—Trato hecho; no se hable más —dijo, finalmente, Cheyne—. Por cierto, deberíamos volver a casa. He dejado todos mis asuntos pendientes entre dos océanos, y ya es hora de volverlos a retomar. No había tenido unas vacaciones como estas desde hacía veinte años.

—No podemos irnos sin decirle adiós a Disko —replicó Harvey—, y además el lunes es el día de la Conmemoración. Quedémonos hasta entonces.

—¿Qué es eso de la Conmemoración? —preguntó Cheyne.

—Por lo que yo sé, se trata de una especie de fiesta organizada por el ayuntamiento de la ciudad para los veraneantes, en la que se canta y se baila. Además, en ella se leen los nombres de los pescadores que se han ahogado o han desaparecido en el mar durante el año, se pronuncian discursos, se recita y eso. Su finalidad es recaudar dinero para las viudas y los huérfanos.

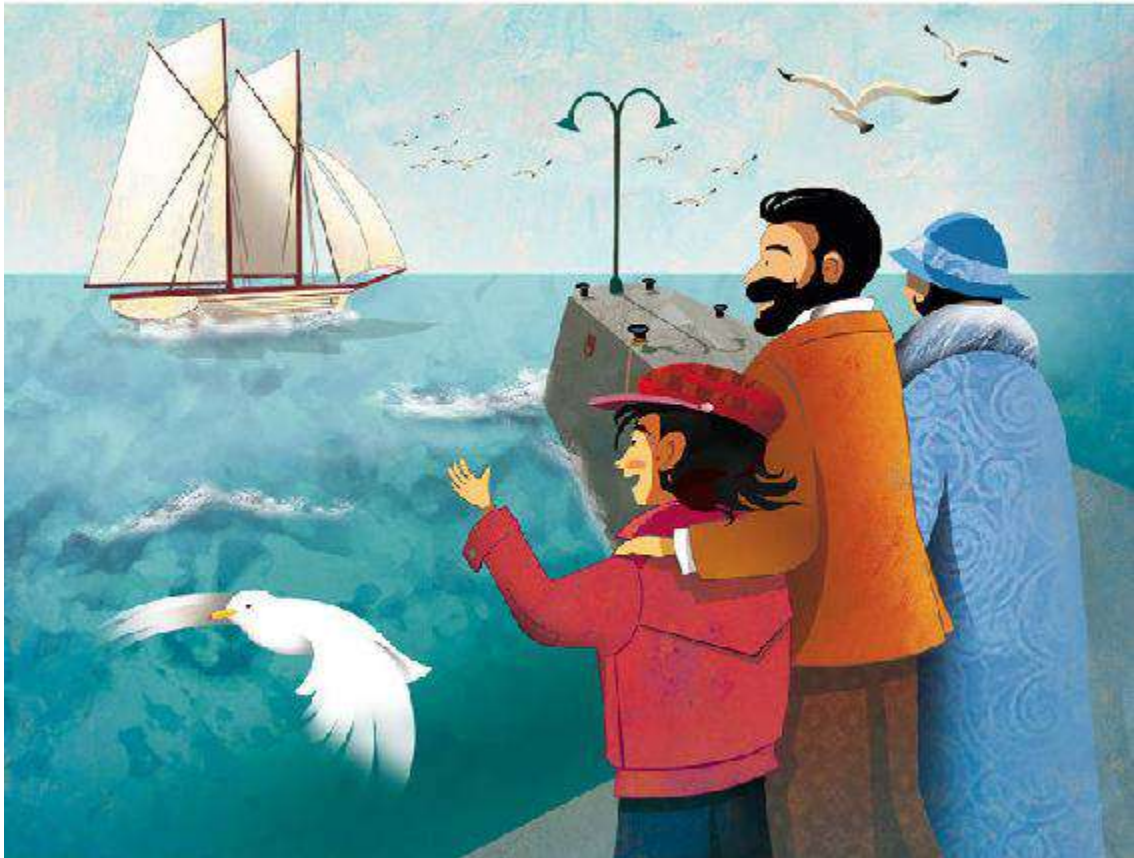
Disko no era muy partidario de aquellos actos públicos con fines benéficos; él prefería las fiestas de primavera, cuando no había veraneantes. Pero Cheyne, que se sentía orgulloso de las tradiciones populares, aceptó con gusto quedarse para asistir a ella.

Llegado el día, la muchedumbre se apiñaba en la calle para acudir al espectáculo: armadores de distintas compañías marítimas, banqueros, pescadores, mujeres vestidas de luto, ministros de diferentes credos y gente varia. El salón de actos estaba abarrotado y Harvey prefirió sentarse junto a Dan y sus compañeros. Al final de la lectura de la interminable lista de fallecidos, a Harvey se le había hecho un gran nudo en la garganta, pues volvió a recordar el día en que se cayó del transatlántico. Al salir, el aire fresco del muelle le sentó bien. Con sus padres, se dirigió hacia donde se encontraba el *Estamos aquí*, aprovisionándose para zarpar de nuevo.

Al día siguiente, la tripulación embarcó en la vieja goleta y, mientras Harvey soltaba la amarra desde el espigón, sintió una extraña mezcla de orgullo y tristeza. Todos querían decir tantas cosas que nadie dijo nada en particular.

—¡Izad el foque y la mayor! —gritó Disko, cogiendo el timón—. ¡Hasta la vista, Harvey!

El *Estamos aquí* se deslizó en el agua hasta quedar fuera del alcance del oído, y los que habían ido a despedirlo se sentaron para verlo salir del puerto.



Epílogo

Algunos años más tarde y en el otro extremo de los Estados Unidos, un joven atravesaba la fría y húmeda niebla marina. Subía por una empinada calle batida por el viento, a cuyos lados se levantaban lujosas mansiones de madera. Al llegar junto a una puerta de hierro forjado, otro joven se le acercó montado en un elegante caballo. Esto fue lo que se dijeron:

—¡Hola, Dan!

—¡Hola, Harvey!

—¿Qué te cuentas de bueno?

—Bueno, creo que estoy a punto de ser nombrado segundo oficial de a bordo. Y tú, ¿no has terminado todavía tus estudios en esa universidad de tanto prestigio?

—Me falta poco. Te aseguro que mi universidad no tiene comparación con el viejo *Estamos aquí*, pero a partir del próximo año ya voy a dedicarme por completo a ese negocio.

—¿Te refieres a nuestros buques?

—Ni más ni menos. Espera a que empiece a competir contigo, Dan.

—Correré el riesgo —dijo Dan, con sonrisa fraternal, mientras Harvey desmontaba y le preguntaba si iba a entrar.

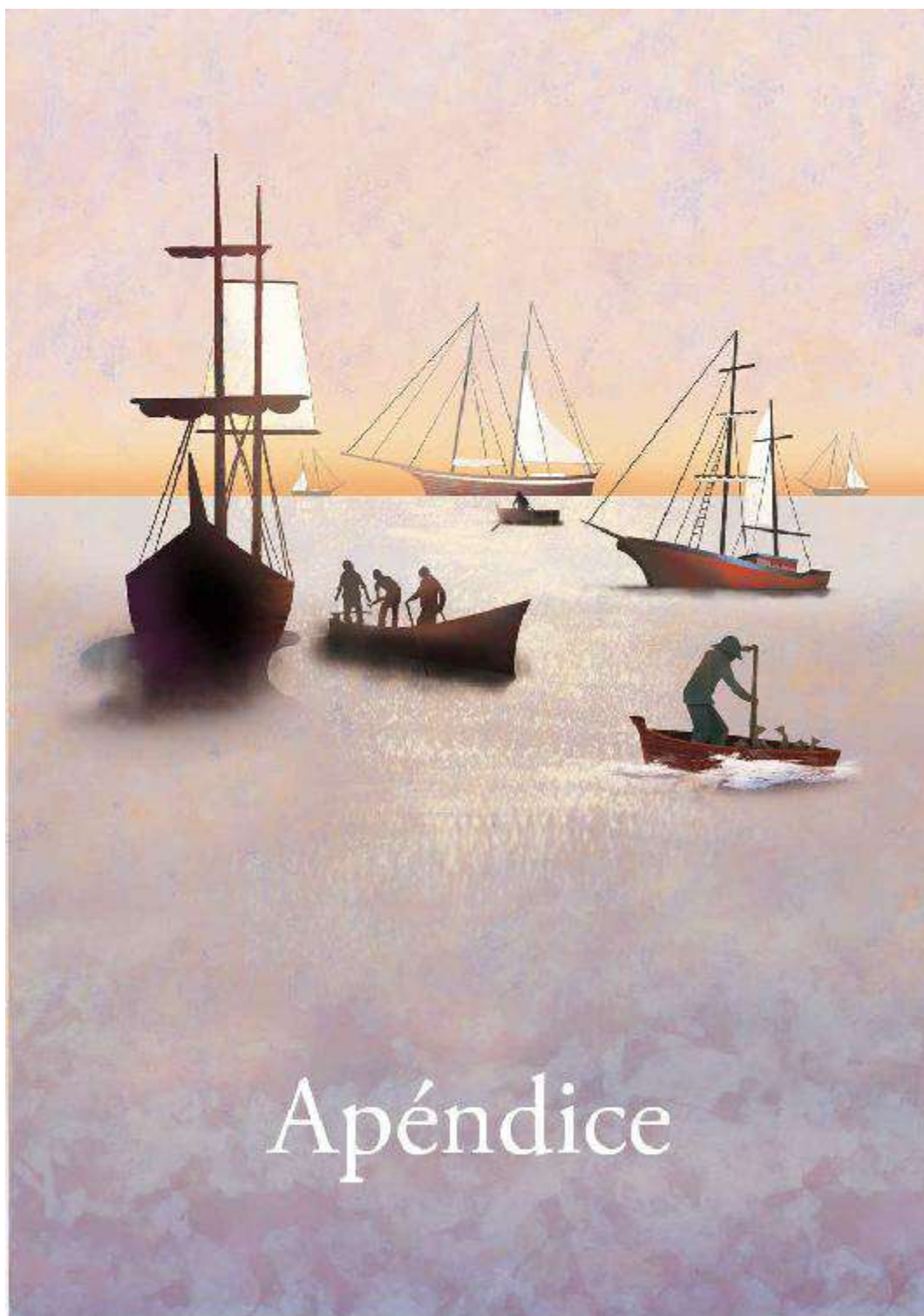
—Sí, para eso he cogido el tranvía.

Se oyó a alguien reírse en voz baja, y el antiguo cocinero del *Estamos aquí* salió de la casa para coger el caballo de Harvey por la brida. No permitía que nadie más atendiera a su señor.

—Una niebla tan densa como en los Bancos, ¿no, doctor? —dijo Dan con afecto—. Nunca olvidaré el *Estamos aquí*. Era una goleta

extraordinaria, y de una manera u otra es mucho lo que le debo..., a ella y a mi padre.

—Yo también —ratificó Harvey Cheyne.



Apéndice

Vida y obra del autor

Rudyard Kipling nació en Bombay (India) el 30 de diciembre de 1865. Su padre, John Lockwood Kipling, era oficial del ejército británico y ejercía de profesor en la Escuela de Bellas Artes. También su madre era hermana de un pintor de cierto renombre, por lo que el pequeño Rudyard creció en un ambiente en el que se favorecían las artes.

Como *sahib*, esto es, representante del imperio británico, su círculo de amistades se reducía al club, del que estaban excluidos los nativos, que se dedicaban al servicio doméstico. De hecho, Rudyard tuvo un criado hindú que, además de enseñarle el idioma hindi y de contarle cuentos y cantarle canciones populares, lo introdujo en la auténtica realidad del país —gentes, calles, templos, mercados, costumbres...—, lo que le dejaría una profunda huella.

En 1872, a los seis años, junto a su hermana menor, fue enviado a Portsmouth, en Inglaterra, para que continuase allí sus estudios. Se alojó en un internado para niños especialmente llegados de las colonias, dirigido por un capitán de la armada retirado que los trataba con mano dura; él lo llamaba «la casa de la desolación». Solo en vacaciones volvía con su familia, y en ese tiempo se aficionó a la lectura: *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe; *El pirata*, de Walter Scott, y, sobre todo, *Las mil y una noches*. Soñaba con ser militar como su padre, pero su miopía le obligó a renunciar a su sueño.

En 1878, tras viajar con su padre a la Exposición Universal de París, ingresó en el United Service College de Devonshire, también en Inglaterra, donde acudían los hijos de los militares y funcionarios destinados en las colonias. Allí volvió a encontrarse con la severidad, la disciplina y hasta el castigo, que aceptaba como medio para acatar las leyes que rigen la sociedad. Aquí profundizó en su gusto por la lectura, a través de los libros de la biblioteca del centro, y también se inició en la literatura escribiendo

Rimas escolares (1881) y en el periodismo, colaborando en el periódico escolar.

Al terminar la enseñanza media, a nuestro autor le hubiese gustado poder entrar en la Universidad de Oxford, pero él mismo reconocía que carecía de la capacidad intelectual para aspirar a una beca y sus padres no podían costearle los estudios, por lo que, por mediación de su padre, que entonces era conservador del Museo de Lahore (Pakistán), consiguió que el director del periódico local, *Civil and Military Gazette*, lo contratase como redactor y volvió a la India. Este trabajo le hizo cuidar su lenguaje y pulir su estilo; al mismo tiempo, comenzó a viajar por el Punjab, zambulléndose en su forma de vida y recogiendo materiales.

En 1887, se trasladó a Allahabad, cerca de Agra, para seguir trabajando como redactor en el periódico *Pioneer*. El director le propuso que se encargase de una publicación semanal, *Weekly*, en la que incluyó algunos de los más de cuarenta cuentos que ya tenía escritos, resultado de sus viajes. Muchos de ellos formarían parte del volumen *Cuentos de las colinas* (1888), en el que exponía sus ideas políticas de defensa del imperio británico y de su papel en las colonias.

De modo que cuando en 1888, convencido de su vocación literaria, Kipling decidió dejar la India y volver a Inglaterra, le asombró el conocimiento que de él se tenía en este país, que se debía a que el suplemento *Weekly* se enviaba a la metrópoli. Para realizar este viaje, vendió una colección de seis relatos, *Tres soldados*, con cuyo importe se dedicó a viajar por el mundo antes de llegar a Londres. Este viaje le permitió conocer la enorme extensión del imperio británico: Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Canadá y también Estados Unidos, hasta el punto de que uno de sus versos: *¿Qué saben de Inglaterra los que solo a Inglaterra conocen?*, provocó en la gente un ferviente deseo por conocer las colonias.

En 1889, gozando ya de una merecida fama, viajó a Estados Unidos y allí conoció al editor Wolcott Baliester, del que se hizo amigo y con cuya hermana, Caroline, se casó en 1892. La pareja se trasladó a una casita en Vermont, que ellos llamaban «la cabaña de la dicha», en la que nacieron sus

dos hijas, Josephine y Elsie. Esta fue una etapa muy prolífica del autor. En 1892 se publicó su libro de poesía *Baladas del cuartel*. A este, le siguieron sus tres novelas esenciales: *El libro de la selva* (o *El libro de las tierras vírgenes*), en 1894, que continúa en una segunda parte, en 1895; en él convirtió en un personaje universal al pequeño y desvalido Mowgli, consiguiendo tal éxito que con solo esta obra se justificaría su inmortalidad como escritor; *Los siete mares*, en 1896, y *Capitanes intrépidos*, que se publicó en 1897.

En 1895, Gran Bretaña le concedió el Premio Nacional de Poesía (*Poet Laureate*), que él rechazó, al igual que rechazó el título de Sir y la Orden al Mérito.

En 1896, la familia volvió a Inglaterra, instalándose en Devonshire. Entonces escribió *Stalky y compañía*, sobre sus recuerdos en el United Service College, que se publicó en 1899. De este año es también *La carga del hombre blanco*, polémico manifiesto de sus ideas políticas.

En 1897 nació su tercer hijo, John, y escribió otro de sus grandes éxitos: *Kim*, que, ilustrado por su padre, se publicó en 1902.

En 1899, su hija Josephine murió de pulmonía. En Sudáfrica estalló la guerra contra los bóers, descendientes de los primeros colonos holandeses que fundaron la colonia de El Cabo a finales del siglo XVII, y allí marchó Kipling convencido de que debía defender la causa del imperio británico. La guerra terminó en 1900 con el triunfo de Inglaterra, que había llegado a esta región y se había anexionado el territorio en 1806.

Al volver, se instaló en Bateman's, en el condado de Sussex, en la casa que se iba a convertir en la última de su vida. Aquí, y ambientada en estos paisajes, escribió *Puck de la colina Pook* (1906) y *Recompensas y hadas* (1910), en el que incluyó su famosísimo poema *Si (If)*.

En 1907, con cuarenta y dos años, Rudyard Kipling recibió el Premio Nobel de Literatura. Era el escritor más joven hasta la fecha en obtenerlo y el primer británico en recibirlo. Su propuesta fue bastante discutida debido a sus ideas políticas, pero, al final, la Academia sueca consideró que era el escritor que más lo merecía. A este siguieron muchos otros reconocimientos, títulos honoríficos y homenajes en varias ciudades —

Oxford, Cambridge, París—. Más tarde, en 1935, le fue impuesta la medalla de oro de la Literary Royal Society.

En 1915, durante la Primera Guerra Mundial, su hijo John, que se había alistado como soldado en el ejército, murió, y ello le afectó muchísimo. Escribió entonces varios relatos sobre la guerra, entre ellos *Mary Postgate*, que, al decir de los críticos, es uno de sus mejores cuentos.

En 1927 se crearon la Sociedad Kipling (Kipling Society) y la Biblioteca Kipling (Kipling Library), con el fin de preservar y de difundir su obra.

El 18 de enero de 1936, con setenta y un años, murió en Londres a consecuencia de una hemorragia interna. Un año después se publicó su autobiografía incompleta: *Algo sobre mí mismo* (1937).

Rudyard Kipling está enterrado en el Poets Corner, o Rincón de los Poetas, de la Abadía de Westminster, junto a otros grandes hombres de las letras británicas.

La época del autor

Cuando nació Rudyard Kipling, la reina Victoria llevaba ya casi treinta años en el poder, desde 1837. Nuestro autor conoció su muerte en 1901 y el reinado de sus herederos, Eduardo VII (1901-10) y Jorge V (1911-36).

Su vida se encuadra en lo que los historiadores denominan períodos medio, de 1850 a 1870, y último, hasta 1900, de la época victoriana. En ellos, la burguesía había afianzado su poder en la sociedad, y con ella habían triunfado sus principios: el afán por poseer y disfrutar de bienes materiales, la autoridad, el estado de derecho, el sentido del deber, la moral..., todo lo cual debía llevar a la felicidad y la prosperidad al individuo y a las naciones modernas. Bajo estas directrices, las grandes ciudades crecieron y la industria, superada ya la Revolución Industrial y la crisis de los años treinta, se afanó por conquistar tanto los mercados nacionales como los internacionales, gracias a la expansión del ferrocarril, desde que el acero sustituyó al hierro en los raíles, y también a los barcos de vapor, que arrinconaron a los veleros en el transporte marítimo. Si a esto

unimos que el Reino Unido pasó a ser el mayor fabricante y exportador de todo tipo de productos y que el canal de Suez se inauguró en 1869, siendo Egipto un protectorado británico, el comercio con las colonias asiáticas y con Australia estaba asegurado.

En 1876, la reina fue coronada emperatriz de la India y, aunque estallaron conflictos tanto fuera del país (la rebelión de los bóers en Sudáfrica) como dentro (el problema religioso e independentista de Irlanda), la euforia imperialista continuaba dominando en el panorama social y se siguieron celebrando los aniversarios de la subida al trono de la reina en 1887 y 1897. Poco después, Victoria I falleció, en 1901. Había reinado sesenta y cuatro años, en los cuales Gran Bretaña había duplicado el número de sus habitantes, triplicado su riqueza y se había extendido hasta dominar una cuarta parte del globo, lo que ellos llamaron los países de la «Common Wealth», con esta expresión que se refiere al bien común, al bienestar de todos los súbditos, y que traduce perfectamente lo que suponía el espíritu imperial británico.

Los ideales del autor

Rudyard Kipling compartía plenamente los ideales antes expuestos. Desde la lejanía había podido ver el encumbramiento de su país y creía firmemente que su papel en las colonias era el de llevar el progreso y el bienestar a ellas, erradicando el atraso económico y cultural. No era, por tanto, el interés económico el que los guiaba, sino un afán humanitario. Ahora bien, como la población nativa era sencilla e ignorante, el que debía dirigir y velar por su beneficio era el *sahib*, representante de la reina y del gobierno y defensor de los valores sociales: la ley, el orden, la obediencia, el trabajo..., que impedían el desastre y el caos, y, por el contrario, aseguraban la felicidad del pueblo.

Esta especie de «despotismo ilustrado» fue defendido de buena fe por Kipling en sus obras, y por eso se le conoció como «poeta del imperio». Estas ideas, que no solo hoy día, sino también en el momento de su propuesta para el Premio Nobel fueron muy polémicas, deben ser

entendidas, según los críticos, en su contexto socio-histórico. Por otra parte, no dejan de ser contradictorias, pues si, por un lado, el autor se ponía de parte del imperialismo, por otro, planteó el concepto de «carga del hombre blanco», que destruía las tradiciones populares, por las que él sentía verdadero respeto y fascinación.

Aunque la obra que nosotros hemos leído, *Capitanes intrépidos*, no responde a estas ideas imperialistas, sí que podemos ver en ella la defensa de los valores —el trabajo, el esfuerzo, la disciplina, la responsabilidad, el respeto, la solidaridad...—, que son los pilares en los que debe basarse no ya la educación de los niños, sino el progreso de los pueblos y la propia relación entre los seres humanos.

Hoy día, cuando en la sociedad democrática en la que vivimos la mayoría de nosotros se defiende una visión individualista de la libertad, quizá la figura de Rudyard Kipling no sea tan valorada como merece, pues parece que sus ideas están desfasadas. Sin embargo, no hay duda de que algunos de sus libros, y el que tenemos en las manos es un claro ejemplo de ello, nos dan una magnífica lección de vida y fomentan valores universales de convivencia, por lo que serán para siempre textos clásicos de la literatura infantil y juvenil.

Difusión de su obra

Capitanes intrépidos fue traducida por primera vez al castellano en 1948, por J. Novo Cerro para ser publicada por la editorial Espasa Calpe de Buenos Aires. Desde entonces puede decirse que forma parte de todas las colecciones de literatura juvenil.

Su éxito hizo que se adaptara muy pronto al cine. En efecto, en 1937, el director norteamericano Victor Fleming la llevó a la pantalla, con las jóvenes estrellas Freddie Bartholomew y Mickey Rooney en los papeles principales y Spencer Tracy en una interpretación magistral del pescador Manuel, por la que obtuvo un Oscar. Más tarde, en los años noventa del siglo xx, se hizo una adaptación para la televisión, que fue buena, pero en nada comparable a la calidad de la película de los años treinta.

También queremos destacar las adaptaciones cinematográficas de *El libro de la selva*, en 1942, de la mano del director Zoltan Korda, y en 1967, en dibujos animados, por el incomparable Walt Disney. Por último, *Kim de la India* ha sido llevada dos veces al cine, en 1950, con el actor Errol Flynn como protagonista, y en 1984, con Peter O'Toole.